Cuento
y novela

Nº 16

REMINISCENCIAS TUDESCAS

Santiago Pérez Triana



Colección Digital Samper Ortega

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Pérez Triana, Santiago, 1858-1916, autor
Reminiscencias tudescas / Santiago Pérez Triana. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2018.
1 recurso en línea : archivo de texto ePUB (206 KB). – (Colección digital Samper Ortega. Cuento y novela ; no. 16) -- (Biblioteca básica de cultura colombiana / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-5488-12-0 (e-Book)

1. Cuentos colombianos - Siglo XX 2. Libro digital I. Título II. Series

CDD: Co863.3 ed. 23 CO-BoBN– a1030466

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCIÓN DIGITAL
SAMPER ORTEGA

Javier Beltrán
COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche
GESTOR EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

Natalia Camacho
ASISTENTE EDITORIAL

José Antonio Carbonell
Mario Jursich
Julio Paredes
COMITÉ EDITORIAL

eLibros Editorial
REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y CONVERSIÓN DIGITAL

Con el apoyo de:
Fundalectura

ISBN: 978-958-5488-12-0
Bogotá D. C., septiembre de 2018

© 1937, Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana
© 2018, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia
© Presentación: Consuelo Gaitán

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

Colección Digital Samper Ortega

Santiago Pérez Triana

REMINISCENCIAS TUDESCAS

Irma

Otto

Karl

Hans

Herrmann

De Profesores

El Patent-Club

Colección Digital
Samper Ortega

"No hay peor diligencia que la que no se hace", escribió Daniel Samper Ortega refiriéndose a la ambiciosa tarea de consolidar la Selección de Literatura Colombiana que lleva su nombre. Con este refrán se ve el espíritu de emprendimiento con el que el escritor y académico bogotano se propuso servir al país y a sus contemporáneos: recopilando las obras más selectas de las letras nacionales que se hubieran escrito desde la época de la Independencia hasta sus días.

Pensada durante un recorrido que Samper Ortega hizo por España en 1927, esta compilación estaba planeada para dar a conocer la abundante producción de obras a las que lectores del otro lado del Atlántico nunca habían tenido acceso. Su propósito era que a través de sus páginas se vieran retratadas la naturaleza, las condiciones y las costumbres del país, así como su historia y los frutos que había dejado el cultivo de las artes. Pero no sólo estaba pensando en llegar a los lectores foráneos: la gran mayoría del público nacional desconocía el retrato de su propio país por las limitaciones en difusión y acceso a los contenidos, falencia en la que reconoció una gran tragedia nacional: Colombia, país de lectores, carecía de libros.

En 1931 fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional y la meta fue más ambiciosa aún, ya que aspiraba a que cada colombiano encontrara en su Selección un motivo de reconocimiento, apreciación, estudio y, con ello, que el país se posicionara como un faro de producción intelectual en el territorio americano. No se había hecho nada igual en el continente. Pero primero había que empezar en casa, y con sus bibliotecas de aldea sentó las bases de lo que hoy conocemos como la Red Nacional de Bibliotecas Públicas.

La tarea no fue sencilla en su momento, y no lo ha sido tampoco para los que han seguido sus pasos y han intentado reunir, unas veces caprichosamente, otras concienzudamente, sus propias antologías. A lo largo del siglo XX nos han quedado otros memorables ejemplos de selecciones como la Biblioteca de Autores Colombianos, las que hicieran después Colcultura y Procultura, y más recientemente la Biblioteca Básica de Cultura Colombiana de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, cada recopilación es hija de su tiempo, y muchos de los títulos que entonces fueron considerados "lo más ilustre de las letras nacionales" desaparecieron de nuevo con los años.

Han pasado más de ochenta desde la última publicación íntegra de la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, y el objetivo de proyectos como este sigue siendo el mismo: llegar al mayor número posible de lectores colombianos con contenidos editoriales de alta calidad que permitan hacerse imágenes del país desde distintas áreas del conocimiento, y que sean referente confiable tanto para los eruditos como para los curiosos.

En este 2018, rendimos homenaje a Daniel Samper Ortega, a quien consideramos, como fuera considerado en su momento, "guía y guardián del tesoro científico y literario de Colombia", con la reedición de su visionario proyecto, que hemos llamado Colección Digital Samper Ortega.

Ya que lo digital tiene ahora un protagonismo innegable, queremos aprovechar los nuevos formatos y medios de difundirlos para entregar a las nuevas generaciones el fruto que nos legó el entonces Director de la Biblioteca Nacional. Y siguiendo el camino trazado por él, buscamos poner al alcance de todos los lectores y apasionados de las letras nacionales esta recopilación del pensamiento colombiano, porque cuando se trata de construir e interpretar nuestra idea de Nación, no hay peor diligencia que la que no se hace.

CONSUELO GAITÁN

SANTIAGO PÉREZ TRIANA

EN SUS MACIZOS ESTUDIOS sobre el siglo XVI de Francia, Emile Faguet, el poderoso crítico que analizaba ideas con tanta simpatía y tanta penetración, traza el siguiente magistral retrato de un hombre sabio y laborioso que fue al propio tiempo uno de los mayores ingenios de esa época:

«Son las ocho de la noche. Acaba de comer inteligente y abundantemente. Allí están sus amigos, que gustan de escucharlo. Él habla, se retira, cuenta historias, algunas veces picantes y con palabras crudas, porque su profesión, después de las comidas de internado, le hizo perder el pudor del vocablo; desgrana sus recuerdos, cita anécdotas, relata sus farsas de estudiante, se lanza a menudo en exageraciones de imaginación y de fantasía copiosa, hace **calembours**, siembra pullas, ríe el primero a garganta tendida y con toda la panza, de sus chistes y de sus locuras; al mismo tiempo deja como escapar su ciencia, que es prodigiosa, o, a propósito de no importa qué, muestra sin pretenderlo su buen sentido firme, su razón luminosa, ni elevada, ni distinguida, pero sólida, recta, potente y generosa como el golpe de bisturí, seguro y triunfador, que diera en la mañana con su puño robusto por salvar a un enfermo; despide luégo a sus amistades con palmaditas afectuosas, las escucha un instante descender entre risas la ancha escalera sonora, dice una palabra cariñosa y cordial al buen Dios y se duerme en seguida con las manos cerradas en un fuerte sueño de gigante tranquilo. No hay nada de demasiado complicado en este hombre que, aproximadamente, me parece ser Rabelais».

Yo no sé por qué, pero cuantas veces he leído ese pasaje, en donde el estilo de Faguet se hizo más elegante de lo que acostumbraba, mi imaginación ha ido a Londres, a vagar cariñosamente por la casa llena de recuerdos en donde vivió Pérez Triana. Acaso sea porque el parecido de nuestro compatriota con el ingenio francés pasa de lo común... Naturalmente habría que hacerle retoques al retrato. Sería el primero el relacionado con la profesión y con la influencia de ésta sobre su lenguaje. Ni Pérez Triana fue dado a la medicina, ni perdió nunca el pudor del vocablo. Aparte de que sus labores se rozaban a menudo con todo lo que en la vida es idealismo, sentimiento, poesía, y no con la tristeza del dolor físico en aquellas enfermedades que piden bisturí, olfato escaso y absoluto dominio de los nervios, nació en un siglo más prendado de la cortesía y del eufemismo, en el cual las crudezas divertidas del siglo XVI no se escuchan sino entre los soldados. Sería menester también el advertir que, además de sólida y generosa, su razón era elevada y distinguida, como acostumbrada a ocuparse de problemas que hacen siempre un llamamiento a lo mejor del espíritu...

Pero, por lo demás, qué parecido el cuadro de las veladas rabelaisianas al que observamos varias veces en casa del insigne amigo. Hombre de inteligente comer, para quien hacía parte de toda mediana educación el conocimiento más o menos profundo del arte culinaria, sabía de muchas recetas, aprendidas más que en los libros, en sus dilatados viajes por apartados países, y gozaba en la mesa como el más sano filósofo del pantagruelismo. A la hora del café, servido en un cuarto especial, donde las cómodas butacas acusaban al hombre enamorado del confort londinense, cuando los habanos cigarros despedían su aroma propicio a la conversación y el humo caprichoso que facilita el ensueño, rodeado de amigos, que así acabaran de relacionarse con él ya por él eran tratados como íntimos. Pérez Triana daba rienda suelta a su fantasía y se espaciaba en apreciaciones tan llenas de aticismo, que provocaban al silencio, para que él deleitara a sus oyentes con lo que éstos anhelaban fuera un interminable monólogo.

¡Qué don tan especial el suyo para hacer pasar las horas de manera insensible! ¡Qué locuacidad tan experta, tan llena de gracia, tan variada en

sus giros y en sus temas, tan amena e interesante siempre, así tratara de finanzas, en las que era un brujo que deslumbraba con castillos de cifras, así refiriera aventuras de su vida de estudiante, se ocupara de pintorescos compañeros ausentes, evocara siluetas femeninas de la más diversa idealidad, disertara sobre un problema internacional, una tesis filosófica, un asunto de arte o comentara las últimas noticias sobre política mundial, y de manera especial las que versaran sobre la política nuestra!

No hay memoria para sus apuntes saturados de ironía, para sus reflexiones hondas, para sus comentarios irreverentes, para sus agudezas. Era un hombre que fascinaba y que a aquellos mismos que secretamente le temían o le profesaban mala amistad o estaban dispuestos a causarle daño, mantenía suspensos de sus labios festivos, acostumbrados a una sonrisa que era una invitación a la cordialidad y que por lo mismo nunca se olvidaba. Muy conocida es la anécdota referente a su suegro. Realidad o simple invención de algún amigo benévolo, que quiso hallar una fórmula para expresar todo lo que de atractivo y de sugestionador había en la conversación de Pérez Triana, es lo cierto que tiene como el valor de un símbolo.

Permitid que os la recuerde. En alguna reunión conoció en Nueva York a la dama que luégo fue su esposa. Con facilidad supo hallar los acentos para impresionar esa alma. El dios amor llevaba en el carcaj muchas flechas divinas y la gentil americana fue herida... de muerte. Llegó el día en que, buscando enseriar esas relaciones, pidió a la dama que solicitara de su padre una entrevista. Este se negó al principio. Un colombiano debía ser para él un salvaje acabado de desembozalar, hombre rudo e inculto, que llevara en la piel la marca del tatuaje y en las narices los huecos de la argolla. La hija insistió: «Padre: no te pido más que un cuarto de hora de conversación. Si después de haber hablado esos minutos con él no cambias de voluntad, estoy dispuesta a acatarla». Cosa tan sencilla, no merecía ser negada. Pérez Triana fue a ver al **oposicionista**, como diría Villafañe. Los quince minutos se convirtieron en dos horas de conversación. Cuando, una vez salido el aspirante, fue la interesada a preguntar qué impresión le había causado, el

padre le contestó: «Hija: si tú no te casas, yo me caso con él». Ese era el poder, casi hipnótico, que tenía Pérez Triana.

* * *

Para conversar bien, se necesita ingenio, memoria, imaginación, voz de timbre agradable, experiencia de la vida, sagacidad, conocimientos múltiples. El don del verdadero **causeur** ha sido otorgado por el Creador con mucha parsimonia. Más que del poeta, para **causeur** debiera decirse que se nace. Requiere no sólo la abundancia de la expresión sino la chispa, la vivacidad, el no sé qué que sujeta. No puede serlo un hombre monocorde, así de brillantes tenga los conocimientos. Es imprescindible que, según la hora y según el ambiente, resulte **tour a tour** risueño y grave, chistoso y reflexivo, irónico y sentimental, capaz de pasar del tema liviano y chocarrero al sereno y profundo. Es preciso que su voz sea rica en modulaciones, su cuerpo en actitudes y su rostro en ademanes. Es necesario que consulte las aficiones, el saber, las capacidades de su interlocutor, que sepa deslizarse, como una piragua, sobre las superficies lisas; y hundir los remos del ingenio en las profundidades.

Otras condiciones, todavía, quizá son necesarias. Todas las tenía Pérez Triana. Su vida había conocido muchas experiencias, y sus ojos asombrados, antes de irse oscureciendo en esa marcha impiadosa que lo llevó hasta el umbral de la ceguera, habían contemplado muy varios horizontes. Estudiante de Leipzig, la severa ciudad alemana de la cual habla, en sus REMINISCENCIAS TUDESCAS, con tan marcada emoción, había aprovechado las vacaciones para pasear por Europa. Aprendió varias lenguas, que hablaba y escribía con la perfección con que lo hacía en la propia. Conoció individuos de todas las razas, de todas las edades y de todas las costumbres. Ahondó en el estudio de las religiones. Corrió diversas fortunas. Supo de la escasez y supo de la abundancia. Se asomó a las cabañas de los labriegos, a las casas de los barrios pobres, en donde como gusanos viven seres de nuestra misma especie, y gustó los manjares suculentos servidos en los palacios. Ministro de Colombia, congresista en La Haya, literato de fama resonante, conversó con los reyes, se codeó con

los primeros personajes de la diplomacia universal, se sentó a la misma mesa con los hombres de letras más insignes, oyó los aplausos de los pensadores solemnes y los aplausos de las muchedumbres. A sus oídos llegaron las lisonjas como los insultos, las palabras de fervor como las de reproche, los ecos de la música cautivadora como las estridencias del diario batallar, en el cual sólo levantan polvo, al atravesar el campo en corceles fogosos, los que valen y los que triunfan. Entre nosotros, pasó por días de prueba. Sufrió de insomnio, de ansiedad, fue perseguido, atravesó los Llanos en condiciones sujetas a peregrinas eventualidades, bebió amargura y bebió dulzura y rompió las copas de esos licores acerbos y fortificantes. ¡Qué tesoro de emoción, de agitación, de vida vivida, para sacar de él, inagotablemente, esas monedas de oro bruñido con que daba limosna a los hambrientos de pan intelectual y con que obsequiaba, una vez fundidas y transformadas en objetos de arte, a los que le eran afectos o queridos!

¡Cuánto elemento para el cautivador! Afortunadamente, para los que al dar la despedida eterna a la materia sienten humedecerse los ojos, porque ya no escucharán el aleteo del espíritu, este mismo Pérez Triana de la festividad, de la armonía, de la lucha, de la ensoñación, quedó intacto en sus libros.

Jamás a ser alguno pudo aplicarse con tanta propiedad, con tanta verdad, la vieja mentira de Buffon: **El estilo es el hombre**. No hablo, naturalmente, de la corteza material. Hablo de las fuerzas interiores. La diversidad de temas y la diversidad de lenguajes de Pérez Triana, lo que quedaba girando en el alma, cual si el alma fuera caja de resonancia para las ondas espirituales, es lo mismo que queda en quienes leen sus libros.

¡Libros encantadores! Muestran un corazón y lo hacen amar esas delicadezas de los **Cuentos a Sonny**, en donde tan armoniosamente reveló la dificilísima facilidad de escribir para despertar la atención y modelar el alma, para divertir e instruir a los pequeños. No gustaba Pérez Triana de moralizar sacerdotalmente. Al gesto augusto prefería la sonrisa, que mejor se aprende lo que alegra que lo que intimida. Quizá hizo suyo el pensamiento de Marc Monnier: «Pensar sonriendo es la salud del espíritu. Todo lo que no se puede decir gozosamente no es cierto». A lecciones de

geografía, como la del primoroso cuento **El Arroyuelo**, y de historia, como **El Galeón** y **La Tierra de El Dorado**, agregaba de amor, de romanticismo y de frescura, como **Mina y Bili**, los dos pajaritos que se unieron como quería Reclus, y como los pajaritos se unen, y lecciones de filosofía tan regocijada como **La Tertulia** y **Cómo la familia Chimp vino a la ciudad**.

Me detengo un instante en los dos últimos, que sin duda todos vosotros conocéis, porque son típicos de la manera de enseñar Pérez Triana. **La Tertulia** es el relato de un concierto dado en casa de los señores de León –el león y la leona– para celebrar su cambio de residencia. Todos los animales fueron invitados. Hubo reverencias, afabilidad fingida, tal cual arranque de celos y... **mucha tijera**... como en los salones. La leona, atenta a sus deberes anfitriónicos, organizó un concierto. Todos deberían tomar parte en él. El león rugiría, el asno rebuznaría, el buey mugiría, el caballo relincharía, la jirafa daría chillidos, y así por el estilo los concurrentes restantes. El elefante, con la trompa, llevaría la batuta... Dada la señal de comenzar, cada cual dio su voz. ¡Qué estrépito! ¡Qué confusión! ¡Qué miedo! Poco a poco todos fueron perdiendo la serenidad. Dominados por el terror, apelaron a la fuga. «La tertulia tocó a su fin. Sólo el doctor Pollino –dice Pérez Triana– conservó la sangre fría y permaneció en su puesto rebuznando con serenidad triunfal, cuando todas las otras voces se habían extinguido ya. Los señores de León, no bien vueltos de su espanto, yacían acurrucados en el más recóndito rincón de la caverna, y el rebuzno seguía vibrando, triunfador y supremo, voz grande y única en los mundos del sonido». Yo pregunto, indagando por la filosofía: ¿No será lo mismo en los sonidos del mundo?...

La historia de **Cómo la familia Chimp** –o sea una pareja de micos con sus pequeñitos– **vino a la ciudad**, es muy divertida. Su encanto reside en los detalles, en la manera como un hombre pelirrojo los hizo bajar del árbol, con la simple oferta de un vestido, hecha a la hembra –que hoy la vanidad en el sexo admirable hace las veces de la curiosidad en nuestra madre Eva– y en la manera como después de ser grotescamente ataviados fueron colocadas en «una como gran casa con ruedas», es decir, una jaula, para ser exhibidos. El decoro de míster Chimp, el mico jefe de hogar, sufría mengua.

Pero –y esto es de Pérez Triana– «es lo cierto que las comidas eran servidas con entera puntualidad, y ese detalle, en ocasiones, suaviza los arranques de ira y de dignidad». «Míster Chimp –continúa el biógrafo– adquirió cierto aire severo y solemne, que no dejaba por un instante, y procuraba parecer sabio, siendo de pocas palabras y de ningunas obras; de ese modo subió en la consideración de las gentes y empezaron a lloverle honores y distinciones. Llegó a ser regidor, alcalde de la ciudad y político influyente». Y aprendió el arte de la vida, «arte, decía míster Chimp, que después de todo se reduce, así en la ciudad como en el bosque, a saber guardar el equilibrio y a salir airoso de los malos pasos». ¡Cuántos Chimps de éstos, ya sin cola, no vemos por ahí, diz que ocupándose del porvenir de la patria...!

La festividad en Pérez Triana, era una cosa imprescindible. No gustaba de la aspereza eterna, desesperante, de ciertas obras útiles para los insomnes. En lo más serio dejaba deslizar su gracejo. Compadeció a los lectores por la fatiga que experimentaran al recorrer obras de categoría severa, como las referentes a cifras. Así, en conocida polémica con don Jorge Holguín –ese otro **causeur** verdaderamente exquisito– le tomó una frase, una frase que todos los escritores políticos usamos en determinados momentos –aquella de **las viudas y los huérfanos**– y le dedicó, en su libro **Desde lejos y desde cerca**, el más gracioso capitulo.

«Las viudas y los huérfanos –decía– suelen pertenecer, en la literatura de polémicas sociales, económicas y fiscales, a lo que pudiera llamarse el arsenal de la sensiblería acomodaticia. Para estar en razón, cuando se hace mención de viudas y de huérfanos, como víctimas, debería, por lo menos, agregarse un calificativo que explicara y justificara. Por ejemplo, pudiera llamárseles **desvalidos**. Esto no es mucho pedir y reforzaría muy eficazmente el concepto. El mero hecho de ser las personas viudas o huérfanas no las constituye en clase excepcionalmente meritoria de la sociedad. La verdad es que en la evolución natural de la vida, todos los seres humanos, si viven lo bastante, más tarde o más temprano llegan a ser huérfanos; y en materia de viudez, salvo los casos excepcionales, considerados por su rareza como dignos de especial mención, en que los

dos cónyuges mueren a un mismo tiempo, todo matrimonio entraña ineludiblemente para una época eventual, pero segura, un viudo o una viuda». Y entra luégo en consideraciones acerca de reinas viudas como Isabel II y la reina Victoria, cuya situación no era para provocar lágrimas compasivas, y de otras como la Veuve Cliquot –marca de champaña– y la **Viuda Alegre**, señora poco merecedora de enternecimientos.

En esa joya de libro, **De Bogotá al Atlántico**, tan calurosamente elogiado por Cunninghame Grahan, Rubén Darío y hombres de esa talla, abundan los pasajes de igual fina ironía, expertamente colocados en la narración, es decir, discretamente, para no hacerla obra bufa y a la postre empalagosa. A su risa no escapa ni su propia persona ni la de sus parientes. Así, refiere cómo en el viaje forzado a través de los Llanos, se vio obligado a darle a su pequeña expedición carácter episcopal, para despistar a los indios, y en atención a que algunos de ellos ya se lo habían atribuído, «basándose –dice Pérez Triana– en la corpulencia y, nos atrevemos a esperarlo, en el reverendo aspecto de alguno de nosotros». El de ese aspecto es él, gordo y solemne como un arzobispo. La cómica superchería tiene sus desventajas anejas: todos los indios quieren hacerse bautizar. Él oficia, y mal que bien les echa el agua a los que desean ser cristianos. Pero hé aquí que una vez, una india suspicaz quiso cerciorarse de si quien le iba a sacar de pila –de río en este caso– a su chicuelo, era realmente cura. Se acercó a Pérez Triana, y le quitó el sombrero, pasándole la mano por la cabeza, en busca de la tonsura eclesiástica. Al advertir que tenía una cabellera tupida, arrojó el sombrero al suelo, en señal de protesta. El caso iba a ser grave. Afortunadamente, el falso misionero recordó que uno de sus compañeros de correría era calvo, y le hizo explicar a la india que el verdadero jefe era ése que ahí cerca veían durmiendo en una hamaca. La india se arrojó sobre él, le quitó el sombrero y «al encontrar –agrega Pérez Triana– una tonsura tan completa, comprendió, aun en medio de las sombras de su mente de salvaje, que ese misionero resarcía con creces todo lo que al otro faltaba, y que, dado el tamaño de su tonsura, debería ser muchas veces misionero u ocupar el puesto más alto en esa jerarquía». Debió creer que era el Papa. Nada tendría de raro que esto no ocurriera de manera absolutamente idéntica en la

realidad y que el relato fuera apenas un pretexto de Pérez Triana, para dar una salida a su natural jocoso, a expensas de su pariente.

* * *

Dice Sanín Cano que el genio de la lengua inglesa estaba más en armonía con el temperamento de escritor de aquél, que el castellano. Me ocurre que tiene razón en lo tocante al humorismo. La analogía que muchos críticos le hallaban con el señor Cunninghame Grahan, ese gran Don Quijote inglés que ha hecho reír tan agradablemente a sus flemáticos compatriotas, es indicio de la verdad del aserto. El chiste inglés no es siempre el más fino, pero en general es el más inocente, el más pulcro, el que a mayor distancia anda de la exageración y del sarcasmo. Y el chiste es, entre los anglosajones, algo que se acostumbra hasta por necesidad de salud y hasta por método. No ha habido político grande y escritor de fuste, que en alguna forma no lo hayan cultivado. Léanse, si no, por ejemplo, los discursos de Lloyd George. Enfrentado al conflicto supremo de su patria, en horas de ansiedad, cuando para intensificar la acción de la defensa le ha sido preciso abogar por un empréstito, ha empezado, con la gravedad que la difícil situación indica, a tratar el árido tema de los tanques, con toda seriedad, y de pronto ha soltado un gracejo que ha sido como un oasis para la atención, como un paliativo para la angustia, como un medio seguro, indefectible, para conquistar los ánimos. Así ha sido siempre.

Y así, exactamente así, pasa en los Estados Unidos. ¿Quién ignora la boga de Mark Twain? ¿Quién no sabe que es como un representativo del carácter nacional y que siempre escribió y obró sujeto a aquel criterio del literato suizo, que decía: «Los más grandes bienhechores de la humanidad son los que la divierten...?» Pérez Triana, en su gira triunfal por los Estados Unidos, cuando vino de Londres a asistir al Congreso Financiero Panamericano de 1915, si deslumbró con su oratoria robusta, se hizo amar y aplaudir más con sus discursos de sobremesa, continuamente festivos. En la ciudad de Detroit (Michigan) encantó a sus oyentes, el 9 del presente hizo justamente tres años, con una improvisación acerca de... adivinad... acerca de la paciencia para soportarlos. «El orador –decía–; el conferencista –

agrego yo– es la encarnación, de corta vida afortunadamente, del déspota. Durante un espacio arbitrario de tiempo mantiene a los concurrentes encadenados a sus puestos por las implacables convenciones de las buenas maneras. No pueden hablar, no pueden moverse, deben escuchar, sólo escuchar; la única escapatoria, de que ocasionalmente usan, reside en el sueño». Todos recordáis un famoso grito: «Si me lee, le leo»; arma de defensa que en capítulos de gracia irresistible suministró a la humanidad en general, desde las páginas de **De Bogotá al Atlántico**, contra los recitadores... y los conferencistas. ¿Os parece poca la enseñanza? Y Pérez Triana era así, indefectiblemente así, regocijado y sonriente. Quizá meditó alguna vez en que Víctor Cherbuliez había dicho: «Las gentes tristes, no sirven para nada».

Si de acuerdo me hallo con nuestro gran crítico, Sanín Cano, en lo tocante a la mayor armonía del inglés con el temperamento de Pérez Triana, para cuanto fuera humorismo, no pienso de igual manera en lo tocante a la obra descriptiva. El inglés es idioma para la sobriedad. Y el estilo de Pérez Triana es singularmente florido y abundante. Su prosa es rítmica, acariciadora, suntuosa. Abundan en ella los endecasílabos, los alejandrinos y otras combinaciones métricas, tachadas todas de defectuosas por estilistas de algún renombre, pero favorables indudablemente, cuando de ellas no se abusa y están, como blancas florecillas, adornando de trecho en trecho la verdura del césped, a la sonoridad, a la rotundidad, a la impresión de fuerza que el escritor anhela dejar en sus lectores y el orador en sus oyentes.

¡De cuánto colorido, de cuánta sugestividad, son las descripciones de este escritor que tenía poca vista! ¡Y cuán hermosas son las reflexiones que la naturaleza inmensa, rumorosa y doliente, le sugiere! Escuchad el pasaje en donde habla de ese caimán de doscientos metros de largo, tallado en la roca viva, en las cercanías de Atures, perpetuo interrogante para quienes deseen averiguar de qué instrumento se valieron los escultores para tamaña obra y de qué andamiaje hubieron de servirse para trabajar a semejante altura. «Ese cocodrilo –dice–, nos hizo pensar en aquel hermoso león moribundo, esculpido por el artista danés en la roca granítica de las orillas del lago de Lucerna». Y agrega que puede llegar también el día en que un habitante de

las regiones hoy desiertas del Orinoco, «al navegar sobre las aguas del lago de Lucerna, al preguntarle a la roca muda lo que quiere decir ese león moribundo con la garra tendida sobre el escudo flordelisado, encuentre el mismo silencio impasible de la roca». Y es que «los esfuerzos de los hombres no se pueden eternizar ni aun cuando escojan lo ingente, lo enorme en la naturaleza para que les sirva de pedestal. El tiempo pasa y con él llega el olvido». ¿No es esto de una tristeza tonificante, que mata los orgullos en cierne, reduce al hombre a sus diminutas proporciones, suministra aquella resignación al olvido encarecida por Renán y hace el efecto sano y desolador de una página austera de Tomás de Kempis?

Otra lección, otro tema para meditaciones acerca de la vida y de la humana especie, es aquella relación soberbia, esplendorosa del indio a quien, cuando bajaban Pérez Triana y sus compañeros el Vichada, le propusieron que les sirviera de acompañante y de guía por algún trecho, a cambio de sal, carne, ropa y otras provisiones que había solicitado. El indio majestuoso manejaba su curiara o pequeña embarcación, con una elegancia suprema. Era como un rey de aquellas soledades. Acostumbrado a luchar contra las fieras, no podía comprender que varios hombres juntos necesitaran de su ayuda, ni mucho menos que por interés mezquino vendiera su trabajo. El asombro y el desprecio se pintaron en su rostro. Cuando se convenció que nada podía obtener sin prestar el servicio, «golpeó el agua con el remo –dice Pérez Triana– dio una vuelta a la canoa, y, erguido sobre ella, se alejó aguas arriba, con la majestad de un rey herido en su amor propio, prefiriendo su libertad, su pobreza y su orgullo inmaculado, a la riqueza que tanto codiciaba. Le vimos alejarse y perderse en una de las revueltas del río. El sol, que en el Llano encuentra el mismo horizonte que en el mar, parecía una inmensa bola de hierro enrojecido, botada sobre la pampa, como si los cíclopes y los titanes empeñados en algún juego de pelota, la hubiesen dejado olvidada en el amplio y espacioso campo de la pradera sin límites. Todo el panorama hacia el horizonte reverberaba con matices rojos, que vestían al indio, orgulloso e indómito, como con una especie de púrpura».

A cuadros como ese, que piden el pincel de un gran artista, porque son dignos de objetivación, porque aparte de su belleza intrínseca son un emblema magnífico, agregó muchos otros Pérez Triana, así de la naturaleza como de la vida. Con absoluta nitidez se destacan, entre la pompa de un estilo ondulante, los varios tipos de las **Reminiscencias Tudescas**: Irma, la niña gentil, divina pianista que murió de tristeza, por haberse fracturado la mano derecha en vísperas de tomar parte en un concurso donde estaba segura de merecer el premio; Otto, el muchacho enamorado, que en vez de ir a acompañar en la barca de Caron a Werther, consumó la ruina del hogar de un amigo, y se alejó para siempre, tratando de convencerse de que había olvidado la tempestad de su alma, pero asegurando que la felicidad sobre la tierra sólo la encuentran los tontos; Herrmann, el aspirante a doctor en música y profesor de orquesta, que «en todo ruido y en todo rumor alcanzaba a percibir la nota armónica, la armonía latente, que en medio del silencio agitaba la batuta ante un inmenso libro de notas, con movimiento histérico de demente o de inspirado, para poder comprender una partitura de Tristán e Isolda, y de quien Pérez Triana decía que, dada su inspiración, debería no haber llorado como todos los niños, sino gemido en arpegios, sollozado en semifusas y corcheas y gritado con sostenidos y bemoles; Hans, el profesor de esgrima, sentimental y suave, a quien Pérez Triana no frecuentaba para pedirle lecciones, sino para oírle recitar baladas y referir episodios, como la adorable visita de un grupo de estudiantes alemanes a Heine moribundo, a quien le dieron la ilusión última de cantarle en coro sus propias canciones, etéreas y deliciosas, como aquella de «Sal canción de primavera; sal y resuena hasta allá donde brotan las flores, y cuando encuentres una rosa, dile que yo la saludo»; y, por último, Karl, el retrato más original quizá de los que pintó Pérez Triana, Karl Müller, el joven lingüista y filósofo condenado a ser pastor protestante, barrido su espíritu de toda creencia positiva, limpia su alma de esperanza y de fe, pero lleno su corazón de amor por su familia, a la cual prestaba servicio manteniendo ocultos sus propios ideales, para no quitarle la ilusión y el pan que representaba lo que pudiéramos llamar curato luterano, y resuelto a cumplir

mecánicamente con el deber de enseñar a los feligreses los preceptos de una religión que no era suya.

Don Juan Valera, en cariñoso prólogo, donde dio salida una vez más a su resentimiento contra don Rufino Cuervo por la audaz afirmación de éste, acerca de que en su concepto sólo había cuatro o cinco libros castellanos que pudieran ser leídos con deleite y provecho por los habitantes de la América Española, don Juan Valera, digo, elogió con cariño esas REMINISCENCIAS TUDESCAS, en donde, según su expresión, «nada huelga», y en donde el entusiasmo «presta fuerza a los raptos de la fantasía que en bellas descripciones se manifiestan a menudo».

Cuando ese entusiasmo alcanzaba su máxima tensión, como el aeroplano que ha adquirido al deslizarse sobre el terreno la suficiente fuerza y se eleva en los aires, Pérez Triana tomaba la lira para arrancarle notas de una infinita armonía.

A su padre le dice en el destierro:

> Una vez más, y la postrera sea,
> ven la faena a compartir conmigo;
> que seremos las dos en la pelea
> justicia y redención, luz y castigo.
>
> Tú eres brazo que lucha y voz que canta,
> y guardas a pesar del tiempo fiero
> rugidos de león en la garganta,
> intacto el temple de tu invicto acero.

A una desconocida le dedica una larga composición, que figura entre las más bellas y las más populares de cuantas haya producido la lírica colombiana:

> Dicen, dicen que es digna tu hermosura
> de la púrpura, el cetro y la diadema,
> dicen que es tu alma virginal y pura;

que todo tu vivir es un poema.

Que es rítmico tu andar y majestuoso,
que en tu mirada hay vastos horizontes
que te envuelven en algo misterioso,
como el azul de los lejanos montes.

Que en tu redor esparces la alegría
como la encina, que la grey defiende,
su sombra, cuando el sol del mediodía
las ígneas alas sobre el mundo extiende.

Que en la ruda batalla de la vida,
alta tu frente, nunca se doblega,
como el pendón de nave combatida,
que a mojarse en las ondas jamás llega.

Que el ansia de ser bueno en tu presencia
inunda el alma y de ella se apodera,
y el ideal revive en la conciencia
como la tierra al sol de primavera.

Ahí y en otros versos va el elogio de la beldad entrevista. Luégo siguen aquellos en donde se describe él mismo, para ofrecerle el tesoro de sus ilusiones y de sus cariños:

Peregrino del bien y de la idea,
de lejos miro la anhelada cima,
soldado, de la vida en la pelea
combatí en todo sol y en todo clima.

Subí desde el abismo hasta las cumbres,
han sangrado mis plantas y mis manos.

He escuchado gemir las muchedumbres.
He sentido rugir los océanos.

Del llanto y del placer oí los retos,
de la suerte sufrí las veleidades,
hay sepulcros que guardan mis secretos,
altares hay que guardan mis deidades.

¡Ni la envidia tenaz ni el odio ciego,
han quebrantado mi nativo brío!
Conozco del verano todo el fuego,
conozco del invierno todo el frío.

Mas la ilusión se desvanece, y entonces canta:

Dios no lo quiere, musa de mi lira,
eres un sueño encantador y vago
como el eco del viento que suspira
entre las cañas que retrata el lago.

* * *

Igualmente populares y bellos son los poemas **A París** y **Vientos del Llano**, rico el primero en emoción, en fiebre, en amor, por la ciudad hechicera, dueña de aquel licor divino «que no beben los bárbaros», y romántico, dulce, impregnado de melancolía, el segundo, en consonancia estricta con ese elemento sutil e inspirador que es el viento y con la majestad del paisaje. Recordad cómo termina:

Como si fueran dos manos
que sobre el ara se juntan,
el viento plegó las alas
sobre la cima impoluta,
sacerdote de los campos,

de la selva y la llanura,
llevó el aliento de su alma
cual plegaria a las alturas,
que en blancas gasas envuelve
el incienso de las brumas.

Advertid la materialización artística del amable elemento. La imaginación de Pérez Triana era de una prodigalidad fastuosa para las imágenes. Pero todavía mayor, si cabe, era su don de objetivación, la frescura de su memoria para detalles perdidos en las lejanías de su niñez, el encanto de sus añoranzas, la exactitud de sus descripciones a distancia, cuando entre las sombras que iban nublando su vista surgía, radioso, el paisaje fijado en la retina, una vez, muy de paso, o cuando evocaba las costumbres de la ciudad santafereña. ¿Quién ha hablado entre nosotros con tanta propiedad, con tanta prolijidad, francamente sorprendente de las piedras de moler, de las sillas de montar, de las estudiantiles excursiones a caballo, de la fabricación del chocolate de harina, del rosario rezado en familia a la hora del ángelus, de tantas cosas risueñas y lejanas, que aún nos enternecen a quienes no hace relativamente mucho tiempo que las perdimos, y que para Pérez Triana eran una obsesión, algo como sempiterno, que le procuraba al mismo tiempo amargura y deleite?

Cuantos lo vieron en París y en Londres en los últimos años, recordarán cómo al anhelo de realizar un viaje de retorno a la casa solariega, donde lo esperaba la madre, santa y admirable, juntaba siempre él la preocupación por cuanto entre nosotros estuviera ocurriendo. Cómo se regocijaba cuando llegaba algún compatriota a contarle la última hipérbole antioqueña, el último chascarrillo bogotano, que referidos luégo por él a otras personas, aumentaban en gracia. Para él era importante saber quién había sustituido a Dorotea en la fabricación del helado, cuál casa había sido derruida, qué pensaba de la situación el doctor Arias, qué impresión había causado la sustitución de las velas por la luz eléctrica, cuántos templos nuevos habían construido, en dónde abundaban las tertulias, quiénes frecuentaban el atrio de la Veracruz, cuántos personajes típicos de Bogotá habían desaparecido,

cuáles los iban reemplazando. Y soñaba, soñaba continuamente con el regreso, que nunca pudo realizar, porque los médicos se lo desaconsejaron, hasta ahora, cuando despojado ya de la materia, su espíritu ha podido venir hasta nosotros.

* * *

He diluído demasiado, porque el tema domina a quien lo acoja, y me falta todavía la mitad, mucho más, de Pérez Triana. He de condensar todo aquello en que pudiera extenderme. Pero es claro que en mi pequeño vaso apenas puede caber una muestra del agua que fluía de tamaña catarata. ¡Qué fecundidad y qué actividad las suyas tan extraordinarias! Leía, acercando el libro a los ojos hasta cubrirse la cara, o se hacía leer, cuanto le llegara impreso de cualquier parte del mundo; dictaba a un mismo tiempo tres o cuatro cartas en diferentes idiomas; tenía un fonógrafo, cuyos discos impresionaba él con discursos, programas, modelos de correspondencia, para que el secretario escribiera lo que al día siguiente le decía la máquina. Y de un asunto pasaba al más contrario, de la efusión familiar al negocio, del negocio al discurso, de éste al chiste que quería dejar copiado, a la reminiscencia, al poema, al editorial para **Hispania**.

Orador, fue «la reaparición agigantada de Rojas Garrido», como lo expresó Vargas Vila. Dominó con su palabra las asambleas mundiales. Cuando en la Conferencia de La Haya se levantó por primera vez, él, representante de un país cuya existencia apenas era conocida de la mayor parte de los delegados, hubo ese murmullo presagiador del silencio, que parece rondar como un espía para aprovechar cuanto de pretexto pueda servir a la risa. Era un toque de atención, algo como el tácito convenio de divertirse a expensas de quien probablemente iba a decir en lenguaje ininteligible alguna enormidad de ignorancias... Mas el murmullo se trocó en asombro. León Bourgeois, el gran político francés, acostumbrado a todas las lides del pensamiento y a todas las justas de la oratoria, exclamó: «Ese es un orador». Y quedó consagrado. Después –¿quién puede ignorarlo?– cuando asistió a la Conferencia Financiera Panamericana, fue tal su labor, que el presidente Wilson no pudo prescindir de felicitar al gobierno de

Colombia por tan incomparable escogencia, y, los altos políticos, de invitarlo a hablar en cuantos banquetes –que fueron muchos– dieron en honor de los suramericanos las principales ciudades de la República enorme.

De mucho tiempo se necesitaría para hablar de sus discursos. En todos causó sorpresa la robustez de la idea, la perfección de la forma, la sonoridad de la dicción, la propiedad del gesto. Defendió con calor, con elocuencia magna, los derechos de las pequeñas naciones, clamó contra los atropellos, increpó a los poderosos su hipocresía o su miedo, y luchó, luchó sin tregua, por que las Repúblicas de la América Hispana formaran un poderoso haz, imposible de ser roto ni aun por una conjuración de fuerzas. A esa labor de simpatía, de acercamiento, de fraternidad, dedicó, además, su muy circulada revista **Hispania**, desde el 1º de enero de 1912, día en que apareció, hasta el 24 de mayo de 1916, día de su muerte.

En ese lapso se presentó la hecatombe. Desde el primer día estuvo la revista al lado del Derecho. Pérez Triana había vivido muchos años en Alemania y había aprendido a amarla. La Alemania de la cerveza y de los estudiantes, la nación de la música y de los pensadores, la de los recuerdos legendarios y la de las baladas románticas, la de los clubes, la sencillez, la generosidad y el ensueño, ésa estaba en su alma. Él había entonado con sus compañeros el **Gaudeamus igitur** y había fijado en la mente la frase encantadora y cierta: «Allí donde los cantos pueblan el aire, allí me tiendo yo. Los malvados no tienen cantos». Se había inclinado ante la institución universitaria, perfectamente democrática; recordaba que al estudiante de Leipzig no se le pedía otra credencial que la de su buena voluntad; dedicaba frases de encendida admiración y de infinito afecto a profesores como el sabio Kolbe, la más alta eminencia en su tiempo en el estudio de la química orgánica; y se hallaba saturado de Goethe, de Schiller, de Kant y especialmente de Heine, el ironista y el poeta múltiple, cuyos cantares vivirán lo que la música de Bach, de Beethoven, de Lizst, es decir, la vida del planeta.

Pero la guerra se desencadenó con violaciones del honor, con el sacrificio de Bélgica, con el horror de las matanzas innecesarias, invocando el nombre

de Dios blasfemamente, sembrando por doquiera el terror, el dolor, la sangre, el exterminio, resucitando al hombre primitivo y armándolo para la destrucción con elementos que no soñó el mismo Júpiter. Ante semejante cuadro, Pérez Triana se alzó como un profeta. Llevaba a Alemania, a su Alemania, la de las reminiscencias inagotables, crucificada sobre el corazón. Pero en los labios tenía la palabra de fuego, no contra el pueblo, primera víctima del militarismo, sino contra los amos irresponsables, contra la autocracia. Y contra la autocracia previno, en palabras de clarividencia y de indignación, a los pueblos de América. Nuestras simpatías debían seguir a las naciones atacadas, a las mismas que nos enseñaron a ser libres y que ahora se alzaban, pujantes de entusiasmo, a defender, palmo a palmo, junto con el tesoro de civilización que representan, el territorio invadido.

En esa labor puso Pérez Triana lo mejor de su espíritu: su fe en la bondad de los ideales y su confianza en el triunfo de quienes de manera lenta pero continua iban haciéndose a la superioridad aun en el régimen terrible de la fuerza. Mas no alcanzó a verlo. Antes de cumplir cincuenta y ocho años –había nacido en Bogotá el 28 de agosto de 1858– empezó a sentir cansancio. Como la vela, con su luz, él mismo se había ido consumiendo. Se apagó en Riverdale, en su casa de campo. Era la estación florida, cuando había mucha luz en el cielo y mucho verdor en los árboles. En los últimos días, según refiere Ramiro de Maeztu, tuvo una frase sublime. En su lecho de muerte se hacía leer un libro. «¿Qué libro es?», le preguntó un amigo. «En trance como el mío, respondió el moribundo, no se puede leer sino el Quijote». Ahí está retratado: ligero y profundo, enamorado de la vida, pero sin temor del más allá, lleno hasta el último instante, de novedad y de gracia.

¿En dónde está?... Yo me atrevo a repetir para sus deudos, para cuantos piensen que sin fe nada se alcanza, esta página suya, que figura en el libro **De Bogotá al Atlántico**, hacia el final, en donde, pasados los peligros de su excursión obligada por los Llanos, cree necesario alzar los ojos a Dios: «Con la cándida fe de los primeros años, planta inmortal que renace en el hombre, a través del tiempo y de la vida, germen bendito puesto en el corazón por nuestra madre en los primeros días de la infancia, voló nuestro

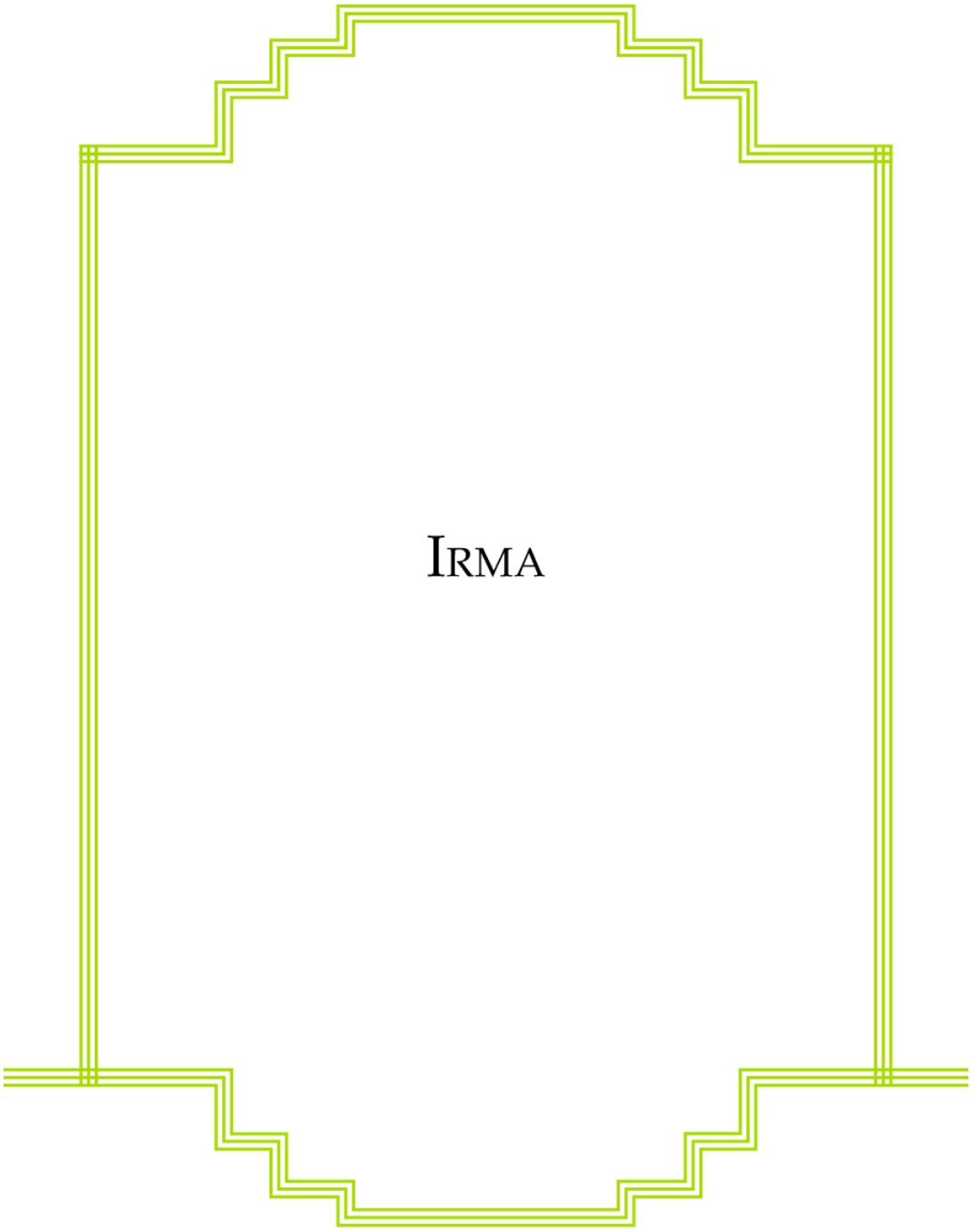
espíritu hacia la que por nosotros, en toda época y en todo tiempo, y con más ahínco en esos días de peligro, había elevado sus preces al Señor».

Luégo fue el espíritu de la madre el que voló hacia el del hijo. Muy pocos meses le sobrevivió la anciana noble y sufrida, mujer fuerte y augusta, que dejó la vida sembrada de suavidad, de caridad, de dulzura. Hoy esas dos almas pueden estar juntas. Y yo, que conocí a la madre como conocí al hijo, os puedo decir que si en realidad lo están, Pérez Triana ha hallado en lo eterno, con la emoción del encuentro, la alegría inefable y la gloria que jamás perece...

LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO

REMINISCENCIAS TUDESCAS




IRMA

Die Ideale sind zerronnen: Die einst
das trunkene Herz geschwellt.

SCHILLER

¡OH LEIPZIG, Y TÚ, alma mater mía lipsiense, desde que os dejé, cuánto os he echado de menos! ¡Cuánta falta me habéis hecho!

Leipzig, antes de conocer la ciudad, era para mí un nombre que evocaba memorias guerreras; la nota baja y triste de ese **crescendo** tempestuoso en que Marengo, Austerlitz, Wagram y Jena fueron el agüero gigantesco que había de terminar en **Moscow**. Leipzig traía a mi mente la estepa blanca y silenciosa; el impasible y plomizo cielo tenaz en su lluvia de copos que caían, como encargados de cubrir al mundo con su sudario final; la larga fila de soldados tristes, descorazonados y apenas capaces de mover un pie detrás del otro; la huella horrible de cadáveres insepultos, de que el lobo hacía presa; el ojo vidriado que ninguna mano cariñosa pudo cerrar; los miembros crispados por el frío de la muerte y del invierno; y un día tras otro día, sin tregua, sin descanso, seguía la vasta muchedumbre, casi rendida por la fatiga, pero no vencida, detrás de las águilas que por primera vez se habían visto abandonadas por la victoria y parecían buscar refugio junto al César sombrío y meditabundo a cuyo corazón acaso no llegaba toda esa tristeza, y cuya ambición era más grande que la estepa rusa, más tenaz y más cruel que el invierno de Siberia. Y fue Leipzig el punto de encuentro a donde trajeron los monarcas amedrentados sus huestes unidas para luchar con ese hijo de la revolución, que había pasado su vida en deshacer tronos y en borrar demarcaciones tradicionales en todo, en el suelo de la Europa, en las castas de la sociedad, en las familias reinantes, en las conciencias de los hombres y hasta bajo la cúpula misma de San Pedro. ¡Qué encuentro fue aquél! En la llanura de Leipzig se vio que aún le quedaban garras al león.

De la ciudad misma, ninguna idea tenía, y la hallé fría, brumosa, tradicional, soñadora. Calles angostas y tortuosas; construcciones ennegrecidas por el moho de los tiempos; altos techos llenos de ventanas adornadas con tiestos y macetas; vericuetos y pasajes misteriosos por el centro de las casas; pequeñas plazoletas formadas por edificios de raras y variadas estructuras; un trozo arquitectónico de la Edad Media, de bizarro aspecto, evocador de sombras y fantasmas. Y por esas calles, bajo esos techos, allí, en ese escenario preparado por la mano de los tiempos medioevales, en que la violencia era la sola ley y la fuerza o la única razón, vivía una generación moderna, que se dilataba en ese medio, como el mercurio dentro del vidrio frío que apenas cambia su densidad, al calor de la ciencia y del arte conquistadores que de tiempo atrás habían invadido la ciudad haciéndose dueños de ella; porque Leipzig es centro universitario a donde acuden de todos los rincones del mundo, como a benéfica fuente, los sedientos de ciencia y de verdad.

Y nosotros fuimos a beber en esa fuente con la fe de nuestra juventud, y con la avidez de los primeros años; veníamos de lejanas comarcas americanas, en donde la humanidad es nueva y la tradición escasa. Después de nuestros montes cubiertos por el bosque primitivo, y de nuestros ríos que, perezosos, deslizan su corriente bajo la pompa tropical, y reflejan la coposa ceiba o la palma melancólica, aparecieron, como recuerdos de un sueño ajeno, los collados y las alturas coronadas por los desnudos e ingentes restos de feudal castillo, y las aguas mansas que en sus ondas reflejan la gótica aguja del antiguo templo. Todo fue una revelación: ese mundo muerto, cuyos vestigios yacían en torno nuestro, estaba lleno de encanto. Nuestra vida, en esos días, era grande y hermosa. Brillaba en nuestros ojos el reflejo postrero de los soles hundidos, y en nuestra alma, la fe en el día venidero: todos los tintes del crepúsculo, todas las luces de la aurora.

Allí nos encontramos Irma y yo. Ambos habíamos abandonado las nativas playas en busca de nuestros ideales, que creíamos hallar en el suelo que vio nacer a Goethe y a Schiller, a Humboldt y a Lessing.

En medio de la ciudad se destacaban los numerosos edificios de la universidad, en donde, a la sazón, aprendían todos los ramos del saber humano más de tres mil estudiantes. Veíase también el Conservatorio de música, cuyos discípulos, tantas veces, han llevado a los más remotos confines del mundo el arte maravilloso allí aprendido, arte que en toda latitud y a toda raza conmueve el corazón con las melodías de Schubert, de Mozart, de Beethoven, poemas inarticulados, inteligibles para todo el que sienta, para todo el que llore, para todo el que espere.

Irma era pianista. Con tesón trataba de vencer las dificultades de ese instrumento, el piano, el más ingrato y rebelde de todos. Gracias a la fe que tenía en su arte, no esquivó los grandes sacrificios que le fue preciso hacer para trasladarse, desde su lejana patria, en los Estados Unidos de América, a la tierra de los grandes maestros. En sus venas corría sangre teutónica, pues era descendiente de emigrados alemanes; su espíritu, se sintió aliviado en vez de atónito y suspenso, como a mí me había sucedido, cuando sus ojos contemplaron esa hermosa tierra, poblada de tradiciones, erizada con las huellas de otros tiempos. Pudiera decirse que volvía ella a su patria, a su centro y medio naturales. A primera vista comprendió todas esas inscripciones medio borradas; la poesía de tantas ruinas le llegó al corazón, y sin dificultad entre ellas fabricó su nido.

Explicóme el sentido íntimo de las baladas y leyendas, que en Alemania son el tesoro de recuerdos más rico que tiene la nación; el canto de la sirena desde la roca de Lorelei, la maldición del cantor de Uhland, y los melancólicos acordes del anciano trovador compañero de Mignon, fueron nota vibrante llena de revelaciones en mi oído, cuando su labio repetía la íntima cadencia en que, como en vaso de cristal tallado, rico perfume, el poeta guardó la conseja popular persistente a través de las generaciones, por esa inmortalidad de toda belleza de que habla Keats, cuando dice que lo bello es fuente imperecedera de goce: «**a thing of beauty is a joy forever**». Toda esa poesía le era propia; se extasiaba contemplando los vuelos atrevidos del granito en los góticos arcos, creía escuchar la voz del rey de los Olmos cuando el viento invernal soplaba en el bosque, y estaba convencida de que Mefisto se nos había de presentar, saliendo por encima

del inmenso tonel situado en la clásica taberna de Auerbach, inmortalizada por Goethe, a la cual solíamos ir a comer cuando en nuestra bolsa de estudiantes quedaban algunos cuartos.

En el Conservatorio todos la conocían y admiraban su energía y su talento. El mismo Reinecke, tan parco en alabanzas, tan severo en la crítica, doblemente autorizado por lo profundo de sus conocimientos y por su posición de Director del Conservatorio, alguna vez había dicho que, si la constancia no le llegaba a faltar, sería Irma digna de los laureles de Rubinstein o de Liszt.

Su mano recorría las teclas con la suavidad murmurante de un arroyo que se desliza sobre blancos guijarros y doradas arenas. Amaba la profunda melancolía de las canciones sin palabras, queja resignada en que vuela por el mundo el alma de Mendelsohn. Hacía comprensibles, porque ella los comprendía, los gritos dolorosos de Schubert, y esa música de Mozart, dulce y melodiosa como la italiana, profunda e intencionada como la alemana. Bajo su influjo, el aire se poblaba de notas palpitantes, que se agitaban en ondas de rítmico movimiento y mágica cadencia, que llegando al corazón, se apoderaban del espíritu, y en alas invisibles, o por intangible escala, lo llevaban al mundo ideal de los sueños y de las aspiraciones infinitas.

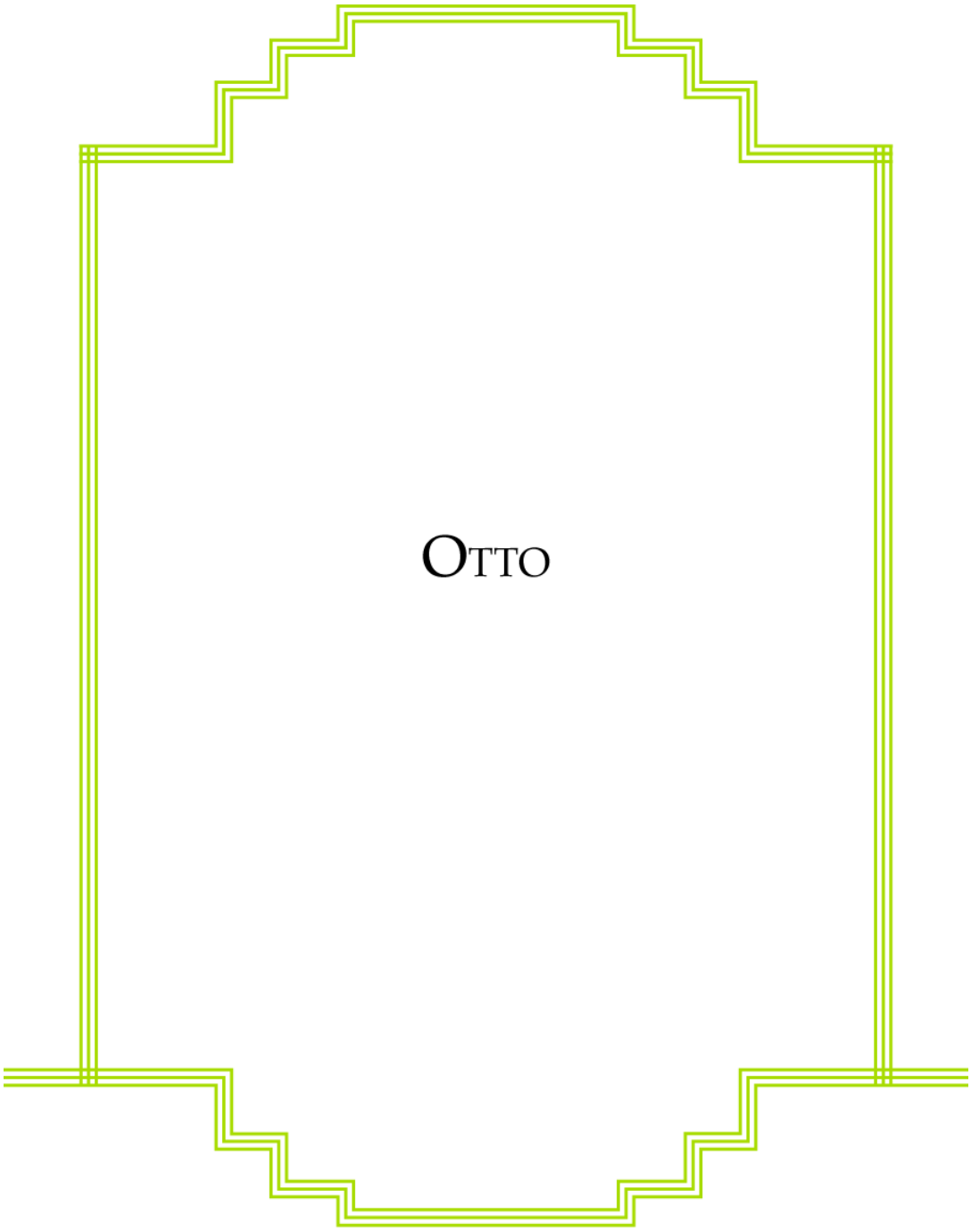
Se acercaba el día de su triunfo. Iba a verificarse su último examen, una mera fórmula que era preciso llenar, pero fórmula no más, porque ya los jueces habían decidido darle el diploma, ganado con tanto esfuerzo y tantos sacrificios. Dos días antes del fijado para ese acontecimiento, que había sido la meta de su vida, invitóme a que fuéramos hacia el parque. Era una mañana fría de invierno. Clara y penetrante la atmósfera hacía sentir doblemente la dicha de la vida y el calor de la sangre en las venas. El estanque del parque estaba helado, y ella propuso que patinásemos. El inmenso espejo reverberante ejercía una especie de atracción magnética sobre nosotros. Nos lanzamos sobre él y, en breve, como presa de un vértigo, nos deslizábamos con la rapidez de las aves en el espacio. De repente, tropieza, trata de sostenerse, y, a pesar de mi ayuda, cae. Al irla a

alzar, noté que se había desmayado. Pedí auxilio, y a poco vino un médico, que declaró que al caer sobre la mano derecha, se la había fracturado.

Al volver en sí, trató de mover la mano, y cuando vio que la voluntad era impotente para hacer entrar en acción aquellos dedos, ayer no más tan ágiles y tan expertos, brotó de sus ojos el llanto. Comprendió que su arte la abandonaba, y que ya cuando tenía el premio como suyo, éste desaparecía. ¡Estaba de Dios! –me dijo resignada.

¡Pobre niña! Triunfo y laureles y legítimo orgullo, todo estaba perdido; disipado el sueño de su vida; condenada en adelante a sentir el mayor de los tormentos humanos: la impotencia de la fuerza creadora, la del pintor sin manos, la del orador sin voz, la del vengador sin espada, la del libertador sin séquito. Potencialidades supremas encadenadas a la roca de la esterilidad; águilas, con las alas rotas, que perecen de nostalgia y de tristeza en presencia del éter infinito.

Apartéme unas horas de su lado, y cuando volví, la encontré muerta. Hubo quien hablara de láudano o de veneno. Mentira. La pérdida de la ilusión, del ensueño, del amor, que han sido alma de nuestra alma y vida de nuestra vida, también mata. Esa pobre niña, laúd cargado de melodías, cuando no pudo cantarlas en la tierra, fue a confiarlas al cielo.


Otto

¡Behüet dich Gott! es wär zu schön gewesen
¡Behüet dich Gott! es hat nicht sollen sein.

J. V. VON SCHEFFEL

HACÍA MÁS DE DIEZ AÑOS que no nos habíamos visto; empero, al hallarnos allí, uno enfrente de otro, en la taberna de Zimmer, en pleno boulevard parisiense, parecíanos a entrambos que la víspera no más habíamos estado juntos, en amena plática, cambiando nuestras impresiones, confiándonos nuestras esperanzas y nuestras ilusiones, dejando perderse libremente nuestro espíritu en las vagas e inciertas regiones del porvenir, a manera de pendón multicoloro que el viento caprichoso agita en el espacio.

En el rostro de Otto advertí las huellas del tiempo, que había dado virilidad a su expresión y un sello de fuerza a todo su aspecto; pero en sus ademanes, y sobre todo en sus sentimientos hallé toda la frescura de los antiguos días. Sentíame como envuelto en una brisa cargada de rumores que traían ecos de voces, de cantos y hasta de sollozos que, en el vaivén de la existencia y en el tráfago de la diaria lucha, creía olvidados para siempre. Otto era eslabón vivo que salvaba los diez años transcurridos y me vinculaba a los hermosos tiempos «más bellos cuanto más lejanos», de nuestra vida de estudiantes.

Dicen los ingleses que si aguardamos con paciencia a cualquier ser humano en la estación de Charing Cross, más tarde o más temprano, pero con toda seguridad, algún día, lo hemos de ver salir de uno de los innumerables trenes que allí llegan, durante las veinticuatro horas que en voltear sobre su eje pone el globo terráqueo. Otro tanto puede decirse de los grandes boulevares de París, por los cuales alguna vez en su vida ha de transitar todo mortal.

Habíanme llevado mis ocupaciones a la antigua Lutecia, y, la tarde aquélla, hallábame sentado a la mesa de uno de los innúmeros cafés que se

encuentran desde la Magdalena hasta la Plaza de la Bastilla. Entreteníame en ver pasar la onda humana, rumorosa y murmuradora como la de ningún torrente, abigarrada y kaleidoscópica, que traía a la mente mil sugestiones de misterios, alegrías, penas y dolores, entrevistos como relámpagos en los semblantes que pasan y pasan sin cesar.

Una mano se posó sobre mi hombro sacándome de mi abstracción, y la voz de Otto, a quien reconocí al instante, exclamó:

–Vive Dios, que entre los placeres y sorpresas que de París esperaba no me prometía el de hallarte a ti.

Sentóse a mi lado y empezamos a contarnos, en frases cortas y condensadas, mitad narración de la experiencia propia, mitad pregunta de lo que al otro había acontecido, o reminiscencias de lo que común nos era, el curso de nuestra vida desde nuestra separación. Acercábase la hora de comer, y para hacerlo nos trasladamos a la taberna de Zimmer, la más adecuada para nosotros, por ser alemana, en aquellos momentos en que revivíamos memorias de allende el Rhin.

Ya había cerrado la noche. La muchedumbre continuaba atropellándose sobre el ancho pavimento de asfalto, y más allá, bajo la intensa luz de los focos eléctricos se agitaba la interminable procesión de ómnibus, coches y vehículos de todo género. Oculto el sol, lo reemplazaban, a más de los focos eléctricos, puestos sobre altos postes en el centro de la calle, innumerables luces de gas en las puertas de los edificios y tras los inmensos vidrios de los escaparates de los almacenes, vistosos y adornados como altares. De los pisos superiores se escapaban bocanadas de luz que, en los más altos, adonde no llegaba la zona de la luz de abajo, parecían, al cortar la sombra, como lanzadas por el reflector de una linterna mágica. De la calle se alzaba un rumor de vida, palpitación de sonido, mezcla de mil ruidos distintos; el taconeo de los transeúntes sobre el pavimento, el golpear de cascos y el crujir de ruedas sobre las piedras, el murmullo de las voces, los gritos de los cocheros y vendedores de periódicos y baratijas; todo ello vago, confuso, tenaz como el ruido de las olas que el viento arremolina y estrella contra las rocas.

Cerca de nosotros, dentro del recinto, percibíanse más claramente las voces de los circunstantes, las órdenes de los mozos de servicio dadas a voz en cuello, y el constante y seco golpe de los vasos de vidrio o de barro, henchidos de cerveza de Baviera, sobre el mármol de las mesas.

De cuanto teníamos delante nada se nos alcanzaba. Estábamos en otro mundo, lejano en el tiempo y en la distancia. Ora vagábamos en las verdes colinas que encajonan al río Neckar, cubiertas de viñedos cuyos frutos aprisionaban el calor y la luz de los estíos para volverla al alma en líquido transparente, que irradia cambiantes amarillos, confortador del cuerpo y rejuvenecedor del ánimo. Ora en Heidelberg, paseábamos por entre las ruinas ingentes del viejo castillo, cuyos muros abiertos en brecha por el cañón francés, muestran anchas heridas, como rasgones en banderas viejas, o penetrando en la parte de él, que el tiempo ha respetado y que no ha ultrajado la violencia humana contemplábamos los viejos pilares de piedra tallados por orden de Carlo Magno, cruzábamos el amplio salón de los banquetes, silencioso ya, donde en tiempos feudales sonó la voz del trovador en cántiga amorosa, o narrando hechos de guerra, o repitiendo baladas tradicionales; luégo bajábamos al sótano que guarda el inmenso tonel, fiel depositario, antaño, de la sangre de toda la vendimia de la comarca, o por la tortuosa y carcomida escalera de caracol subíamos a la alta almena donde un tiempo flotó el altivo pendón de los Electores del Palatinado. Desde allí divisábamos la vieja ciudad, y más allá, en el estrecho valle, la linfa clara del Neckar, que serpea lamiendo la falda de los collados, se escurre bajo los puentes y se ensancha luégo hasta confundirse y perderse, como en el mar, en el lejano horizonte.

Venían también memorias del laboratorio en donde en otros años trabajábamos juntos; las de los compañeros, con quienes en ese entonces llevábamos vida íntima, dispersos ya y perdidos sobre el haz de la tierra, como las hojas secas que en otoño caen del árbol y que el cierzo arrastra al través de montes y de valles; las de aquellos cantos que tantas veces, en alegre nota, lanzábamos al espacio, cuyas ondas sonoras vienen recibiéndolos de generación en generación de estudiantes, desde hace siglos, siempre hermosos, mensajeros de consuelo y de alegría. ¿Qué de

extraño podía tener el que así nos alejáramos de cuanto nos rodeaba? Ese era nuestro mundo; en él habíamos vivido años felices; la voz que de él nos venía ahogaba todo otro ruido, y las imágenes así evocadas, bellas y relucientes, hacían desaparecer cuanto teníamos delante de los ojos. Vivíamos en el pasado, que era una sombra cristalizada en la realidad, y la realidad que nos rodeaba convertíase en sombra que no veíamos.

Después de una larga conversación, cuando el calor de los recuerdos hacía rebosar el corazón, preguntéle a Otto:

–¿Has vuelto a tener noticia alguna de Helga?

Estremecióse; había tocado yo la herida de su alma. Calló algunos instantes, y luégo, como quien hace un esfuerzo, narróme la siguiente historia:

–Sin duda, tú recordarás, como yo, a esa niña de azules ojos y de blonda cabellera, pura y sencilla como lo fue Margarita; recordarás que mis ambiciones y mis ensueños tendían hacia ella y que por ella fui bendito yo con ese amor que es fuerza para la lucha, que da la fe que no desmaya y la luz que no se extingue. ¡Cuántas veces, tras las faenas del estudio o con el hastío de los ruidosos placeres a que solíamos entregarnos, presa el alma de desaliento o de tristeza, calmó mis ansias, aquietó la sorda violencia de mis pasiones o fortaleció mi constancia para el bien la tranquila mirada de sus ojos o el acento cariñoso de su voz! Al verla sentía yo lo que el más inspirado de nuestros cancioneros, cuando dijo: «Eres como una flor, tan pura, tan limpia y tan hermosa. Yo te contemplo y la tristeza me inunda el corazón. ¡Oh!, quisiera poner las manos sobre tu cabeza y pedirle a Dios que siempre te conserve así, tan pura, tan limpia y tan hermosa».

Después de que tú abandonaste la universidad para volver a tu lejana América, a la patria de tus mayores, de la cual tanto me habías hablado diciéndome que había en ella labor para el cerebro y para el brazo, y obra que hacer en pro de la humanidad, de la libertad y de la justicia, arena para la lucha y campo de siembra para el porvenir, yo quedé como perdido sin ti en esos lugares donde tanto tiempo habíamos estado juntos. Me oprimía como una pena tu ausencia en los bancos de las aulas, en el recinto de nuestro club de estudiantes, en los rincones favoritos del bosque, y cuando

entonábamos el **gaudeamus igitur** o el canto de «En el Rhin, en el Rhin, allí crecen nuestras vides» parecíame incompleta la melodía, porque en ella no sonaba tu voz.

Esta soledad en que me hallaba, causada por la separación del compañero con quien había compartido todas mis impresiones durante mis ocho semestres de vida universitaria, ligóme más estrechamente a Helga, a quien parecíame que amaba más y más cada día.

Paréceme que aún la veo como entonces en la modesta sala de su casa. En un extremo de ella, su madre y sus hermanas, a la luz amiga y discreta de la lámpara de petróleo cubierta con amplia pantalla azul, agrupadas en torno de la mesa, hacían labores de mano; en el otro extremo, Helga, sentada al piano, tocaba las melodías populares de nuestro país y parecía escuchar a medias cuanto yo le decía. Nunca supe a ciencia cierta si ella correspondía a mi amor; unas veces parecíame que sí, otras, aunque siempre bondadosa, la hallaba tan reservada y fría, que mis esperanzas morían como flor agostada por la escarcha y mi pecho se llenaba de amargura.

El amor me hacía sentir entusiasmos de poeta, y calmaba yo mis ansias tratando de verter en estrofas rimadas el sentimiento de mi alma. Bien comprendía cuán pobre era yo como artista, y bien sabía que el eco de mis humildes versos apenas era remedo falso e incompleto de cuanto yo sentía. ¡Ah!, si pudiéramos poner delante de los demás, en línea, en nota o en palabra, el sentimiento tal como en el alma lo llevamos todos, cuando amamos, seríamos artistas y poetas; mas, ¡ay!, que el darle forma a la inspiración es privilegio de los pocos elegidos de Dios, a quienes la humanidad admira porque ellos dan voz al sentimiento íntimo, a la inspiración inmortal que todo pecho humano abriga.

Lo que mis labios no se atrevían a decirle, trataba yo de decírselo en mis versos, que como humilde flor en rico altar, digno de más valiosa ofrenda, ponía yo entre sus manos.

¿A qué narrarte al por menor lo que pasó? Terminaron mis estudios; llegóme la hora de tomar mi puesto activo en la lucha por la vida y tocóme abandonar la patria y, bajo otro sol y en otro suelo, buscar el pan de cada día. En mi Germania querida quedaban mi pasado, mi hogar y mi Helga;

llevaba yo la resolución de vencer y la esperanza de volver y de ser amado, que ora se envolvía en sombras de duda, ora brillaba tan llena de promesas como una aurora de primavera.

Pasaron algunos años: un día, que nunca olvidaré, supe que Helga se había casado con Karl, uno de nuestros compañeros, a quien, sin duda, recordarás. Creí morir, pero aquí me tienes. «Mi salud es tan fuerte como la encina de nuestros bosques», y pienso en ella como tantos otros ideales e ilusiones que vamos perdiendo en el transcurso de la vida y que han hecho exclamar a nuestro pueblo entero, con el poeta Scheffel: «Hubiera sido tan hermoso; pero Dios no lo ha querido».

Aquí no termina mi historia, prosiguió diciendo Otto. Hace poco la he vuelto a ver, y es esposa y madre. Al volver a su hogar, y al verla allí, rodeada de sus hijos, comprendí a Werther en su amor por Carlota. Cuando en mi presencia los hijos de ella llamaban «padre» a Karl, sentí en mi pecho ira contra ese hombre y odiéle, porque me parecía un usurpador. Karl es a un mismo tiempo un hombre bueno y un buen hombre: ni más ni menos. No sé si Helga sea feliz; pero esto sí sabía yo, que Karl no ha podido colmar, ni siquiera en la escasa medida en que los hados lo permiten, las ansias de ideal que Helga abriga en el corazón; sé que sujeto al contacto diario, a la monotonía de la vida, el atractivo que hacia él la llevó ha tenido que quedar destruido como el de una flor estrujada. También sabía yo que así como al volverla a ver renació en mi pecho la pasión que creía muerta, ella vio en mí un mensajero que venía de la orilla bendita del pasado, trayendo en las manos las flores de primaveras idas, y en los labios, el rumor de cantos olvidados.

Todo esto lo comprendí, y cediendo al raciocinio brutal del deseo, que no reconoce más derecho que la propia dicha, vine a considerar como meras fórmulas convencionales que me era lícito quebrantar, si lo podía hacer, las vallas que la ley de Dios y la ley del hombre habían puesto entre los dos. Vino en mi ayuda la experiencia del mundo, adquirida en mis años de ausencia y, con arte diabólico y como quien se apodera de bien propio que otro le ha arrebatado, híceme dueño de Helga y consumé la ruina de aquel hogar.

Otto calló. Vio en mis ojos una mirada de espanto, y sin querer escuchar mis reproches, sonriendo alegremente, prosiguió:

–Óyeme bien: como te he dicho, la he vuelto a ver. Al escuchar una vez más el acento de su voz, al mirar los abismos profundos de sus ojos azules, tan hermosos, al oír de nuevo las mismas melodías que su mano arrancaba del piano; todo, como en los días de antaño, lo que te acabo de decir pasó como un relámpago rojizo delante de mí, cegándome los ojos e incendiándome el cerebro. Pero Dios es misericordioso. Helga vive tranquila y pura en su hogar, y de aquella tempestad que agitó mi alma no llegó hasta ella ni un eco, ni un rumor. Hoy tan sólo quiero yo para ella y para su hija, pedirle a Dios que las conserve «tan puras, tan limpias y tan hermosas».

–Ya encontrarás otro amor, le dije, que te procure la felicidad.

–Eso no, respondió Otto. Sólo los tontos hallan la felicidad sobre la tierra, y a su número no pertenezco yo. Ello, al fin, poco ha de importarnos para guiar nuestra conducta. Karl Blind preguntóle una vez a Darwin, si había Dios. Este último contestóle, poco más o menos, así: «Cuando contemplo las maravillas del Universo, y reflexiono en la necesidad de una primera causa, comprendo que tiene que haber Dios. Cuando veo que la ley de la vida es el dolor, que la injusticia triunfa tantas veces y que por medio de la violencia es preciso que unos seres mueran para que otros vivan, no comprendiendo la Omnipotencia creadora sino unida a la bondad infinita y a la justicia absoluta, paréceme que no puede haber Dios. Para exponer el pro y el contra, necesitaría volúmenes, y la cuestión no quedaría resuelta. Siendo esto así, ¿para qué martirizarnos el cerebro? Haya Dios o no lo haya, siempre tenemos una tarea que hacer, un deber que cumplir. Cumplámoslo, y con eso bastará».

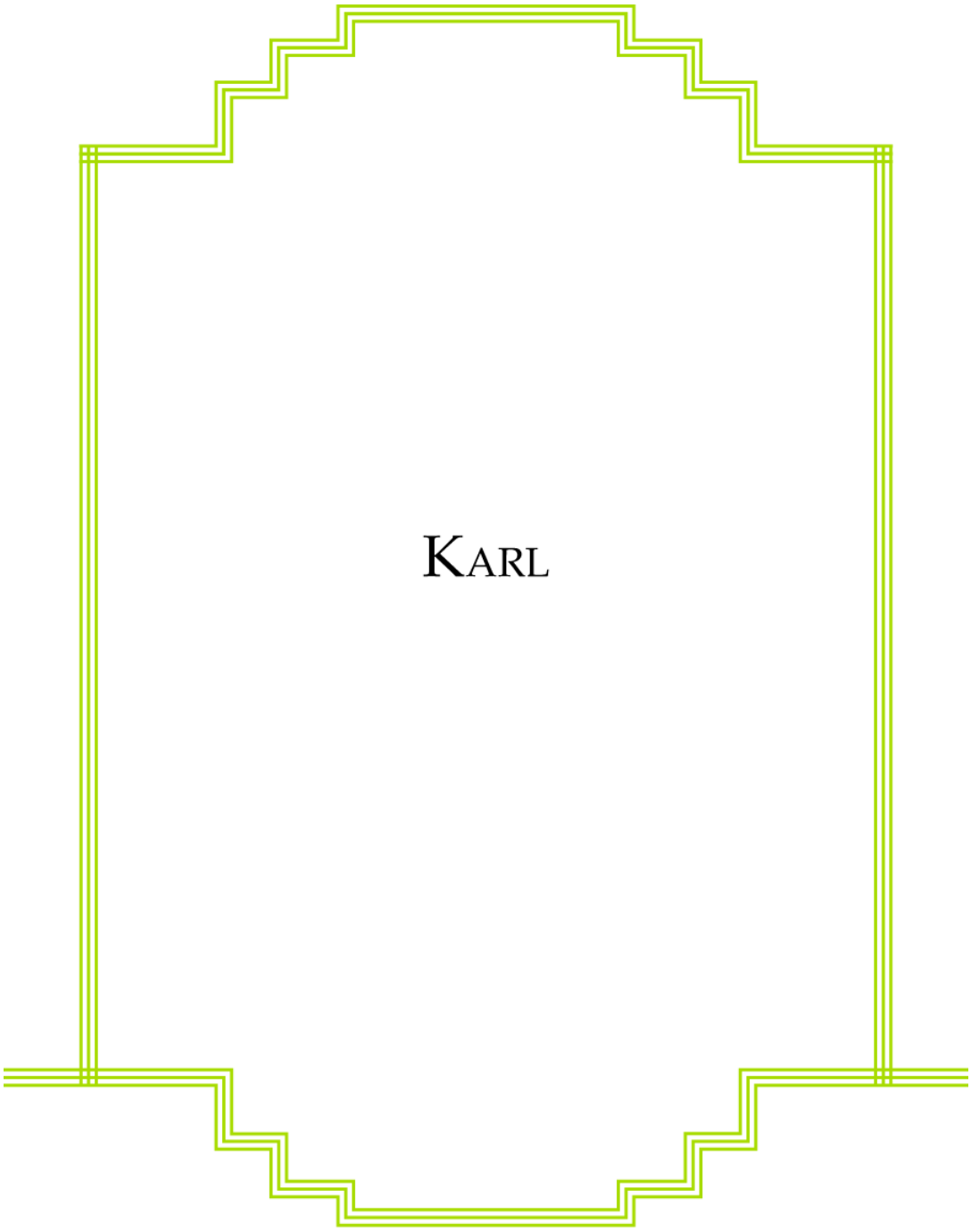
–Pues bien, continuó Otto, que siempre había sido inclinado a metafísicas, **mutatis mutandis**, haya amor o no lo haya, haya felicidad o no la haya, en la vida, siempre podremos cumplir con nuestro deber. Cumplámoslo.

Nos dirigimos hacia la calle; seguía la misma muchedumbre agitándose en todas direcciones, como si nunca hubiera de cesar. Acababan de cerrarse

los teatros y los conciertos populares. Alguien pasó tarareando aquel intencionado verso, tan popular entonces, de una canción de la más admirada de las cantatrices de **café concert**, Ivette Gilbert:

Si les hommes savaient,
si les hommes savaient s'y prendre,
si l'on voulait toujours nous cajoler,
l'amour, au lieu de s'envoler,
couverait longtemps sous les cendres.

–**Couverait longtemps sous les cendres**, repitió Otto, cogiendo el refrán, al despedirse de mí. Ya ves tú que hasta estos franceses, tan frívolos, creen en el fuego que se conserva en el rescoldo, debajo de las cenizas. ¡Ay de aquel mortal que de los fuegos pasados no conserva una chispa siquiera bajo las cenizas del ayer!


Karl

«Habe nun auch Philosophie,
Juristerei und Medicin,
Und leider; auch Theologie
Durchaus studiert mit heissem Bemühen.»

GOETHE

EN LEIPZIG, AQUELLA CIUDAD famosa antaño y hogaño, entre las gentes de estudios, en donde florece esa universidad tan renombrada en todo el hemisferio occidental, habíamos constituido entre algunos hispanoamericanos y latinos de otras procedencias, una asociación que se llamó «Sociedad Hispano-Americana». Nos reuníamos, como es de rigor para toda asociación de estudiantes de universidades alemanas, en el hospitalario salón de una taberna, amplio y capaz. El estudiante alemán asiste a las conferencias de profesores durante el día, y mientras el sol brilla en el cielo, si es asiduo y se propone ganar sus cursos, dedica casi todos sus instantes a la ciencia; pero apenas entra la noche, se traslada a su taberna, en donde, unas veces oficialmente, otras sin tal carácter, pasa largas horas fumando la luenga pipa característica de los teutones y bebiendo la incomparable cerveza del país.

Ningún estudiante que se respete deja de pertenecer a alguna asociación, sea ésta un **Corps**, una **Verbindung**, o una **Burschenschaft**, que son los nombres de las principales clases de asociaciones en que se constituyen los hijos de las universidades. Cada uno de estos clubes tiene un salón especial de reuniones para celebrar en ellos sus justas, valga la frase, de cerveza, llamadas **kneipes**. Durante cada semana todo club tiene una y a veces dos noches de **kneipe** oficial. Las otras noches se pasan más o menos de la misma manera, pero sin el formulario requerido en las primeras.

Con la plasticidad inherente a la juventud, la Sociedad Hispano-Americana de Leipzig seguía el ejemplo de los demás clubes estudiantiles,

y celebraba sus **kneipes** con tanto fervor, como si sus miembros, en vez de ser nacidos en países en donde el cielo es azul y tibios los aires y en donde suena el sí, hubiesen venido a la vida en las brumosas regiones de la Alemania del Norte, donde ruge el Báltico y vuelan las gaviotas; o en las comarcas que producen la cebada y el lúpulo, con los cuales se prepara aquella soberana cerveza de Baviera cuya corriente ha invadido el mundo entero con idéntica tenacidad y eficacia a la que demuestran los tudescos para adueñarse del comercio extranjero y para popularizar su ciencia, su industria, y en muchos casos, su habilidad para meter gato por liebre, como puede comprobarse con los vinos de Burdeos inocentes de uva, hechos en Hamburgo, con las especias confeccionadas con cartón y con los artículos de París, fabricados en Nuremberg.

Pero no divaguemos.

La taberna consabida que, sin duda, existe y florece todavía, porque la Alemania es el país de las viejas catedrales y de las tabernas imperecederas, como lo atestiguan, entre las primeras, la de Colonia y la de Strasburgo, y entre las segundas, la de Auerbach, en Leipzig, y el Bremer-Keller, en Bremen, para no nombrar más, se llamaba «La casa de los siete hombres», **Sieben Manner Haus**, y estaba anexa a la estación del ferrocarril de Baviera. El salón de las reuniones quedaba debajo del suelo, no por falta de espacio encima de él, sino porque aquello de penetrar a las entrañas de la tierra, en donde dizque los vinos y los líquidos fermentados se conservan mejor, tiene atractivo especial para los descendientes de Arminio, quienes con predilección se complacen en pasar largas horas en sus sótanos, llamados Keller, bien entendido que no para entregarse a la meditación sobre la nada de las cosas humanas, sino para consumir grandes cantidades de cerveza y de tabaco. En el centro de la estancia se veía una larga mesa, alrededor de la cual cabían hasta cuarenta personas. Contra los muros se hallaban las sillas o taburetes indispensables, todo de antigua encina, sencillo y sin talladura de ninguna especie. Dos de las sillas tenían brazos y estaban destinadas a los funcionarios o a los dignatarios de los clubes. A la entrada, sobre el portal, se destacaban estas palabras:

En el fresco sótano me complazco yo. Y sobre los muros, a diestra y siniestra, y en el fondo, podían leerse otras citas tomadas todas ellas de cantos populares, en su mayor parte de los preferidos por los estudiantes, quienes a la tarea de beber y de fumar añaden la de entonar a voz en cuello sus hermosas y sentimentales canciones, en las que se respira el aliento tradicional de las razas teutónicas. Entre otras, veíanse allí las siguientes frases:

Allí donde los cantos pueblan el aire,
allí me tiendo yo.
Los malvados no tienen cantos.

Otra:

Ceñid con laurel el grato y rebosante pocal y apuradle íntegramente, apuradle sin cesar;

Y otra:

En el Rhin, en el Rhin, allí crecen nuestras vides; en toda Europa no hay un vino que con el suyo se compare;

y otra:

«Cebada y lúpulo, Dios los conserve».
Et sic de coeteris.

Entre los miembros de la Sociedad Hispano-Americana, los había de casi todos los países latinos de América. No faltaban algunos españoles; y como el espíritu de sus fundadores había sido cosmopolita, también pertenecían a ella individuos de otros países, italianos, rumanos, griegos y algunos pocos alemanes. El lenguaje usado en las sesiones era el de Castilla. En él se pronunciaban los discursos y se sostenían las frecuentes discusiones sobre

asuntos de ciencia o de literatura, tratados en las conferencias, o ensayos leídos por muchos de los miembros. Como había estudiantes de todas las facultades, resultaba de ahí una grande e interesante variedad de temas; y el hecho de que sólo en castellano se hablaba, contribuía en gran manera a atraer a estudiantes para quienes ese idioma no era lengua nativa y que querían aprenderlo. El reglamento era amplio y hospitalario. Para ser admitido como miembro, bastaba presentar una solicitud a la junta directiva, acompañada del comprobante de ser miembro de la universidad quien la hacía. Los derechos de admisión eran tan pequeños, que no merecen mención alguna. En las noches de **kneipe**, cada cual contribuía su cuota-parte para el pago de la cerveza y el alquiler del local.

El tesoro de la Sociedad consistía en las buenas prendas de sus miembros, en las esperanzas que para el porvenir abrigaban y en muchas otras cosas preciosas, pero intangibles, que no requerían ni caja fuerte para ser depositadas, ni guardas que las vigilasen. Había entre los miembros de la Sociedad, como los hay en todas las universidades, unos pocos estudiantes ricos o acomodados, y una gran porción de pobres y luchadores. Entre esos últimos, algunos bohemios en cuanto a sus tendencias y modo de contemplar la vida. El bohemio es planta abundante en todas las universidades. En la época de la juventud, cuando el hombre todavía no ha contraído compromisos con el mundo; cuando su fe en la humanidad no ha sufrido desengaños y cuando aún brillan los ideales en su primitivo esplendor, el ser bohemio, es decir, el tomar la vida tranquilamente, sin pensar en el día siguiente, contentándose con el goce de hoy para llenarla, sin permitir que enturbie el vino, ni la luz del día, el temor del mañana, es cosa fácil y llevadera; es casi natural. Después, a medida que los años avanzan; cuando los desengaños empiezan a amontonarse en la memoria, y la fe en los hombres y en bien, padece sus primeros quebrantos, la persistencia en ser bohemio indica en el individuo algo incompleto, alguna falta de aptitud para la lucha práctica, y es indicio seguro de fracaso y de ruina inevitables, salvo en aquellos rarísimos casos en que el genio suministra fuerzas de compensación.

A la hora de los cantos, el idioma alemán se imponía, pero no del todo; hacíanle competencia las canciones en latín, que forman parte del repertorio de los mismos estudiantes alemanes, tales como aquella que empieza: **Gaudeamus igitur juvenes dum sumus**; o aquella otra que en su comienzo dice: **Edite, bibite, colegiales post multa srecula pocula Bulla**.

También resonaban con frecuencia unas veces las seguidillas y malagueñas españolas, otras, las habaneras cubanas, los bambucos colombianos, los galerones de Venezuela y los cantos populares de Méjico y de otras partes de la América española.

Los estudiantes alemanes que formaban parte de la Sociedad, aprendían el idioma castellano con esa maravillosa facilidad, característica de los nacionales de ese país para aprender las lenguas extranjeras, no tan grande, empero, como la que tienen los rusos y los polacos.

Llegó una vez a la Sociedad un individuo estudiante de teología que sorprendió a los circunstantes por lo arcaico y anticuado del castellano que usaba al hablar. En su boca todas las palabras que hoy día solamente en libros se ven, sonaban con frecuencia. Maguer, asaz, cabe, etc. Explicaba él con una sencillez que al principio pareció afectada, pero que después resultó ser genuina, que teniendo necesidad de estudiar las lenguas orientales, el hebreo y el sánscrito, para obtener su grado, se había aficionado a la familia romance de las lenguas indo-germánicas, y que siendo poseedor del latín, base ineludible de los estudios universitarios para cualquiera facultad, no había hallado tropiezo alguno para proseguir sus investigaciones en las lenguas congéneres, de las cuales, en pocos años, había resultado profundo conocedor. «De paso», decía él, había echado una ojeada sobre el rumano, el catalán, el gallego y los varios dialectos del sur de Francia y del norte de Italia, además del italiano, el portugués, el español, etc. Como no había podido salir de Alemania, sus conocimientos eran todos adquiridos en los libros, y no en la literatura moderna, sino en la antigua. Moreto, Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Quevedo y los demás clásicos españoles habían sido sus maestros; de aquí el que hablara en lenguaje de libro, y de libro antiguo. El contacto con los miembros de la Sociedad le sirvió para adquirir la lengua moderna, y

después de algunas sesiones nos leyó una sapientísima conferencia sobre el desarrollo de las lenguas romances, desde su primer origen hasta sus múltiples ramificaciones en su estado actual. Debemos confesar que aquel escrito fue uno de los pocos que no suscitaron discusión ni contradicción de ninguna especie, pues la ciencia de su autor era tan evidente, y la ignorancia de los que le escuchábamos tan palpable y abrumadora, que aceptamos como contundentes sus razones, y como incontrovertibles y exactos, respectivamente, sus argumentos y sus deducciones.

Nuestro hombre se llamaba Karl Müller. Era versadísimo en filosofía y en teología, y se preparaba para obtener el grado de pastor luterano. Si lo que precede fuera lo único característico de él, a buen seguro que su recuerdo, o se habría borrado de mi memoria, o no se destacaría en ella con la nitidez y la frescura de un hecho reciente. Empero, Karl Müller tenía peculiaridades que le distinguían de los demás hombres, y son ellas las que me hacen hablar de él en especial. Era gran consumidor de cerveza y fumaba tanto, que su cabeza estaba constantemente envuelta en nubes de humo. Hombre de aforismos y de frases, sostenía que ni la lengua germánica ni la historia de los pueblos teutones podían estudiarse con provecho sin tener al lado un vaso de cerveza con qué refrescar el cuerpo y el ánimo, de trecho en trecho. Acorde con Bretón de los Herreros, sostenía también que el único bien positivo que a Europa trajo el genovés Colombo había sido el tabaco. A pesar de la carrera para la cual se preparaba, era enteramente escéptico e incrédulo, en cuanto a las religiones positivas; sin que fuera posible adivinar si sus creencias eran panteísticas, o si acaso no tenía ninguna, sí era fácil advertir que no era ateo, pues hablando de Dios, el Supremo Hacedor, o de la causa primera de las cosas, se notaba en sus palabras algo como una innata reverencia, como una veneración orgánica que reconoce lo que no puede explicar a su propia satisfacción, venerándolo siempre.

Trataré de recordar la explicación que un día nos dio a varios de sus amigos, cuando alguno le preguntó cómo era posible que siendo tan incrédulo se dedicara a la carrera de la Iglesia. Más o menos se expresó él en los siguientes términos:

«Nosotros los hombres somos lo mismo que todos los entes y que todas las cosas en este bajo mundo, resultante de fuerzas anteriores y superiores, que nos modelan, nos impulsan o nos arrastran, sin que la propia voluntad pueda hacer más que modificarlas ligerísimamente. A esa ley inevitable obedece el que yo, con mi modo de ver las cosas, me halle forzado a prepararme para el servicio de una religión positiva cuyos símbolos no me inspiran respeto, cuyo culto ritual me parece un cúmulo de convencionalidades artificiosas, cuyos dogmas no puedo considerar ni como eternos ni como verdaderos, y cuyas tendencias, en vez de parecerme divinas, creo que son simplemente resultado de combinaciones hechas por una clase de hombres para su provecho y beneficio personales, por medio de la explotación de los demás hombres. Creo con Proudhomme, que cuando un hombre le habla a otro de Dios, es porque piensa atacar la bolsa o la libertad de ese otro; y me he convencido de que todas las instituciones humanas, laicas o religiosas, no tienen más objeto que la explotación de la humanidad, en beneficio de los que las forman y las dirigen.

«A pesar de que veo estas cosas con perfecta claridad, tengo que ordenarme de ministro, y después tendré que ejercer las funciones de párroco en mi pueblo natal. Me juzgarán ustedes duramente; creerán que soy farsante. Antes de fallar, oigan mis razones:

«Soy nacido en una pequeña aldea situada en el Rhin, la cual forma parte de un antiguo condado, en donde aún perduran muchas tradiciones y costumbres feudales. La casa que habita mi familia es la misma que, desde hace diez o doce generaciones, ha dado abrigo a mis antepasados. El primero de ellos que la habitó, vino a ella a raíz de la Reforma, como clérigo luterano, antiguo monje escapado de algún convento católico, quien, valido de los privilegios de la nueva secta religiosa, tomó mujer y fundó una familia. Los señores del condado, que lo son también de la tierra en que está la aldea, y en cuyas manos está el nombrar párrocos o pastores religiosos para que desempeñen el ministerio eclesiástico entre los habitantes de su condado, se afiliaron desde muy al principio en la causa de la Reforma. Durante todas las generaciones anteriores a mi padre, mis antepasados tuvieron la suerte de que les nacieran varios hijos, y uno de

ellos, por lo menos, fue siempre destinado a la carrera de la Iglesia, para que después pudiera suceder a su padre en el desempeño de sus funciones ministeriales, y adquiriera, así, el derecho de conservar para la familia la casa paterna. Por desgracia, para mí, mi padre tuvo siete hijas y sólo un hijo, que es este humilde servidor de ustedes. Bien se comprende, muy bien, por lo que dejo expuesto, que en mi caso no hubo desde mi infancia ni siquiera un día de vacilación respecto de cuál sería mi ocupación en este mundo; puede decirse que yo nací ordenado, y que los estudios de preparación posteriores han sido simple fórmula para completar que en mí pudiera calificarse como perteneciente y orgánico a mi persona.

«Basta pensar en el cúmulo de memorias, de tradiciones y de cariño de ocho o diez generaciones de una misma familia, encerrado dentro de los cuatro muros de aquel modesto hogar; basta pensar en que los señores del condado no creían tener mejor derecho a su título y a su propiedad que los miembros de mi familia al hogar en donde por tanto tiempo vivieron sus antepasados, para explicarse la agonía, la ansiedad y el temor en que vivían mis padres cuando, año tras año, tan fiel como las cosechas en los campos, venía un nuevo descendiente a su hogar. Resultando, por siete veces consecutivas, que el vástago recién llegado era una niña, y que toda esperanza de conservar el techo paterno se alejaba y casi se perdía. Desde el fondo de sus almas de creyentes, mi padre y mi madre elevaron preces al Señor, cuyo oído creían ellos atento a sus plegarias, para suplicarle el envío de un hijo que pudiera reemplazar oportunamente al padre, cuyos años ya empezaban a declinar, en el desempeño de sus tareas ministeriales, conservando para la familia lo que le pertenecía desde hacía muchas generaciones. Así, pues, cuando vine al mundo, tanto los míos como los extraños, juzgaron que Dios se había apiadado, y vieron en mí el salvador del paterno techo. Nací, pues, como dejo dicho, ordenado, sin ambaje, ni metáfora de ninguna especie en la expresión.

«Mi infancia se pasó entre cuidados y mimos especiales. Cuando llegó la época de asistir a la escuela, los demás niños me daban el título de reverendo, y en mi propio ánimo jamás hubo ni asomo siquiera de rebeldía contra destino tan manifiesto. Posteriormente tocóme venir a la universidad,

y la ciencia y los conocimientos aquí adquiridos son los que me han hecho contemplar la profesión a que se me destina como un oficio humano, y no como una misión divina. Hubiera hablado con claridad, pero esa franqueza habría tenido por resultado el destruir las esperanzas de mis padres, y el privar a mis hermanas del hogar que es suyo y que de otra manera no puedo procurarles yo. Largo tiempo debatí la cuestión conmigo mismo. Yo no podía ni puedo ponerle diques al torrente explorador de mi pensamiento, que ha inundado todos los ámbitos de la investigación humana, hasta donde el tiempo y las fuerzas me han alcanzado. Yo no podía ni puedo cortarle las alas a mi espíritu y marcarle estrecho espacio para que dentro de él vuele, e impedirle que se remonte a alturas desde donde se vean más claramente las causas de las acciones de los hombres; pero sí podía conservar para mí, y dentro de mi propio pecho, todo lo que veía, y sin faltar a la verdad ni a mis compromisos, obrar de modo de no causar daño a quienes todo lo esperan de mí.

«Digo a ustedes, que son profanos en la materia, y lo digo después de diez o doce años de estudio concienzudo y tenaz, que si hay algo en que abunde y prevalezca lo fofo, lo engreído, lo convencional y a veces hasta lo ridículo, es en lo que los hombres con arrogancia llaman teología, la ciencia de Dios, como si estuviera al alcance de ellos. A poco andar, advierte el más lerdo que penetre en ese campo con intención de analizar cuanto a su paso se le presente, que si a los teólogos se les quita la muletilla de la fe, todo su edificio cae por tierra. Huyendo de la tristeza y de la melancolía que estos descubrimientos infundieron en mi ánimo, quise refugiarme en el estudio de algo positivo, en que la verdad y la razón pudieran ejercer su imperio libres de trabas convencionales, y me dediqué al estudio de la filología. Complacióse mi ánimo en seguir el desarrollo del pensamiento humano, cuyas huellas van claramente marcadas en la historia de las lenguas muertas y las vivas. Las palabras que son las partes componentes de las lenguas, son al pensamiento lo que las alas para las aves, le permiten tender el vuelo del centro de donde nace, que es el cerebro individual, para llegar a otros cerebros, y para unir al hombre, así, en cadena solidaria de ideas, con el resto de sus congéneres. Y siguiendo mi símil, diré que representando al

pensamiento provisto de palabras, como un ave alada, en esa sublime ornitología, las modificaciones de las palabras marcan el desarrollo de la especie, como los matices y la forma de las plumas contribuyen también a indicarlo respecto de las aves que pueblan el espacio; sólo, sí, que los ámbitos en que se mueven las ideas son infinitos, en tanto que son limitados aquellos que se abren a las alas materiales. Por ahí comprenderán ustedes el profundo, intenso placer que he experimentado estudiando las lenguas, merced a lo cual tengo también el de estar aquí con ustedes.

«Una vez que me posesioné del hecho de que lo que de mí se exigía era llenar ciertas funciones que estaban a mi alcance, resolví equiparme de modo de hacerlo sin dejar nada que desear. Estudié a tarde y a mañana todos los autores y expositores del credo que me ha cabido en suerte, y al hacerlo tuve que empaparme en las múltiples teorías de otros credos análogos o antagónicos, de suerte que llegué a adquirir un conocimiento bastante extenso de las distintas formas de religiones que se profesan en nuestro país.

«A ustedes, que son todos hombres de mundo y estudiantes, es decir, analizadores, les diré lo que a oídos de gentes timoratas y no acostumbradas a apreciar las cosas en su verdadero valor, pudiera parecer irreverente y acaso hasta blasfemo.

«Yo podría desempeñar perfectamente en la aldea a que me vinculan tantos lazos y a la cual pronto he de volver, el ministerio protestante luterano y el curato de la iglesia católica. Conozco a fondo todo lo bueno que cada una de esas iglesias dice de sí misma; todo lo malo que cada una de ellas dice de la otra y de todas las demás. Me sería fácil dogmatizar y anatematizar desde el uno o el otro de los dos púlpitos, apoyándome en textos evangélicos, en citas de los Santos Padres, en comprobaciones históricas; en una palabra, haciendo en cada caso uso y aplicación de todas las armas de los respectivos arsenales. Y creo que para desempeñar esas tareas me hallo mejor preparado, mejor apertrechado, por decirlo así, que la mayoría de los ministros protestantes o de los curas católicos que andan por esos mundos de Dios. Ojalá la tolerancia de las gentes y el espíritu de ellas fueran suficientemente amplios para permitirme desempeñar los dos oficios

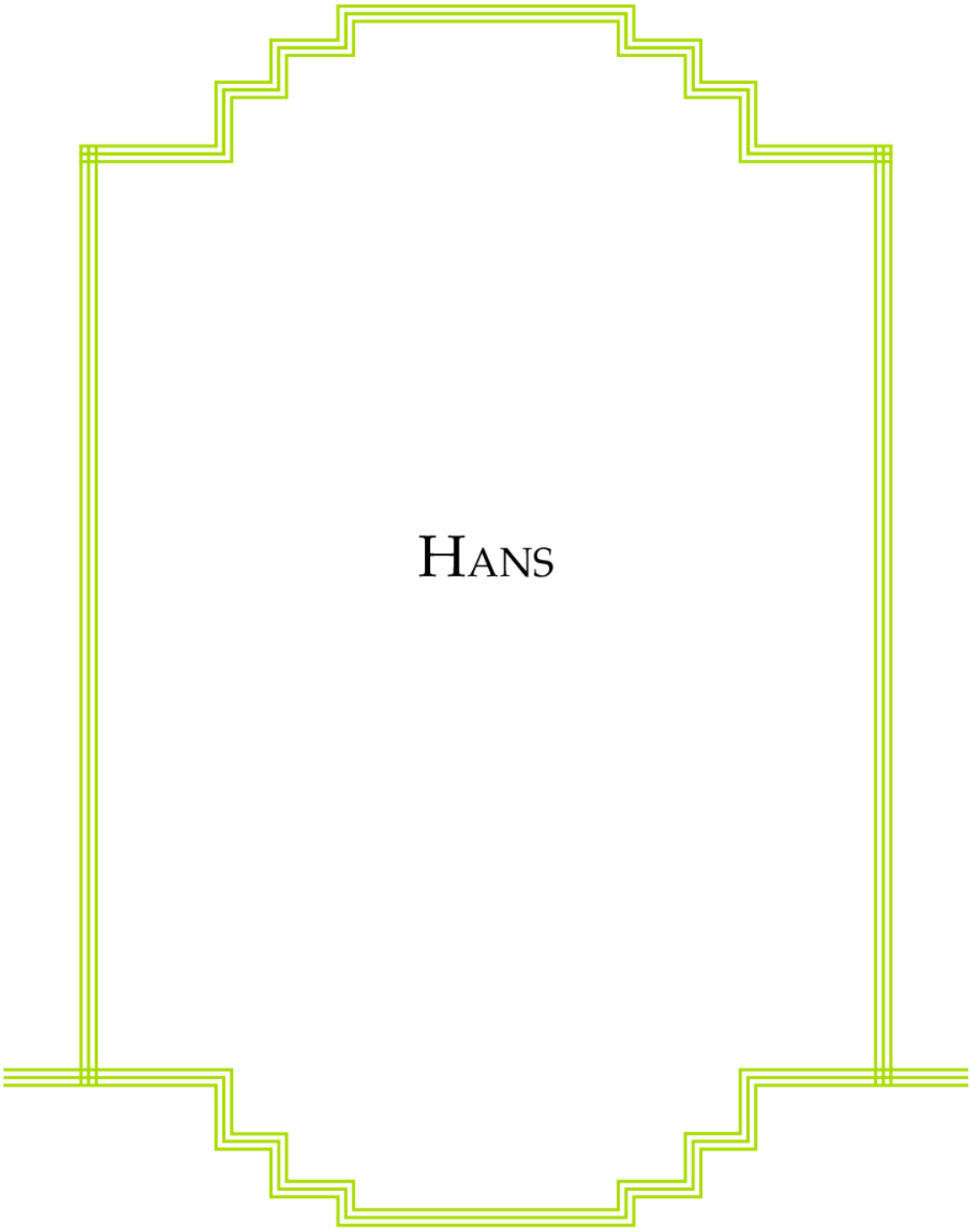
a un mismo tiempo, cosa perfectamente realizable en el hecho, ya que merced a la escasa población de mi pueblo me alcanzaría el tiempo para ello. Al fiel, en realidad, lo que le importa es la exposición clara de lo que él cree, la defensa de eso mismo con los mejores argumentos y comprobaciones que se conozcan para el efecto, y el ataque a la teoría o la doctrina enemiga, con toda la forma de ira o de pasión usual y que mejor éxito haya tenido. Poco o nada en realidad tiene que importarle al feligrés lo que en el fondo de su alma sienta el individuo que predica. De lo que él necesita es de una voz que hable, que resuene en los oídos, repitiendo lo que los creyentes consideran ser la verdad. Si es la verdad lo que suena para esos oídos, poco importan los labios que la pronuncien, así como importa poco quién imprimió el libro, si el texto es verídico, o tenido por tal. Ya me veo yo sosteniendo una cosa a medio día, la contraria por la tarde, y riéndome a mis anchas y a mis solas de una y de otra manifestación, por la noche. Nada de esto será posible; y tampoco me sorprenderá que, andando el tiempo, la fuerza del hábito venza a mi razón y a mi conciencia, y resulte yo dogmatizando y anatematizando desde mi púlpito, con todo el ardor de un creyente. Lo único que quiero que conste, por ahora, es que son razones superiores a mí, razones de nacimiento, y la suprema fuerza que obliga a los hombres a tantas cosas, el hambre, y no el hambre propia, sino el hambre de los seres queridos, lo que me obliga a representar algo que tiene tan grande aspecto de farsa, pero que en mi caso no lo es, porque yo me comprometeré tan sólo a exponer un credo tal como los que me han de escuchar lo creen y lo han creído. Nadie me ha exigido que crea yo también, y felizmente el silencio sobre este punto me deja toda mi libertad. Lo que se busca es un artífice, un obrero que haga cierta labor, y esa labor la realizaré con más mérito que el que, creyendo, la ejecute a medias. Mis futuros feligreses pueden estar seguros de que jamás habían tenido sus antepasados, entre los míos, un predicador mejor impuesto ni más al corriente de todo lo que debe decirles y de todo lo que debe callarles».

Esta sola conversación sirve para dar una idea del carácter y del temperamento de Karl Müller. Sus palabras no dejaron de producir asombro en todos sus oyentes y pavor entre muchos de ellos, a quienes les parecía

inaudita tanta irreverencia y familiaridad tan poco respetuosa con las cosas venerandas para ellos desde su infancia. Karl Müller cumplió su palabra. Un año después presentó un grado lucidísimo. La tesis que escribió, que fue sobre algún punto de los más abstrusos de la teología luterana, hizo raya y fue altamente encomiada por el clero de esa Iglesia. Karl se retiró a su pueblo, del cual, como lo supimos algunos años después, pudo salirse a ejecutar labores más simpáticas para él que la de predicar sobre dogmas en que no creía.

Abierta por el gobierno inglés a la competencia universal la cátedra de sánscrito, en alguna universidad de la India, de entre varias decenas de candidatos que se presentaron a solicitarla, armados de los trabajos requeridos, como prueba de idoneidad, Karl fue elegido por unanimidad por el consejo de profesores, y trasladado a Calcuta o a Bombay o a alguna otra ciudad de la península indostánica, en donde lo probable es que a la sazón se halle aprendiendo «de paso» los muchos dialectos que se hablan en la India, bebiendo la cerveza de Baviera y fumando tabaco en la larga pipa tudesca que rara vez soltaba de la boca.

Con sus primeros ahorros compró la casa paterna en el pueblo natal y la regaló a su madre y a sus hermanas. Este incrédulo, este pensador profundo y honrado, aunque poco reverente con tantas cosas que otros hombres veneran y adoran, tenía un fondo de cariño y de afecto inagotables; sabía cumplir con sus deberes para con todos, y guardaba en el alma caridad suficiente para ablandar el corazón y las preocupaciones de cientos y cientos de ministros luteranos. Su gran tema era el de la tolerancia y el perdón de las ajenas faltas, y repetía con frecuencia aquel proverbio francés que encierra tanta verdad y tanto cariño. «Tout connaitre c’est tout pardonner». Conocerlo todo, es perdonarlo todo; o mejor dicho, quien conozca el fondo de las cosas, es decir, las causas que mueven a los hombres, o sean las fuerzas de que ellos son resultantes, sabrá perdonarles sus faltas.


HANS

Sie singen von Lenz und Liebe, von Sel'ger golduer Zeit.
Von Freiheit Männerwürde, von Treu und Heiligkeit:
Sie singen von allem süssen was Menschenbrust durchbebt
Sie singen von allem hohen, was Menschenherz erhebt.

UHLAND

EL EDIFICIO CENTRAL de la Universidad de Leipzig da frente a un parque espacioso y alza su antiguo frontón marcado con las huellas de los siglos por en medio de estructuras modernas o recientes. Parece un huésped de otros tiempos que contemplara lleno de asombro las manifestaciones de la vida del día, cuales son los tranvías que sobre rieles relucientes arrastran las afanosas muchedumbres, los alambres telegráficos y telefónicos tendidos en el aire, conductores del pensamiento cuyas invisibles palpitaciones atraviesan el espacio con la rapidez del pensamiento mismo, los postes sustentadores de los focos eléctricos que disputan su imperio a las sombras de la noche, y todo ese trajín y ajetreo de la vida actual, tan distinta, tan nueva, tan agresiva si se la compara con el modo de vivir que tenían las gentes en la época en que fueron alzados los muros del viejo montón de piedra, asilo primero de la Academia leipziense, cuyos retoños y vástagos, si así puede decirse, se ven en muchos otros edificios en distintas partes de la ciudad.

A espaldas del edificio mencionado no ha hecho el modernismo tan marcadas irrupciones. Vense allí estructuras de forma antigua en callejuelas angostas y tortuosas. Viven en ellas familias de artesanos y de comerciantes al por menor, que desde hace muchas generaciones residen en la ciudad. En los bajos abundan los restaurantes baratos para estudiantes, las tabernas de humilde clase, en las que se vende principalmente cerveza, ya la brillante, amarilla y transparente de Pilsener, ya la oscura, rica en color, de blanca espuma, llamada de Baviera. Abundan los establecimientos para el juego de

bolos, a que son tan afectos los alemanes. Algunas de esas callejuelas se detienen de repente en su marcha y terminan en pequeños patios rodeados de edificios, plazoletas informes que no tienen sino una salida, muy dignas del nombre de fondo de saco que les dan los franceses.

En una de éstas, en una casa cuyos altos estaban habitados como los de sus congéneres y vecinas por artesanos y pequeños comerciantes, había en la planta baja un espacioso salón, que no era ni taller ni restaurante, ni cervecería. El que a él entraba, advertía a primera vista un suelo de tabla reluciente y muy limpio. Notaba también la ausencia absoluta de muebles, salvo una angosta banqueta de madera, que en algunos trechos estaba arrimada a los muros. En cambio, las paredes estaban literalmente cubiertas de petos, máscaras, guardapiernas, manoplas y espadas de distintas dimensiones y pesos. Sin ser un monstruo de perspicacia podía uno adivinar que se hallaba en un salón de esgrima, y eso era en verdad el recinto de que nos ocupamos.

Quien examinara de cerca las espadas notaba que eran de hoja larga, angostas, pesadas y sin filo en toda su longitud, salvo en la punta, ligeramente curva hacia afuera, en la cual el filo era muy agudo en un espacio de una pulgada más o menos. Los puños de las espadas, todos de cazoleta y muy fuertes, protegían cumplidamente la mano que las esgrimiera. Veíanse también aquellos guantes especiales para la mano derecha, adaptados al ejercicio.

Entre las costumbres tradicionales del estudiante alemán ocupa puesto principal la del duelo. A pesar de los persistentes esfuerzos hechos tanto por las autoridades políticas como por las universitarias, la costumbre se mantiene viva y parece florecer con mayor vigor a medida que se le oponen trabas y restricciones. Este duelo, a que son tan afectos los universitarios alemanes, no reviste los caracteres de peligro de la vida que tendría sin las especiales condiciones del arma generalmente empleada y las reglas a que está sujeto su empleo.

La espada de combate de la universidad no tiene, como ya queda dicho, sino muy poco filo. El combatiente lleva cubierto el estómago y el pecho, las sienes, los ojos, las pantorrillas y los muslos con aparatos protectores,

que resisten perfectamente al filo del arma de combate. Los golpes son dirigidos contra la frente, la parte superior del cráneo, la nariz y las mejillas del antagonista. De aquí que en el juego de esta arma sólo existan las guardias y los cortes altos dirigidos a las únicas partes del cuerpo descubiertas, que son las descritas.

El estudiante alemán se enorgullece más cuantos más chirlos ostenta en la mejilla, en la frente o sobre la nariz. Son ellos para él, tan valiosos como las medallas militares para los veteranos de la guerra, y, para el estudiante de pura sangre su carrera no es completa si no ha combatido en algunos duelos y si de ellos no lleva las huellas en el rostro.

El estudiante divide a la humanidad en dos grandes clases generales: la de los hombres que estudian o han estudiado en universidades, en academias o escuelas politécnicas y la de los que no han tenido esa ventaja. A estos últimos se les da el nombre de filisteos. Entre éstos hay grados de mayor o menor intensidad, siendo los burgueses la personificación del filisteo más acentuada.

Puesto que los chirlos son una especie de patente visible o de testimonio de que quien los lleva pertenece al mundo universitario, y puesto que constituyen un distintivo nunca al alcance de los filisteos, ni de los burgueses, el lucirlos constituye el especialísimo placer de los cultivadores de la ciencia en los grandes institutos de Alemania.

Cabe aquí observar que las palabras filisteo y filisteísmo han traspasado los límites académicos o universitarios y han sido adoptadas en la literatura y en la lengua universales. En su acepción más amplia la calificación de filisteos comprende a todos los individuos reacios a cuanto no sea práctico, conveniente, útil para el individuo mismo; comprende a los enemigos de lo bello y de lo grande en el arte, en la política y en las demás manifestaciones de la vida social o nacional. Pudiéramos agregar, tomando ejemplo en la literatura española, que el tipo del carácter filisteo se halla en Sancho, y que Don Quijote es por ende la personificación del sentimiento opuesto.

Este amor al duelo por el duelo mismo, hace que no sea él siempre, ni siquiera las más de las veces, como hubiera de creerse, resultado de querellas o de injurias.

Los estudiantes ingresan a clubes establecidos en todas las universidades, según la tradición, casi desde la época en que ellas mismas fueron fundadas. En estos clubes, a más de beber cerveza y de cantar canciones, se ocupan los miembros en adiestrarse en el manejo del sable de duelo; los directores o jefes de los clubes se entienden entre sí para concertar duelos entre los individuos de unos y otros. De ahí resultan muchos encuentros que pudieran llamarse de oficio. A más de esto, cada mancebo cultivador de las ciencias en la universidad apenas se cree buen manejador del sable, se da a buscar querellas por esos mundos de Dios, en las tabernas, en los restaurantes, en los parques, en los paseos, en los teatros, y donde quiera que crea poder hallar un contrincante dispuesto lo mismo que él. Una mirada que se considere descortés, un empellón, el cerrar el paso por casualidad o intencionalmente, u otra friolera por el estilo, bastan para que dos estudiantes cambien de tarjetas y se apareje un duelo cuyas consecuencias muy raras veces pasan de un chirlo en el rostro, que le permite al que lo recibe pavonearse como hombre de lucha y de combate, que no le teme al acero.

Muy fácil sería moralizar sobre este asunto, apuntar lo insulso de la costumbre, rastrear la barbaridad latente y tradicional que la práctica entraña y predicar con sapientísimas razones y con argumentos contundentes en contra de la brutal frivolidad. Mas de eso no me he de ocupar. Apunto el hecho y dejo a los analistas, los filósofos y los moralizadores que discurran sobre él.

Fácilmente se comprenderá, después de lo dicho, que al salón de esgrima de que vengo hablando, acudieran a tarde y a mañana numerosos estudiantes, a ejercitarse en un arte tan grato para ellos. Cierto es que en las mismas universidades hay muchísimos estudiantes que no pertenecen a los clubes batalladores y que no están obligados a batirse en número determinado de veces antes de concluir sus estudios. Pero aun esos mismos pueden verse en el caso de tener que aceptar un duelo en fuerza de las reglas y exigencias de la convencionalidad prevalente; de donde resulta que casi todos, tanto los miembros de los clubes como los otros, tienen que ejercitarse a porfía en esa peculiar clase de esgrima.

Los extranjeros que tratan de adaptarse a los usos y costumbres de los nacionales, matriculándose en los cursos, siguiendo, las conferencias de los profesores, ganando los diplomas, bebiendo la cerveza, cantando las canciones y hasta enamorando a las doncellas alemanas, siguen la corriente del duelo y se les ve acudir, ya al salón de esgrima, ya al terreno de combate, como si fueran nacidos dentro del territorio alemán.

El salón en cuestión estaba bajo la dirección de los famosos maestros Hans Schulz y su hijo Robert, quienes a tarde y a mañana, con una resistencia y fortaleza increíbles, dado lo duro del trajín, se ocupaban en dar lecciones a sus numerosos discípulos. El viejo, era hombre como de cincuenta y cinco años de edad, de seis pies cuatro pulgadas de estatura, un verdadero gigante teutón, de anchos hombros, levantado pecho, músculos retorcidos y duros, pies y manos grandes: un descendiente legítimo de los antiguos guerreros teutones.

El hijo era un vástago, innegable del tronco paternal. Vistos los dos por detrás, apenas se les distinguía por el cabello gris del anciano y por tener éste ya una cuasi imperceptible curvatura en los hombros. Hans había sido soldado y había servido en varias guerras. Tenía en la cara un sablazo recibido en refriega más cruenta y más peligrosa que aquellas para que adiestraba a los jóvenes que venían a recibir sus lecciones. Como sucede con frecuencia con los hombres de muchas fuerzas físicas, era un hombre humilde, suave y casi tímido. Como buen teutón profesaba íntimo y grandísimo respeto a todas las cosas tradicionales de su tierra. Conocía los cantos patrios, las baladas y las leyendas nacionales, apuraba la cerveza y fumaba la pipa del país con cierta reverencia, como si al hacerlo llenara funciones sagradas, o cumpliera con los ritos de un culto nacional identificado con el pasado y el porvenir de la raza. Tanto el padre como el hijo se distinguían por la dulzura de carácter, por la ternura de su corazón; eran, como dice el poeta alemán, encinas sentimentales.

Hans tenía una voz de bajo sonora y melodiosa, y cuando entonaba las viejas baladas, de las cuales llevaba en la cabeza inagotable repertorio, parecía que de su garganta salía la voz del pasado, portadora de palabras de

amor y de consuelo, o de gritos de combate; las más de las veces, esa voz narraba hechos sentimentales y románticos.

Atraído yo más por lo que había oído de lo mucho que Hans sabía contar de sus faenas militares y de sus batallas y por la fama de sus cantos y de sus baladas, que por el deseo de adquirir habilidad agresiva y defensiva en el arte que él profesaba, me matriculé en su clase de esgrima, proponiéndome trabar así amistad con él y sacar de ella fruto muy distinto del que obtenían sus demás visitantes.

Más de una narración guerrera le oí: descripciones de marchas sobre la nieve, de sitios de plazas fuertes, de vivacs en donde escaso alimento había de bastar al soldado entre el ruego y el rumor de dos batallas, separadas por el negro paréntesis de una noche, estremecida con los gritos de los heridos y los ayes de los moribundos. Más de una vez le oí describir el sentimiento de la íntima resignación, de la solidaridad de peligro, que parecía atravesar las filas como una corriente eléctrica, cuando a golpe de tambor, hincada la rodilla en tierra y en los fusiles la bayoneta calada, en posición, era preciso aguardar la tempestad de una carga de caballería, frenética y desesperada, que lanzaba una mole despedida y violenta de caballos y de hombres sobre una muralla erizada de relucientes puntas; luégo el choque de sables y de bayonetas, los golpes repetidos, la furia de la contienda, el paso de los jinetes que dejaban tras sí con el pecho atravesado o con la frente hendida la mitad de los camaradas, de los alegres compañeros que la víspera no más, junto al vivac, habían entonado esas canciones tibias con el calor de los lejanos hogares, impregnadas de sus tradiciones y henchidas con sus afectos.

En uno de esos encuentros había recibido Hans el golpe en la frente, cuya cicatriz tenía derecho de ostentar con verdadero orgullo.

Mas no narraré ahora ninguna de esas aventuras guerreras, limitándome a referir un incidente por el cual vi que Hans tenía alma de poeta y que el recio soldado guardaba en el corazón y en la memoria tesoros más apreciados por él y más apreciables para los demás que los recuerdos de luchas violentas, de encuentros empapados en sangre, en que la bestia

humana había desencadenado sus furias o saciado sus apetitos de destrucción.

Esto fue, más o menos, lo que Hans me dijo cuando le pregunté cómo en medio de su vida de soldado había aprendido a cantar y había hallado el tiempo necesario para aprender tantas y tan hermosas canciones.

«Mi padre, que era músico, enseñó a toda su numerosa familia, consistente en cuatro varones y cuatro mujeres, el arte musical. En nuestra propia casa, hubiéramos podido formar una orquesta completa con los miembros de la familia; más aún, como todos aprendimos a cantar, hubiéramos podido representar una ópera, aun cuando los papeles principales de ella hubieran sido tan numerosos como en las obras maestras de Meyerbeer o de Wagner. En un principio se pensó que entrara yo al teatro, por haberse creído que mi voz era especialmente buena, empero, con la pobreza no hay argumentación. La preparación para las tablas y para el arte líricohistriónico requería gastos que no estaban a nuestro alcance, y cuando me llegó la edad de prestar el servicio militar, todavía estaban en proyecto de muy remota y difícil realización mis ambiciones teatrales. A poco de haber ingresado en las filas, estalló una guerra, y mi regimiento fue de los primeros enviados al frente. Le tomé cariño a la vida de soldado. Expirado mi tiempo de servicio, habiéndome convencido de que ya era demasiado tarde para intentar educarme para las tablas, y careciendo, como siempre me había sucedido hasta entonces, de recursos para tales acometimientos, me decidí a permanecer en el ejército.

«Tres guerras me ha tocado hacer, y si mis cantos y mi voz nunca han servido para deleitar a un público educado y rico en ninguno de los teatros de mi patria, sí han conseguido regocijar a los camaradas después de las fatigas de la vida militar, tanto en paz como en guerra, y en alguna ocasión memorable me han procurado un honor, una gloria y un oyente que satisfacen por completo mi ambición de cantor, a tal punto, que de esa memorable ocasión guardo un recuerdo gratísimo y vivo, que me llena de regocijo y me hace sentir orgulloso cuando pienso en ella.

«La educación que todos recibimos en Alemania, aun en las clases más humildes, nos familiariza desde niños con las obras maestras de nuestra

literatura, tanto las de prosa como las de verso, y nos hace aprender las melodías populares, en que nuestros genios musicales, han encerrado la balada o la canción popular, unas veces de autor conocido, otras anónimas, prohijadas por el pueblo, que reconoce en ellas la esencia de sus sentimientos, el eco de sus dolores, de sus alegrías o de sus aspiraciones. Así, todos conocemos las baladas de Uhland, las de Bürger, las de Becker, las de Lenau, las de Chamisso, lo mismo que los cantos guerreros de Koerner, los poemas de Schiller, los de Goethe, los de Wieland y los de mil más, cuya lista sería interminable, como lo sería también la de los cantos anónimos.

«Compositores tales como Schumann, Abt, Schubert, Franz, han tomado las palabras de nuestros poetas y las han adaptado a melodías simpáticas y congéneres. A más de estos compositores conocidos, han venido los anónimos y entre todos ellos, poetas y músicos, han creado el tesoro mayor y más hermoso de música cantable y popular de que pueda enorgullecerse pueblo alguno.

«En un autor predilecto y popular leí yo alguna vez, siendo muy joven, que habiéndose reunido las naciones en una especie de torneo a fin de decidir cuál de ellas poseía el mejor tesoro de canciones, decidió el juez árbitro supremo en tan alto proceso, juez que no era otro que el ruiseñor, que a nosotros los alemanes nos correspondía esa gloria.

«Pensé entonces, como pienso ahora, que el ruiseñor al proceder en su discriminación, no ha debido limitarse, como según la conseja se limitó, a mencionar a Goethe, sino que ha debido mencionar también el nombre de Heine, como merecedor de la palma triunfal entre los cancioneros del mundo. Si esto no consta en la conseja a que me refiero, es sin duda porque la narra el mismo Heine.

«Estando de guarnición en Colonia, por allá en 1855, me tocó formar parte en una asociación coral de hombres. Nos habíamos dedicado especialmente al cultivo de las canciones de autores nacionales, y, al decir de las gentes, nuestra asociación había adquirido excepcional habilidad y excelencia artística.

«Un día, el director o maestro escogió doce de entre nosotros, de modo que formáramos coro completo, según nuestras distintas voces, y nos suplicó que le acompañáramos a París, a hacer una visita al autor de «El Cancionero», al mismísimo Heine, que desde seis u ocho años antes, yacía moribundo en París.

«En nuestro repertorio figuraban muchas de las canciones de Heine con música compuesta para ellas por varios de los más renombrados compositores alemanes. Quería nuestro director llevar al moribundo poeta un eco de ultra-Rhin, un saludo y un recuerdo de cariño de sus compatriotas. Quería mostrarle cómo sus versos alados y llenos de luz habían volado por todo el ámbito de la madre patria, penetrando en todos los corazones y venido a ser parte integrante de la vida alemana.

«La proposición fue acogida con entusiasmo y con reverencia. Íbamos a gozar de un privilegio excepcional. Nos sentíamos como llamados a cumplir con un grande y difícil deber, y no sin vacilación, por temor de no poderlo llenar cumplidamente nos encaminamos a París. En las primeras horas de una noche de invierno, bajo un cielo plomizo, en el cual apenas se veían algunas estrellas por entre los jirones de las nubes, llegamos a una casa de modesta apariencia en la calle de Amsterdam. Se nos advirtió que no hiciéramos el menor ruido y subimos la escalera, midiendo nuestros pasos y conteniendo el aliento. En el segundo piso se detuvo el director enfrente de una puerta que se abrió sin necesidad de que tocaran a ella, y una mujer joven y hermosa, la Matilde tantas veces mencionada en los cantos del poeta, la esposa y compañera de su vida, nos hizo una muda seña, invitándonos a entrar.

«Penetramos luégo a una estancia de regular capacidad, en donde ardía una lámpara cuya luz estaba velada y se esparcía por el suelo, dejando el resto de la habitación en una semioscuridad propicia a la tristeza. Hacia el fondo pudimos distinguir el lecho en donde yacía el poeta.

«Sabíamos que tenía uno de los ojos y una mano paralizados, que sufría los más horribles dolores, y que a pesar de esto, desde eso que él llamaba su «colchón fosa», con energía incontrastable, con fe suprema en su misión y en su genio, luchando a brazo partido con el dolor y con la muerte, había

continuado su labor de artista y de poeta, de modo que quienes veían su obra, no podían menos de admirar, a la par que el genio, al hombre de valor indomable, fuerte como son los fuertes ante el dolor y ante la muerte.

«No trataré de describir esas facciones pálidas, ese rostro simpático que la escultura y el grabado han hecho tan populares y tan conocidos. No sé si nos miró, pues no dio señal ninguna de vernos cuando entramos. Nos alineamos en fila contra el muro. Me sentí más conmovido entonces que nunca antes en mi vida, ni aun cuando me había tocado formar en línea de batalla en frente al enemigo. El director dio la señal; el programa estaba convenido de antemano. Nuestro primer canto fue aquel tan conocido en que el poeta se dirige a sus propias canciones, diciéndoles: ‘Suavemente atraviesa mi espíritu un canto celestial; sal, canción de Primavera, y resuena en los espacios; sal y resuena hasta allá donde brotan las flores y cuando encuentres una rosa, dile que yo la saludo’.

«A esta canción siguieron otras en que el poeta hablaba del maravillosamente bello mes de mayo, cuando nacen las flores y brota el amor en los corazones; otras en que el ruiseñor enamorado exhala su alma a los rayos tibios de la luna de verano; otras, en que el viento patrio susurra entre las encinas de los bosques, repitiendo esas consejas, eternas como la vida, como la naturaleza, que apenas comprenden los hombres cuando las balbucean los poetas, cuyo oído, más fino que el de la muchedumbre, alcanza a percibir alguna nota de la melodía universal.

«Con esas melodías y con esas palabras hubo de alzarse para el poeta todo ese pasado irrevocablemente perdido, como se alzó también para nosotros, que conocíamos su vida. Esos cantos y esas palabras evocaron mil memorias traídas con aquella fuerza distintiva de las melodías y de los perfumes, que con una nota o con una ráfaga reconstituyen en la memoria todo un mundo. Todo lo que nos rodeaba desapareció y se alzaron ante nuestros ojos, como los cuadros de un drama, los recuerdos de la vida del poeta, en cuya mente, sin duda, debió de producirse idéntico fenómeno, evocador de su pasado. Allí se presentaron entonces los tempranos días de aquella mente escogida y poderosa cuando apuró su sed por primera vez en

la fuente divina del arte y de la creación del genio, en la llamada Avenida de los Suspiros del parque de Duesseldorf.

«Leía un niño al comenzar de la primavera un libro maravilloso, lleno de verdad, de luz y de justicia, el Don Quijote de Cervantes Saavedra. Soplaba un céfiro tibio por entre las ramas de los árboles, las fuentes parleras acallaban su murmullo, las hojas casi no susurraban. Parecíale a aquel niño, que para comprender mejor leía en voz alta, que la naturaleza toda escuchaba las palabras del gran poeta novelista. Un día tras otro día, a esa misma Avenida llegaba el niño con el libro y con él llegaban también el escudero burdo y el caballero, personificación de la nobleza y de la generosidad. Así transcurrió la primavera, y transcurrió el verano, y llegó el otoño. El sol palidecía, el cielo azul se cubría de nubes grises y tristes, y cuando un día lúgubre y memorable, tendido en tierra, vencido y humillado el caballero, a quien su vencedor le pedía que renegara de su amor, contestó con voz quebrantada que salía como de una tumba de debajo de aquella visera:

–Dulcinea del Toboso es la más hermosa doncella del mundo, y yo el más infeliz de los caballeros –lloraban las fuentes, caían las hojas y los ruiseñores habían enmudecido.

«Apareció después, todavía en los años de la infancia de aquel lector de **Don Quijote**, ese otro compañero, no ya en la forma ideal de los personajes del gran novelista, sino en la figura tangible de un antiguo veterano francés, tambor en las campañas napoleónicas: el tambor Legrand. Hablaba escasamente el alemán. Entre él y el niño se traban íntimas relaciones. Completa Legrand su discurso con toques de tambor: cuando quiere hablarle al niño de libertad, toca la Marsellesa; cuando de igualdad, toca el **ça ira** y también toca la marcha roja de la guillotina, que el niño nunca había de olvidar. Con las notas de su tambor narra las grandes batallas del Emperador: Austerlitz, Jena, Marengo. El tambor enronquece y la melodía viene a ser lúgubre, y cuando habla de Moscow y de la retirada del ejército al través de la nieve, pasa esa tétrica visión de la muchedumbre en fuga, perseguida por el invierno y por el lobo, y el **tan, tan, tan** monótono del tambor de Legrand, cava una huella que parece una fosa en la mente

infantil. Mézclanse los personajes verídicos, que recorrieron la tierra en carne y hueso, con los ideales forjados por la mente del poeta. Esos dos que llegan son los viejos granaderos prisioneros en Rusia, que vuelven tras largo destierro en viaje para la hermosa Francia y que pisan el suelo de la Alemania: ¿Qué triste nueva es esa que allí reciben? Destruido el invencible ejército, y el Emperador, ¡el Emperador cautivo! Uno de ellos se tiende en tierra, porque sus heridas se reabren, y él quiere morir. El otro exclama que quiere volver al suelo patrio, en donde la esposa y el hijo se están muriendo de hambre; responde el primer veterano: nada me importan esposa e hijo; mi Emperador, mi Emperador está cautivo, sepúltame en tierra francesa, pónme al lado el fusil y al cinto la espada, que yo he de levantarme cuando otra vez como un huracán de victoria pase el Emperador sobre mi tumba.

«El tambor de Legrand vuelve más tarde a resonar para ese niño. Legrand está anciano y decrépito, no es la figura de antes. Ya sus labios no articulan palabra alguna, toca por la postrera vez una marcha fúnebre, y al caer muerto sobre su tambor, con la mirada implora un favor. El niño comprende lo que el moribundo desea, toma la daga del cinto del veterano y hace mil trizas el tambor para que no sirva de trofeo a los tiranos.

«¡Cómo habían cambiado los tiempos, los vencidos de ayer pisotean el laurel de sus vencedores y todo orgullo de los triunfos narrados por Legrand no eran más que una memoria marchita!

«Esta figura que se avanza por la Alameda de las Acacias en el parque de Duesseldorf, es la del vencedor de Europa; el niño la contempla encaramado en la estatua de bronce de algún rey germano, ido ante el furor de la revolución como el polvo ante el huracán.

«Esta estructura que se presenta ahora es la de la Universidad de Goetinga, en donde declaman los profesores sobre las Pandectas de Justiniano a un oyente que piensa en el murmullo de las fuentes, en el despertar de la primavera y en los hermosos azules ojos de su amada...

«Ya le vemos ascender la montaña de Harz, aquel mismísimo Brocken, en donde Mefistófeles y Fausto pasaron la memorable noche del Walpurgis, montaña de costillar de roca granítica, vestida de abetos gigantescos cuyas raíces tenaces buscan el suelo vegetal extendiéndose como tentáculos por

encima de las agrias rocas, e irguiéndose majestuosos sobre ellas, semejantes, decía el poeta, a aquellos hombres que vencen las dificultades, sobre ellas mismas sientan sus reales y afianzan su puesto en la fila humana con más vigor que los nacidos en medio de la molicie y de la facilidad: más fuertes también los abetos luchadores, como más fuertes los hombres de combate.

«Viene luégo el cielo azul de Italia; 'el país donde florece el azahar y en la arboleda umbría, las áureas pomas el naranjo mece, a los rayos del sol de mediodía, donde se alza el laurel y el mirto crece, do es suave el viento y azulado el día'. A ese país, anhelo de Mignon, va el poeta a beber inspiración, a refrescar el ánimo en la contemplación del arte en su propio hogar.

«Luégo aquella vida de lucha y de combate, aquella pluma convertida en lanza tantas veces, arma agresiva que causó heridas tan profundas, aquellos estridentes gritos de guerra salidos de la misma garganta que lanzaba al mundo tan dulces y tan imperecederas canciones. Al contemplar aquella vida que se apagaba, al saber que nuestros cantos tenían que haber evocado todos esos recuerdos y traído de nuevo ante el poeta ese pasado, no pudimos menos de recordar aquel pino del Norte que, entre las brumas, soñaba con la palma bañada por el sol allá en el lejano mediodía, ansiedad, anhelo que ni para el poeta ni para el árbol nacido en la frígida región habría de satisfacerse jamás. Ese árbol del Norte, nacido en la región del mar Báltico, mar inspirador de tan hermosos cantos, era el representante del poeta en la fría noche que se acercaba para él.

«Algún marino le había contado que los navegantes de los brumosos océanos en donde el Bóreas impera supremo en los meses invernales, saben que hay un espíritu protector de los barcos a quien sólo ven los marinos en una terrible e irremediable ocasión de su vida. Para él está puesto siempre el cubierto en la mesa, para él se reservan las mejores viandas que el barco lleva, nunca se le ve, pero se sabe que está a bordo y que no abandona a los suyos. Cuando arrecia la tempestad y el viento del Norte, tendido de vientre como caballo de carrera, agita las aguas, las espolea y las incita a la furia; cuando se rasgan en jirones las velas y se doblan como endebles cañas los

altivos mástiles, ese compañero invisible de los navegantes guía el barco y le saca triunfante de la tormenta. Empero, sólo se deja ver cuando es inútil toda lucha y cuando en los designios del Destino está decretado que el barco ha de zozobrar. Entonces los marineros saben que su hora ha llegado. Ese espíritu ya se había mostrado al poeta; su hora había llegado, era inútil para él toda lucha.

«Aquel canto que nosotros le llevábamos le trajo lo que deseábamos: un saludo de su patria y de sus hermanos, un recuerdo de sus bosques, del padre Rhin, del ruiseñor, al que tantas veces había cantado en sus poemas de la frescura de esas brisas del Norte en que están impregnados muchos de sus cantos, y le trajo también la voz de la posteridad que sabrá recoger y guardar todo el tesoro de poesía que él, mensajero de lo alto, trajo al mundo y entregó para que gozaran de él todos los hombres. Pudimos advertir que el poeta lloraba.

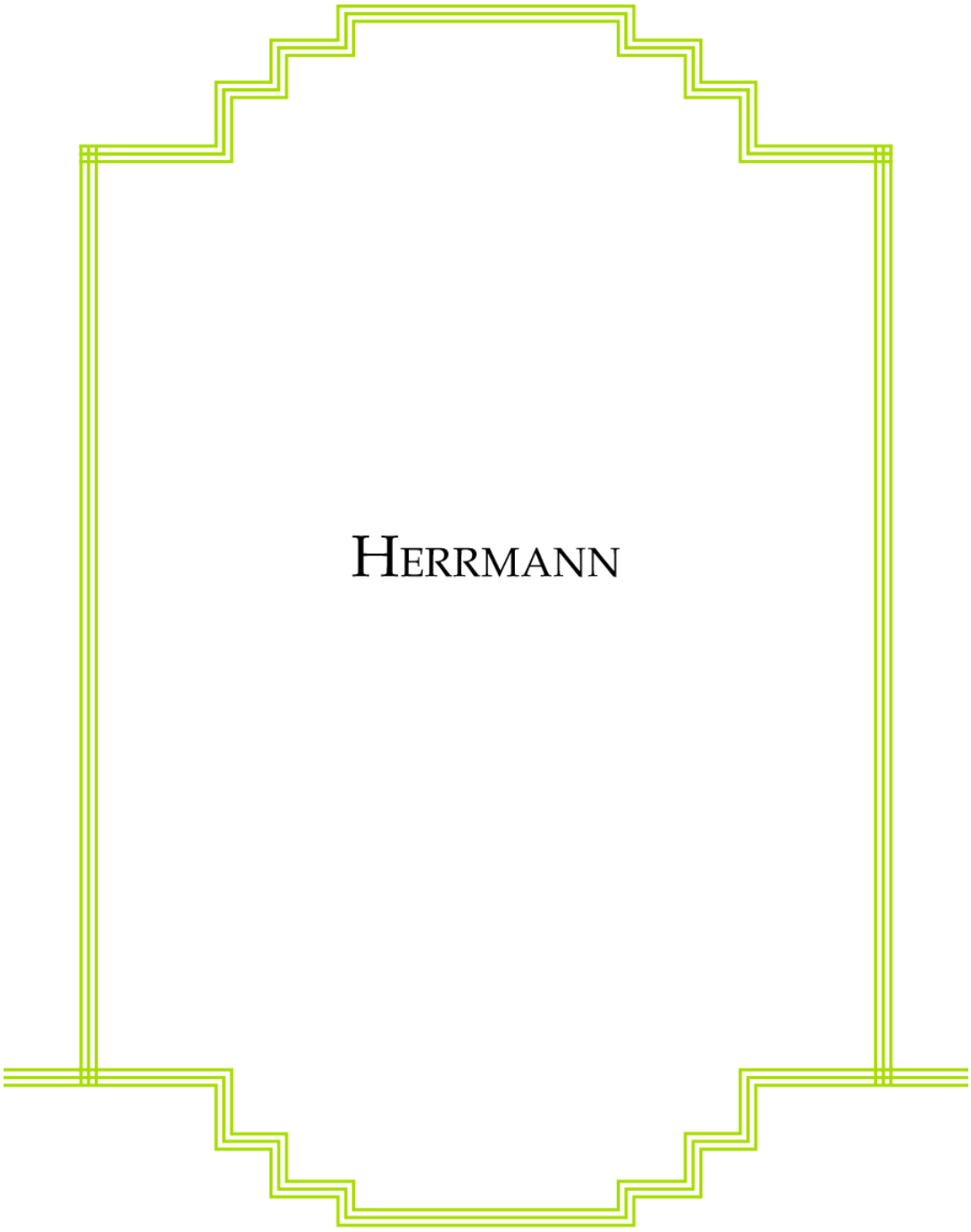
«Abandonamos la estancia, y al perdernos en las calles de la inmensa ciudad, al pensar en esa luz que estaba al apagarse aquí en la tierra, no pudimos menos de recordar aquel otro de sus poemas en que narra cómo después de haber visto borradas por las ondas del mar las letras del nombre de su amada, escritas por él sobre la arena de la playa, resolvió escribirlo en letras muy altas y muy brillantes. Tomó un roble centenario de los bosques de Noruega, lo arrancó de raíz, lo hundió en el fuego eternal del Etna y con letras ígneas, escribió en la negra página de la noche oscura el nombre de esa amada, para que los ángeles y los hombres pudieran leerlo hasta la consumación de los tiempos.

«Así también, pensamos nosotros, Heine había escrito su propio nombre en la página de la literatura nacional y en la de la poesía universal en donde hombres podrán leerlo mientras el amor y la belleza conmuevan el corazón».

Comprendí perfectamente que el viejo Hans se enorgulleciera de haber podido cantar en ocasión tan solemne, y pensando en el poeta, a quien tanto admiraba yo mismo, recordé que no sólo era él el cantor de la primavera, del amor y de la naturaleza toda, sino que era un rebelde, un luchador por la

libertad humana. Recordé muchos de sus esfuerzos en favor de esa libertad y aquellas sus palabras expresivas de un anhelo supremo:

«En verdad que yo no sé si merezco que algún día sea adornado mi ataúd con un gajo de laurel. Aunque mucho he amado la poesía, nunca ha sido ella para mí otra cosa que un juego sagrado o un medio venerado para alcanzar altísimas metas. Nunca he puesto grande aprecio en merecer fama de poeta y poco me importa el que mis cantos sean alabados o censurados, pero sí debéis ponerme una espada sobre el ataúd, porque he sido un valiente campeón de la libertad humana».


HERRMANN

Sind wir nicht die Musikanten die von Ort zu Ort gerannt?
Sind wir nicht die vielgennanten, die bekannt durch's ganze Land?

VOLKSLIED

NO SÓLO CON EL OBJETO de estudiar teología, o jurisprudencia, o matemáticas o ciencias naturales, o química, o medicina, o lenguas muertas o vivas, o literatura antigua o moderna, acudía la juventud alemana y la extranjera a Leipzig, en aquel entonces, como acude todavía.

Dicha ciudad cuenta con otro Instituto que no es menos famoso en su mundo que la Universidad misma, ni menos alto en su jerarquía artística que la Universidad en la científica. Es el Conservatorio de Música. El número de los concurrentes que a él asistía era también muy crecido y los extranjeros estaban en mayor proporción con relación a los hijos del país que en la Academia de Ciencias, y como respecto al arte y su cultivo se presentan menos restricciones y se observan convencionalidades más generosas y más amplias, se contaban entre los alumnos del Instituto muchas hijas de Eva.

El Conservatorio da instrucción en toda clase de música vocal e instrumental. Quien se acerque al edificio en que dan su enseñanza los profesores puede observar una muchedumbre cosmopolita, abigarrada en el vestir, ostentadora de bizarros trajes y atavíos, gente que a toda hora y lugar parece preocupada con la idea, no de recorrer una calle, un salón, o un lugar público cualquiera, sino con la de hallarse perennemente en exhibición en el tablado de un teatro o en el de un salón de conciertos.

Veíanse llegar estudiantes de ambos sexos, oriundos de Rusia, que aspiraban a emular los triunfos de Rubinstein; húngaros que querían seguir las huellas y alcanzar las coronas de Liszt; americanos y americanas del Norte, que no se preocupaban en lo general, de la gloria, sino de que el dinero les viniese en abundosa corriente. No faltaban representantes de

otras nacionalidades perdidas o mezcladas en la onda tudesca legítima, compuesta de gentes menos bien vestidas que las demás, pero llenas también de fe en el arte y que creían llevar cada cual en germen en su propia persona un Mozart, un Weber o un Wagner.

Abundaban especialmente los pianistas, estudiantes a quienes para alcanzar la perfección en su arte les es preciso ejercitarse en él la mayor parte de las horas del día a satisfacción propia y para tormento de los vecinos. Reconocedora de esto la municipalidad leipziense, circunscribe dentro de cierta parte de la ciudad a los estudiantes de piano.

Casa hay en ese cuartel de la ciudad en que habitan diez o más estudiantes poseídos del furor musical. El aire en ese vecindario debe de estar literalmente triturado por el constante martilleo de las notas de las escalas y de los ejercicios; y aun es de suponerse que los burgueses que desempeñan el oficio de porteros, tienen el tímpano a prueba de bomba, pues de otro modo no se comprendería cómo pueden vivir en esta atmósfera resonante, palpitante con notas escapadas, con fugas, arpegios, stacattos, y todas las demás variantes del sonido lanzado a la vida bajo el incansable dedo de un aspirante a la fama y a los emolumentos de Paderewski. A ese mismo barrio están circunscritos los demás estudiantes de música instrumental: violinistas, clarineteros, estudiantes de corneta, arpistas y llámense como se llamen los demás adictos, a los innúmeros instrumentos que componen las orquestas modernas. Felizmente el espacio es infinito, y así como los rayos de luz que parten de un punto, se dispersan en la atmósfera, así ese volumen de sonidos se disgrega en lo alto, y sin alcanzar a formar conjunto eficientemente agresivo, acaba por desvanecerse. Si así no fuera, la colonia musical habría destruido ya la ciudad o ésta le habría negado el domicilio, como medida de propia conservación o defensa.

Quien haya tratado al gremio de los músicos habrá podido notar, especialmente entre los que están principiando sus estudios, la creencia que cada uno de ellos abriga de que su arte es el arte supremo, y de que lo único que hace la tierra habitable o amena y la vida digna de ser vivida, es ese ramo especial del arte que ellos cultivan, y del cual el respectivo individuo es **in petto**, el sumo sacerdote, el pontífice máximo, el que algún día han de

reconocer como tal los hombres, y cuya memoria han de guardar reverentes las futuras generaciones.

También se nota entre ellos el germen de esa rivalidad distintiva del dicho gremio, rivalidad que se acentúa con los años y que hace de músicos y cantantes las gentes más envidiosas unas de otras que hay sobre la tierra, las más díscolas y las menos leales, siendo así cierto aquello que dijo alguien, que «los músicos entre sí nunca están en armonía sino cuando tocan en orquesta de ópera, de concierto o de cualquiera otra manera, y eso no siempre».

La intensidad de las dichas pretensiones y envidias, generalmente va en razón inversa del talento y de la aptitud del individuo que las siente. Así sucede que los menos bien dotados y los menos hábiles son, por lo común, los más envidiosos, los más llenos de humos de supremos artistas.

Empero, no todos son, ni pueden ser así.

Entre los asistentes al Conservatorio de Leipzig, como en todas las carreras, solían encontrarse individuos verdaderamente artistas de alma y de corazón, amantes de su arte y llenos de capacidad y de talento. Estos se destacaban de la muchedumbre y eran a las veces el blanco de la crítica y de la ojeriza de muchos de sus menos afortunados rivales. Entre otros, conocí a un joven nacido en Munich, la capital de Baviera, llamado Herrmann. Era de familia musical, lo cual no es mucho decir en Alemania, en donde mal que bien todo el mundo toca algún instrumento, y tenga o no tenga voz, canta alguna cosa. Herrmann había hecho sus primeros estudios en su ciudad natal, y se había trasladado después de haber obtenido el grado final como pianista, a Leipzig, con el objeto de perfeccionarse allí y de obtener el título de profesor de orquesta y doctor en música.

Su conversación versaba siempre sobre su arte. En todo ruido y en todo rumor alcanzaba a percibir la nota armónica, la melodía latente; y así como los físicos encuentran la electricidad en toda fricción, en toda acción química de un cuerpo sobre otro, Herrmann alcanzaba a presentir o a adivinar el germen musical en toda manifestación de sonido, fuese ella el chirrido de las ruedas de un carromato, el golpe del hacha del leñador, el murmullo informe de la muchedumbre en las plazas o en los lugares de

reunión. Amén de esto, él percibía también ese germen en el viento que cruzaba el bosque agitando la melena de los árboles, en el rugido de las olas al estrellarse sobre las rocas, en el del trueno lejano y, más que en cualquiera otra parte, en el vocerío agitado de grandes multitudes conmovidas, en un momento dado, por un idéntico sentimiento.

Sostenía él que así como el pintor se educa contemplando la naturaleza, y el filósofo, el poeta y el novelista observando a la humanidad, y el escultor mirando la forma y persiguiendo la curva o la línea, así el músico debía acopiar el arsenal de sus conocimientos, buscando en toda manifestación sonante lo que en ella hubiera capaz de aumentar su caudal.

Heyden, decía él, oyó la melodía que le sirvió para el himno nacional austriaco en el clamoreo de la muchedumbre, agitada como tempestad, que pedía pan al Emperador Francisco José. En el rumor de la naturaleza, sea de huracán o sea de honda, sea de voz humana o de tropel desenfrenado de caballería o atronador estruendo de batallas, están encerradas y latentes las melodías. Esto es tan cierto como que en los soterrados bloques de mármol que yacen en el seno del Pentélico o en cualesquiera otras canteras ignoradas o conocidas, duermen, no evocadas todavía a la vida de la forma, las Minervas y las Venus, los Júpiter y los Apolos, y las formas que ha de descubrir el cincel para que adornen las gradas de los capitolios o el altar de los templos.

Para Praxíteles y para Miguel Ángel ahí estaban las deidades aguardándoles a ellos. En el huracán, en la tormenta y en el estruendo está también la melodía aguardando al artista supremo que sepa desentrañarla, destacarla, revelarla a los hombres.

Los demás estudiantes se reían de estas paradojas y consideraban a Herrmann casi como un loco, lo cual no impedía, llegado el caso, que tuvieran que inclinarse ante su talento y su habilidad.

En materia de escuela, Herrmann era ecléctico. Sostenía que para el arte no existen las demarcaciones geográficas, ni los arbitrarios límites que trazan y borran las fluctuaciones de la acción o el dominio político. Tenía en su espíritu caudal de admiración qué tributar a la escuela alemana y a la

italiana, reconociendo en ellas las dos principales escuelas de música en el mundo.

También sostenía que así como en las consejas y tradiciones de los pueblos se encuentra la huella de su originalidad étnica y peculiar, así en los cantos y músicas populares de las distintas naciones vibran manifestaciones verdaderas de su alma, patentizadas por medio de la melodía. Admiraba esa música bizarra y espasmódica que es popular entre los mujik, hallaba gran semejanza entre lo quejumbroso y triste de la música húngara y la música popular de España; él alcanzaba a ver en ambas, ecos de tristeza, como de pueblos que recuerdan algo anterior indefinido y vago, pero muy grato a su corazón nacional, característicos del magiar y de los habitantes del sur de la península ibérica.

Hallaba en la música francesa nacional una manifestación clara y fidedigna del genio alegre del pueblo en cuyo suelo se produce el vino de champagne; en los cantos escoceses, en los irlandeses y en los de los hijos del país de Gales, encontraba los ecos de tradiciones de razas luchadoras ya vencidas, última reliquia de un poderío soñador que, rechazado de todas partes, se ha refugiado en la leyenda y en el canto popular.

Solamente les negaba el talento músico, y aun la mera comprensión de la música, a los ingleses y a los anglo-sajones de América. Decía: «ellos comprarán la música como compran los frutos de los países más bendecidos por el sol que el suyo propio, y la pagarán bien; pero lo que es producirla ellos mismos, o comprenderla con el alma, eso no lo conseguirán jamás».

Herrmann, ante todo, estudiaba los grandes maestros de Alemania y ponía en primer lugar a Bach, repitiendo con Beethoven que Bach no era, como su nombre lo indica, un arroyo, que es lo que esa palabra significa en alemán: «No es un arroyo –decía Beethoven– es un océano».

De las composiciones de ese supremo maestro, decía Herrmann, puede abastecerse la humanidad indefinidamente, sin que las logre agotar jamás.

En llegando a la música moderna, declaraba que el gran triunfador se había presentado en la persona de Wagner, cuyas óperas estudiaba sin descanso, llamando la atención hacia la maravillosa orquestación de ellas y hacia la admirable correspondencia entre la música y la letra.

Los italianos –decía– con todos los genios que han producido, todavía no han tenido uno que haya escrito la grande epopeya nacional, en la cual la leyenda, que es la quinta esencia de la historia, y el canto, que viene a servirle de alas a la leyenda, se hayan mezclado y entretejido hasta producir una obra maestra reveladora de la naturaleza y del temperamento íntimos de la raza, como lo ha hecho Wagner con sus grandes dramas musicales. Todos los que han venido antes de él –decía– no han sido sino sus precursores; él ha sido el Anunciado, y llegó.

«Toda la mitología del Norte, las aventuras de esos dioses salidos de entre la niebla acariciada por el Bóreas, terribles como la tormenta, poderosos, fuertes y luchadores, toda esa mitología está relegada en el ciclo de los Niebelungen. Para producir obra tan grande como esa, era necesario que apareciera un hombre de igual inspiración como poeta y como músico. Él recogió la tradición poética, escuchó la voz de su pueblo a través de los siglos, concentró, depuró y cristalizó todo aquello y así produjo sus grandes obras».

La obra de Wagner en música –decía– le recordaba ese árbol de la existencia de la antigua mitología escandinava, el árbol «Igdrasil», cuyas raíces se clavan en lo profundo del reino de la muerte, cuyo tronco se encumbra hasta los cielos, cuyas ramas cubren todo el universo; árbol de la existencia a cuyo pie están sentadas las tres hadas: la del pasado, la del presente y la del futuro; árbol que alimenta sus raíces con las aguas del pozo sagrado, y cuyos retoños son los acontecimientos de la vida, las penas, los placeres, las venturas y desventuras humanas, los triunfos y las derrotas, lo que fue, lo que es, lo que será. Todas las palpitaciones de la vida universal pasan por dentro de ese inmenso organismo y dejan en él su vibración. Del mismo modo en el mundo musical Wagner recoge el rumor del huracán de los tiempos, al soplar por entre las frondas de ese árbol místico y emblemático de su raza y de su pueblo, y de ahí, el poder maravilloso de sus concepciones.

Así como el Dante, según lo ha observado un gran filósofo, en su inmortal poema, puede considerarse como la voz sonora y clara de los doce primeros siglos del Cristianismo, así los dramas musicales de Wagner, en

los cuales la poesía y la música se complementan y sostienen recíprocamente, son la voz sonora de la leyenda escandinava, de la mitología, que durante tantos siglos fue la religión de los pueblos del Norte de la Europa, cuyas hordas conquistadoras habían de llegar algún día a destruír el imperio de los Césares, y cuyos actuales descendientes conservan muchos de los característicos originales de sus antepasados; atavismos que no borran los siglos, porque son hondos como el seno de los mares e inmutables como el eje de la tierra.

Como encontraba en mí, que fui su amigo, un oyente pasivo de sus disquisiciones, y como advertía poco convencimiento en mi ánimo, se dio a la tarea de educarme, y en más de una ocasión me hizo asistir a conciertos de música clásica, cuyo resultado era para mis oídos de americano, hechos tan sólo a melodías sencillas y de fácil composición, una superabundancia de ruido sin armonía, sin melodía, ininteligible como la voz de la tempestad.

Guiado por su amistad hacia mí, insistía en perfeccionar mi educación, y aunque mucho le estimaba y le quería, ya empezaba yo a verle, en su furia de melómano, como un peligro que trataba de esquivar.

Hasta entonces no había podido lograr que me dejara tranquilo en mi inculta inferioridad, lo que me había ahuyentado un poco de su lado.

Hacía algún tiempo que no veía a Herrmann, y poseído de cierto remordimiento, por el descuido con que le había mirado, fui a visitarle al barrio especial de los músicos. Entré a la casa en que vivía, en la que había muchas habitaciones, en cada una de las cuales estaba, como galeote encadenado al remo, a tarde y a mañana, junto al piano o al instrumento respectivo, algún empecinado estudiante martirizando las ondas sonoras. Subí a la habitación que Herrmann ocupaba en el cuarto piso; llamóme la atención el no oír sonido alguno. Toqué a la puerta, y como nadie contestase, decidí entrar. Allí estaba Herrmann de pie, en frente de un atril, sobre el cual se veía abierto un inmenso librote, en cuyas páginas, rayadas con innúmeros pentagramas, se destacaba un hormiguear de notas grandes y chicas, negras, redondos, con base de dos o de tres listas; un verdadero caos de fusas, semifusas, corcheas, sostenidos, claves; un mare mágnum de

jeroglíficos musicales capaces de asustar al más audaz. En frente de aquel libro estaba Herrmann de pie, desmelenada la abundante cabellera, suelto el cuello de la camisa y caída por el suelo la corbata, con una batuta en la mano derecha, agitándose en medio del silencio, con movimiento histérico y violento, saltados los ojos, casi cegado por el sudor que caía como si en vez de hallarse en aquella estancia cuya temperatura era normal, mi buen amigo hubiera estado sujeto a la del cuarto ardiente de un baño turco.

Cuando me vio entrar levantó la palma de la mano izquierda hacia mí, haciéndome un ademán indicativo de que debía callar y aguardar.

Sobrecogido de pavor y temeroso de que mi amigo en verdad se hubiera vuelto loco, decidí obedecer y estar alerta para impedir los primeros desmanes de su furia. Apenas se hubo él cerciorado de mi pasividad, pareció atacado de un nuevo acceso. La batuta empuñada en la mano derecha describía en el aire toda clase de arabescos en tanto que el brazo izquierdo se alzaba y parecía querer desenvolver las curvas que la punta de la batuta había descrito; los ojos de mi amigo se dilataban más y más, y merced al violento ejercicio, la transpiración de su frente y de su rostro continuaba cayendo a torrentes. Yo estaba indeciso sobre lo que debía hacer, aquello se prolongaba, y aunque ya había perdido el miedo de un ataque personal, comenzaba a convencerme de que era preciso hacer algo en favor de mi infeliz amigo, poseído por algún demonio, según lo indicaban el inexplicable movimiento de sus brazos y la agitación y la fiebre que he tratado de describir. Después de doce a quince minutos de esta escena, en la que Herrmann se agitaba más y más a cada instante, sobrevino un cambio inesperado, prorrumpió en una exclamación que sin duda fue proferida de la mismísima manera que aquel histórico Eureka del matemático de Siracusa: «Por fin lo hallé; ya lo tengo», dijo, dejando caer la batuta en tierra y desplomándose en una silla que estaba cercana.

Habiéndole oído decir yo a algún estudiante de medicina, especialista en los casos de enajenación mental, que a los locos se les debe llevar el capricho adelante como el mejor método de dominarlos, abrí los brazos y con cuanta sinceridad pude poner en el tono de mi voz, exclamé: «¿Lo has hallado? ¡Te felicito de todo corazón! ¡Permite que te abrace!» Y cosa rara,

comprobatoria de la verdad del tratamiento indicado por el supracitado estudiante de medicina, Herrmann se volvió a mí, retornó la efusión, y dos torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos. Se deshizo en palabras de agradecimiento, diciéndome: «Bien sabía yo que ningún otro podría comprenderme y celebrar conmigo, con toda la fruición de un corazón simpático, el triunfo que acabo de obtener. ¡Lo he hallado! ¡Lo he hallado! ¡Lo he hallado!»

Repetí mi felicitación y aquello fue un apretar de manos y un insistir de parabienes, que parecía no tener fin.

La farsa que representaba se me hacía dura, no tanto por el engaño respecto de mi amigo, ya que mi intención era sana, sino porque temía el momento en que profundizara él el asunto y en que pudiera tocarme precisar lo que era ese algo que él había hallado, que tan contento le tenía a él y tan feliz me hacía a mí.

Calmóse un poco, y me dijo:

«He estado estudiando la partitura de **Tristán e Isolda**, esa obra maestra, Himalaya de la mente y del sentimiento humanos. La he visto representar catorce veces, pero tú bien sabes que nadie puede decirse conocedor y digno apreciador de los méritos de una obra musical si no la lleva en la cabeza y si no la puede evocar como en una resurrección milagrosa en medio del silencio de modo que todas las notas y melodías, todas las matizaciones de tono, todos los cambiantes de armonía, rueden o palpiten y vibren en su propio cerebro, sin necesidad de instrumento alguno.

«Beethoven, el gran Beethoven, era sordo y empero dentro de su propio cerebro el torrente de armonía vibraba íntegro con todas sus palpitaciones infinitas, como la luz que de las estrellas fijas parte atravesando los abismos insondables, del éter hasta llegar al ojo humano. Así, en medio del silencio, el cerebro, apto para crear y apto para comprender lo creado, se bastaba a sí mismo en aquel genio. Yo comprendía esto, me sentía desfallecer y conocía mi inferioridad, porque habiendo logrado reconstruir toda la dicha partitura en mi cerebro, después de catorce audiciones públicas y de cuatro años de trabajo especial, no había podido hallar en esa ejecución puramente mental de la obra un oboe cuyas tres notas únicas forman el complemento de una

de esas armonías majestuosas y gigantes creadas por el genio supremo de Wagner. Cuando tú entraste a este recinto yo estaba persiguiendo esas notas, estaba desentrañándolas de la partitura que tengo abierta delante de los ojos; como Sísifo, rodando su piedra hacia lo alto, varias veces llegué a la cumbre y ya al tocar las notas, se me deshacía mi mundo de armonía, y tenía que empezar la lucha de nuevo. Bajos, violines, contrabajos, trombones, arpas y demás instrumentos, resonaban en mi cerebro domados y dóciles a mi voluntad, pero el oboe maldito se me escapaba. Bien sabía yo que si una vez lograba hallarlo, ya me pertenecía para siempre y que, vencida esa suprema dificultad, podría darme yo a mí mismo el ansiado certificado de director de orquesta que ya me había sido expedido por el Conservatorio.

«Comprenderás, pues, mi ademán cuando te vi entrar en el momento psicológico en que tu presencia pudiera haber destruído mi labor impidiéndome alcanzar tan cercano triunfo. Al ver que sin explicación mía has entendido la intensidad de la lucha y la grandeza de mi triunfo, me convenzo de que eres mi verdadero amigo y que tú también tienes un alma bastante grande para comprender la magna obra».

Abrumado por este discurso, incliné la cabeza, como quien modestamente lo hace para recibir un muy merecido laurel, y pretextando un quehacer que no tenía, me alejé de Herrmann.

Nuestra amistad, desde su punto de vista de él, había quedado eslabonada con vínculos inquebrantables. Desde el mío, había entre él y yo un elemento falso que era preciso eliminar y aclarar. Sabía yo que no hay triunfos más grandes que aquellos que nuestra conciencia misma nos discierne. El laurel que el mundo coloca sobre las sienes, la gloria que otros puedan impartir al individuo, son cosas externas, que no alcanzarán a conmoverle si él mismo no se siente triunfador y glorioso. Es la propia convicción, es la propia mano la que corona.

El César triunfador que, en medio de vítores y de aclamaciones, seguido de los vencidos en vía para el Capitolio, no se sintiera realmente vencedor, no haría más que representar una comedia cuya alegría sería tan falsa como lo es la alegría de un histrión sobre las tablas.

Herrmann dentro de su propio pecho y en el ilimitado espacio de las aspiraciones de su alma se sentía coronado por el triunfo, y aquella victoria era más grande para él, más genuina y más llena de fruición que la alcanzada ante los profesores del Conservatorio. Respeté al triunfador. Fuera verdad o fuera engaño, en la esencia él era un vencedor.

Recordé aquel incidente de Napoleón I en la catedral de Nuestra Señora, quien con sus propias manos puso sobre su cabeza la corona de hierro de Césares, completando así su propia obra, en la cual quedó manifiesta esa evolución de la espada que se tornó en diadema, evolución en que él se sintió, como innegablemente lo era, el artífice supremo, el obrero principalísimo a quien correspondía de derecho toda la recompensa. Reconocí que en el mundo del arte, que en el mundo de la sinceridad, que en el interior de la conciencia, el premio que no nos podemos dar a nosotros mismos no pasa de ser una convencionalidad cuya falsía si es cierto que se escapa a los ojos de todos, no se escapa a los nuestros propios.

Pero volviendo al mundo de las consideraciones prácticas y en lo que pudiera corresponderle a la música de Wagner, no pude menos de observarle a Herrmann, pasado el tiempo que el decoro requería, lo siguiente:

«Tú eres hijo de músico; en tu familia y en tu raza la música es elemento atávico; has estudiado desde tu infancia ese arte; probablemente tú no lloraste como los demás niños, sino que gemiste en arpegios, sollozaste en semifusas y en corcheas, y gritaste con sostenidos y con bemoles. Tú has pasado tu vida buscando la armonía y la melodía; no hay en el mundo del sonido secretos para ti. Wagner es el alimento diario y sustancial de tu espíritu; empero, a pesar de esa preparación que antedata a tu nacimiento, solamente después de innúmeras parciales y de catorce audiciones completas y de muchísimos esfuerzos tenaces y persistentes has logrado comprender y entender como debe comprenderse y entenderse la partitura de Tristán e Isolda. ¿Qué esperanza nos queda a los demás que no hemos tenido tal preparación, ni en nuestra raza, ni en nuestra familia, ni en nuestra persona, y que tenemos que andar por el mundo luchando a brazo partido para recoger una chispa siquiera de la luz que han dejado

diseminada los espíritus predilectos en labores prácticas y más útiles para el hombre que las de la armonía y las de la melodía suprema?»

Nunca hubiera dicho tal. Herrmann nada contestó; comprendió que yo era irremisiblemente refractario. Nuestras relaciones se enfriaron y nos perdimos de vista. Empero, a pesar de esto, yo sí gozo con las creaciones de Wagner y de Mozart, de Verdi y de Rossini, de Weber, de Schubert y de Gounod; y aunque nunca me he propuesto darle caza a ninguna nota de oboe, ni cosa parecida en medio del silencio y las profundidades del cerebro, al escuchar alguna creación sublime en los ecos de una orquesta, o de una voz sonora, siento que mi espíritu adquiere alas, que el mundo que me rodea reviste otras formas, que lo triste, lo mísero, lo engañoso, desaparecen, y que del mundo de los sueños, de los recuerdos, de las esperanzas y de las ilusiones, ora se alza tropel hermoso de ninfas coronadas de flores que danzan delante de mis ojos distrayendo el dolor y animando la alegría, ora flotan en el aire coronas de laurel para mi frente, ora se cristalizan en hechos las más nobles ambiciones de mi pecho para los míos, para mi patria y para mí mismo, y que en mi alma vibran como las notas del órgano bajo la bóveda del templo, todos los sentimientos nobles, todas las aspiraciones sublimes, como si una mano superior la tocara o fuera ella un arpa eólica suspendida en el infinito unida al pasado y al futuro por la excelsa melodía de un ideal imperecedero.

De Profesores

Zum Werk, das wir ernst bereiten,
Geziemt sich wohl ein ernstes Wort;
Wenn gute Reden sie begleiten,
Dann fliesst die Arbeit munter fort.

SCHILLER

DE REYES Y DE MONARCAS no tenía yo conocimiento personal ninguno, como que la planta no se da en mi país y que poco había rodado yo por otras regiones. Antojábanseme esas excelsas eminencias humanas, convencionalidades tan cercanas de la realidad como los ingentes edificios y los frondosos bosques de decoraciones teatrales. Es éste un estado de ánimo natural en los hijos de las turbulentas democracias americanas, donde la reyedad, con sus galas, atavíos y prerrogativas, solamente se ve detrás de la línea luminosa que separa al público de la escena en donde los coronados monarcas de una noche aparecen durante algunas horas.

Pero esta indiferencia para con los reyes de título y de cuna, para los nacidos en la púrpura tradicional, no implicaba en manera alguna que en mi alma no existiera profunda reverencia por los verdaderos predilectos de la familia humana, los soberanos de la inteligencia y de la inspiración, los supremos obreros en las grandes labores que alivian el dolor de la prole de Adán o aumentan su capacidad para el bien y para la dicha o fecundan el campo de las ideas, libertando el espíritu de la ignorancia y del prejuicio.

Cuando me tocó ver de cerca a aquel profesor cuyo esfuerzo benéfico había llegado a los rincones más remotos del globo, a ese conquistador de verdades en el campo de la ciencia, a ese revelador de nuevos horizontes para todos sus hermanos en el mundo, sin distinción de pueblos ni de razas, de zonas ni de regiones, me sentí conmovido; éste sí que era en verdad un ungido del Señor. Sus conquistas no estaban manchadas con sangre; su corona le venía de lo alto por la inteligencia, rayo de luz divina puesta por

Dios en su cerebro; ella no implicaba humillaciones de castas inferiores ni tributos de pueblos vencidos, ni el largo eslabonamiento de crímenes que yacen al pie de tantos tronos humanos como los cimientos en que se asientan las murallas de las fortalezas.

El profesor era el sabio Kolbe, en esa época, la más alta eminencia en el estudio de la química orgánica. Regentaba su cátedra desde hacía largo tiempo. A oír sus conferencias acudían todos los años centenares de oyentes, que se iban de ellas con la mente iluminada, en que el mundo había crecido en magnitud y en belleza. Las materias inertes adquirían bajo el mágico influjo de sus palabras, forma nueva y acción desconocida; el drama de la vida íntima de la materia se desarrollaba en sus infinitas escenas y maravillosas combinaciones más interesante que el forjado por ningún ingenio humano. Aquel anciano, observador atento y sagaz de los misterios de la naturaleza, conducía a sus oyentes como de la mano por el intrincado laberinto de los fenómenos de la vida universal explicándolos, precisando sus leyes, apuntando sus bellezas, indicando su aplicación práctica al servicio del hombre.

Las arrugas de su frente, ceñida como de blanca aureola por su cabello encanecido, eran como el surco del pensamiento de ese cerebro tenaz, luchador infatigable en la investigación de los secretos que la naturaleza sólo entrega a los que tienen persistencia inquebrantable y habilidad bastante para buscarlos y descubrirlos. Largos años de meditación ante un problema rebelde como sitios de ciudades amuralladas; audaces arranques de deducción como asaltos de fortalezas; innovaciones atrevidas en los métodos antiguos como golpes de mano o emboscadas de supremo acierto, todo ello heroico, incruento, con la mente fija en el bien y en la verdad como metas supremas, constituían los títulos de aquel monarca del saber, sin púrpura, sin cetro y sin corona, pero de reyedad más genuina ante la humanidad y para ella que ninguna otra dinastía humana por largo que fuera su abolengo o accidentada y ruidosa su acción en la historia.

Kolbe recibía con benevolencia a todos los estudiantes que se presentaban a matricularse en sus cursos. Ponía especial empeño en

conocerlos personalmente y demostraba marcado interés por los que venían de lejanas regiones.

Su salón de conferencias era un vasto recinto en que se alineaban en forma de anfiteatro las filas de escaños capaces para un auditorio de quinientas personas. Las grandes ventanas rasgadas desde el techo hasta el suelo, inundaban el recinto con la luz del día; en aquel templo de la ciencia no había ostentación de ninguna especie; desnudos los muros y blancos como las páginas de los libros de notas, en que los ágiles lápices de los oyentes recogían las palabras del maestro. Enfrente de los escaños una mesa o mostrador tan grande que cubría todo el ancho del espacioso salón en que los preparadores disponían de antemano las sustancias y los aparatos listos para los experimentos del día. La conferencia duraba cincuenta minutos exactos.

Al golpe de la hora, el tropel de alumnos empezaba a penetrar; cada uno tenía su puesto señalado; a los diez minutos, colmados ya los escaños, se cerraban las puertas y entraba el profesor por una pequeña situada al fondo.

Entre los alumnos los había de todas edades y de varias naciones; había también algunas mujeres. Qué aspecto tan distinto ofrecía esa multitud respetuosa y expectante del que presentaban muchos, la mayoría de sus miembros en otros lugares; los estudiantes díscolos, los bulliciosos, los buscarruidos de las tabernas y de los paseos públicos, todos ellos estaban dominados por la presencia de aquel dispensador de verdades, mensajero del saber humano que poco a poco y día tras día, como de ánfora sagrada de fondo inagotable, semejante al de la vasija que los dioses llegaron a Filemón y Baucis, había de verter para ellos el licor divino de la verdad averiguada.

Recuerdo y recordaré mientras viva la sensación que en mi espíritu produjo la palabra del maestro cuando por vez primera resonó en mis oídos. Parecíame que hubiese soltado todos los vínculos con la vida material; sentíame como arrastrado por una poderosa corriente que me llevaba por entre hechos conocidos apenas comprendidos, hacia orillas lejanas, llenas de promesas y de atractivos.

Hablaba de la divisibilidad de la materia y en lo infinitamente pequeño hallaba la vía hacia lo infinitamente grande.

«Esta esfera de un centímetro de diámetro que en mis manos tengo, podéis dividirla con la mano y con la mente en dos mitades iguales y así, con cada una de las medias esferas resultantes, podéis repetir la operación; vuestras facultades intelectuales alcanzarán para continuar comprendiendo las subdivisiones mucho después del punto adonde lleguen vuestras facultades físicas; pero llegará un momento en que esa subdivisión mental será para vosotros una mera fórmula que no causará en vuestra imaginación impresión palpable de cambio. Y empero, la naturaleza prosigue en sus subdivisiones hasta un grado que si para ella es limitado porque la materia sí tiene un fin marcado a sus evoluciones, para nosotros es infinito. Para hallar la prueba, pasemos a otro orden de raciocinio.

«Los nervios del olfato que advierten al cerebro de la presencia de un cuerpo, no ejercitan sus funciones sino en virtud de una acción producida por un contacto material. En las acciones y reacciones de la materia, la idea, la sugestión, todo lo que sea puramente espiritual, son cosas que no existen. Para que sintamos el olor de una sustancia dada, es preciso que una partícula de ella, cargada con sus propiedades esenciales, íntegras y características, toque el nervio olfatorio y produzca la sensación correspondiente.

«Ahora bien, si la esfera de metal que os he mostrado fuese de almizcle y estuviese expuesta sobre esta mesa, vuestras quinientas narices, al entrar en el recinto, advertirían su olor. El aire, pues, de todo este salón estaría impregnado de partículas materiales desprendidas de la esfera de almizcle; si después de retiraros fueran abiertas las ventanas, el aire, al circular, se llevaría todas esas partículas de que os he hablado; pero al volver al día siguiente, cerradas de nuevo las ventanas, advertiríais otra vez el mismo olor. Así, pues, la esfera de almizcle expuesta al aire libre, sufre una constante disgregación, suficiente para producir el fenómeno apuntado.

«Tenemos como guía infalible hasta donde nuestras facultades alcanzan para estudiar las transformaciones de los cuerpos, la balanza de precisión que nos permite apreciar hasta un miligramo de diferencia de peso. Al cabo

de una exposición de semanas en la forma expresada, la balanza de precisión es incapaz de medir la disminución de peso sufrida por la esfera de almizcle. Durante días enteros este inmenso recinto se ha poblado de partículas materiales eficaces para advertir a nuestros nervios de la presencia de la esfera de almizcle, sin que podamos nosotros apreciar la pérdida de materia, es decir, esa impregnación sostenida se ha realizado con una parte no más de un miligramo de peso, parte a su vez tan pequeña, que es imponderable para nosotros.

«Si escudriñando los espacios del éter, los astrónomos nos muestran lo inconmensurable de lo grande, aquí tenéis bajo vuestros ojos lo inconmensurable de lo pequeño, todo es, pues, relativo, lo grande y lo pequeño, lo excelso y lo bajo: los infinitos se confunden».

Por ser conocidas estas verdades para quienes estudian las ciencias, y por parecer los párrafos transcritos simple copia de algún texto de ciencias exactas y experimentales, no pierden ellos su portentosa fuerza de revelación.

Y así un día tras otro día, tomando las cosas conocidas, el agua, el aire, el carbón, las plantas, los minerales, la naturaleza toda en sus innúmeros aspectos, Kolbe desarrollaba ante nosotros el panorama inmenso del mundo.

Él mismo era autor de descubrimientos trascendentales en la ciencia y para la industria. La preparación industrial del ácido salicílico, es decir, el sistema y método de su aplicación a la conservación de toda clase de víveres vegetales y animales, se le debían a él. Cuando después de largos años de lucha venció todas las dificultades y se halló en posesión de ese sistema que aplicado a la industria valía millones, no acudió a ninguna oficina de patentes a solicitar privilegio exclusivo. A pesar de ser hombre pobre, prefirió el laurel de la gloria científica y la gloria de hacer el bien a la fortuna, y pregonó el mensaje, fruto de sus esfuerzos, en una comunicación a los institutos científicos para que se aprovecharan de su labor todos los hombres. Un norteamericano que anduvo listo en ampararse bajo las leyes de privilegio de su país, logró sacar patente para el sistema, y poco después vendió la mitad de ella por dos millones de duros.

El profesor Kolbe, en la época misma en que dictaba las conferencias a que yo asistí, tenía por todo capital el sueldo anual de veinte mil marcos, es decir, cinco mil duros que le pagaba la universidad; pero tenía también lo que el plutócrata no había alcanzado con sus millones: la admiración de muchos hombres buenos y, más que todo eso, la propia conciencia de ser, en medio de los egoísmos y las codicias del mundo, un supremo benefactor de la humanidad.

La carrera del profesorado en las universidades alemanas es ardua y escabrosa. No ascienden esas empinadas cuestas sino los que a grandes dotes intelectuales aúnan la tenacidad y la resistencia del taladro de diamante, que todo lo perfora. Tampoco está expedita la difícil vía; como en pos de todos los laureles, son muchos los que se lanzan y pocos los que llegan. El profesorado es un sacerdocio, no menos santo porque en la investigación de la verdad, los que lo ejercen no se proclamen infalibles y se expidan de antemano títulos de superioridad sobre el resto de los hombres. El acero ha de probar su temple, el metal puro, que está libre de aleación que lo desvirtúe con otros de más baja ley. Cuando la ciencia empieza a infiltrarse en el cerebro, diríase que las auroras que la revelan contienen toda la luz y que en un momento la plenitud de visión ha sido alcanzada. Es aquél el despertar del alma que muy en breve advierte cuán estrechos son esos primeros horizontes y lo insondable y profundo de los abismos que los circundan. Para ir más adelante se hacen necesarios un espíritu resuelto y una voluntad inquebrantable.

Esta es la fórmula concisa de la evolución en la vida mental de los que aprenden lo que se sabe e investigan lo que se ignora.

En la práctica de la vida, los que así estudian tienen por fuerza que amoldarse al medio ambiente. Las necesidades diarias y los deberes ineludibles son otras tantas dificultades qué vencer; la duda de si el triunfo se alcanzará, cada día mayor mientras mejor se comprende la magnitud del empeño, oprime el ánimo como carga abrumadora. Y de los centenares que acometen la empresa llenos de fe y de entusiasmo, son muchos, casi todos, los que en breve la abandonan. ¡Qué mucho, pues, que a los vencedores se

les mire con veneración por quienes alcanzan a barruntar cuán grande es su victoria!

La institución universitaria es democrática en Alemania desde muchos puntos de vista. Si los estudiantes mismos no siempre eligen a sus profesores, cuando éstos no están por sus conocimientos y habilidad a la altura de sus cargos, caen de hecho como los gobiernos parlamentarios ante las mayorías hostiles. El rector de la universidad es nombrado por el voto de estudiantes y de profesores. Entre unos y otros existe una fraternidad incomprensible para los extraños. Los soldados de ese ejército sienten el vínculo de solidaridad que los une. Estos como dispensadores del saber, aquéllos como peregrinos de innúmeras regiones que durante una época dada de su vida se acercan a la fuente inagotable y luminosa, para llevar después por todas partes, durante su existencia, la luz recogida, saben todos que esa labor de emancipación del alma, para unos y para otros, es la más excelsa, la más noble, la más sublime de las ocupaciones humanas.

A la luz de este criterio, que es justo, las universidades y todos los institutos de enseñanza son verdaderos templos cuya majestad no está sujeta al flujo y reflujo de las pasiones, a la convencionalidad de los ritos, ni a las protervas influencias de las ambiciones. Entiéndase bien que hablo de universidades e institutos de enseñanza, libres, abiertos a todos los vientos, en donde la investigación de la verdad se ejercita con espíritu sereno y desprevenido, con análisis que no se apoya en dogmas, ni se dirige preconcebidamente hacia objetivos determinados y que no acepta como definitivas otras revelaciones que las hechas por el análisis mismo, y que aun a la verdad experimental en su calidad de eslabón en la interminable cadena de deducciones, la suele considerar como un campamento de un día, cuya orientación puede cambiar con los descubrimientos de mañana. Hablo de los institutos cuya norma es la tolerancia, y no de aquellos cuyo esfuerzo supremo y esencial labor tienden a encauzar el pensamiento humano en determinada corriente al servicio de instituciones seudodivinas o de poderosas convencionalidades, bajo las cuales medran y florecen las mil formas de explotación de la ignorancia, base de todas las tiranías. Las llamadas universidades de este último género, usurpan el glorioso nombre y

son tan sólo cuarteles en que aprenden la disciplina las huestes del servilismo.

A quien llega a estudiar a la Universidad de Leipzig no se le pide más credencial que la de su buena voluntad. No hay límites ni demarcaciones arbitrarias, de hacienda, de cuna, de raza, de nacionalidad que le cierren el paso. Hecha la solicitud para ser admitido en la Universidad, se le entrega al que la hace el reglamento universitario para que lo estudie. Este no impone más deberes que los que tiene todo hombre honrado para con sus semejantes. No se abriga bajo el ala de ninguna religión y establece el honor individual y el colectivo del gremio universitario como suprema ley. En día fijado reúnanse los solicitantes en el gran salón de la academia. El rector les dice sin fórmulas oratorias que, cuantos después de leído el reglamento estén dispuestos a prometer que lo observarán, deberán, en señal de asentimiento, acercarse a él como jefe de la universidad a sellar con un apretón de manos el pacto solemne entre hombres de honor, de respetar el reglamento y ser fieles a su alma mater. Y esto es todo. Aquel apretón de manos, como el espaldarazo de antaño, arma caballeros del estudio a cuantos lo reciben.

La ceremonia, por su augusta sencillez y serena majestad, conmueve los espíritus serios y pensadores y la huella que deja es tan honda que no son parte a borrarla los años, ni a desfigurarla las vicisitudes. Así las cifras grabadas en la corteza de las encinas se conservan en ellas a través de las primaveras que las reverdecen y de los otoños que las deshojan alzándose más y más a medida que el tronco se empina hacia lo alto.

Recuerdo una elección de rector. La alta distinción ambicionada como corona de una carrera egregia no traería consigo otra cosa que reconocimiento de méritos y mayor grado de responsabilidad moral; nada de gajes en dinero, nada de prerrogativas extraordinarias, tan sólo algo así como un gajo de laurel arrancado del bosque, tejido en guirnalda, sin valor intrínseco, pero valor supremo consagrador del supremo mérito.

En los restaurantes, a la hora de la comida del medio día, en las tabernas, en las sesiones nocturnas de **kneipe**, en los laboratorios, en los anfiteatros, a la salida de las aulas no se hablaba de otra cosa que de la elección

presidencial que estaba a punto de efectuarse. Se discutían los méritos de los candidatos, su saber, sus descubrimientos, sus servicios a la ciencia, su identificación con el cuerpo estudiantil.

Una vez que la mayoría definió su voluntad, como que sólo se trataba de diferencias de simpatía y no de antagonismos, las minorías renunciaron a sus aspiraciones y el candidato, entonces el célebre profesor Virchow, fue elegido por unanimidad.

Para celebrar la elección reuniéronse los estudiantes, más de tres mil, en la antigua plaza del Cabildo municipal, cuya gótica estructura cubría todo un lado de ella, destacando su ingente mole por encima de los demás edificios. Diríase que su techo, cubierto de pequeñas torres y caprichosos dibujos de piedra, era una inmensa plancha de cera endurecida sobre la cual, blanda todavía, hubiera impreso, su accidentada superficie la cumbrera desigual de un bosque de pinos del Norte, de imperecedero verdor.

Era pleno invierno; claro el cielo, frío y cortante el viento, que soplaba de la llanura vecina cuyo pecho apenas ondulante, se extendía hasta el Báltico, perdiéndose hacia el Oriente en la estepa rusa. Varias pulgadas de nieve sobre el suelo formaban un tapiz de consistencia arenosa que crujía bajo las plantas. Sin confusión ni atropello, alineóse en marcha procesional, encabezada por los profesores, la vasta muchedumbre. Seguían a éstos los distintos gremios o **corps** de estudiantes duelistas, cuyos jefes empuñaban las banderas de sus respectivas órdenes. Después los Vereins, después las Burschenschaften y demás hermandades estudiantiles, y luégo, la gran masa, dividida según los ramos del estudio. Juristas, teólogos, ingenieros, estudiantes de farmacia, de química, de medicina, de historia, de filología, de lenguas vivas, etc. Cada estudiante llevaba una antorcha encendida en la mano; el desfile se hacía en líneas de a ocho en fondo.

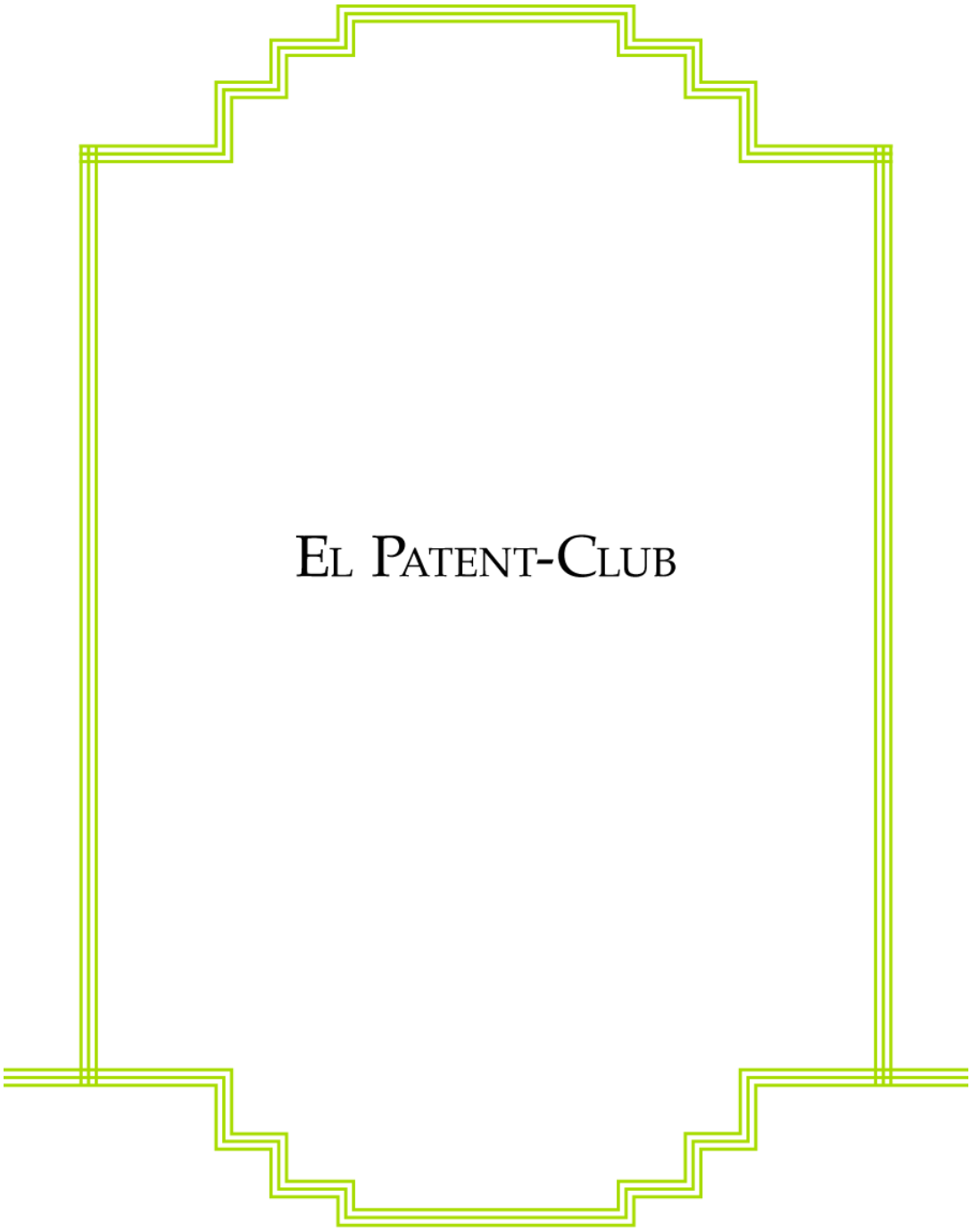
El profesor Virchow aguardaba en el edificio de la escuela de medicina, situado en uno de los lados de una espaciosa plaza. Cuando toda la procesión hubo llegado, alzadas las antorchas a guisa de aceros que se blanden en lo alto, estalló armónico, y sonoro el viva de los estudiantes, que fue repetido por tres veces sucesivas.

¡Hoch soll Er leben!
¡Hoch soll Er leben!
¡Hoch! ¡dreimal hoch!

Terminado éste, el decano de los profesores arrojó su antorcha al suelo en el centro de la plaza, y todos los circunstantes, observando el orden requerido para evitar confusión, imitaron su ejemplo. A poco, formóse una pira inmensa, una hoguera triunfal de enormes proporciones cuyas rojizas llamas, por entre las cuales serpenteaba el humo negro de la brea, parecían festoneadas de sombra, que realzaba su brillo como el del oro el esmalte negro. Entonces, y a la señal dada por el decano de los profesores, fue entonado el **gaudeamus igitur**.

Gaudeamus igitur,
juvenes dum sumus,
Post jucundam juventutem,
Post molestam senectutem,
Nos habebit humus...

Humo, llama y melodía, todos parecían ascender unidos a lo alto, vibrando en los espacios palpitantes y sonoros. Estrofa tras estrofa, todas fueron cantadas a pleno pulmón las del tradicional poema. Con la última de ellas, la multitud, como lago que se desborda, derramó sus ondas por las calles y avenidas vecinas, yendo a aposentarse en las numerosas tabernas, templos de Gambrino, por cuyas puertas, al entreabrirse, se escapaban los ecos de otros cantos, el humo de las pipas y el acre olor de la cerveza, que fluía a torrentes de los vientres de roble de los toneles sagrados, abundosa como la corriente del padre Rhin, transparente como las cristalinas ondas del Elba o del Mosela.


El Patent-Club

Deutsch Freuen, deutsche Treue,
Deutscher Wein und deutscher Sang,
Sollen in der Welt behalten,
Ihren alten schönen Klang.

HOFFMANN VON FALLERSLEBEN

EL PATENT-CLUB, COMO TOPSY la de la Cabaña del Tío Tom, no nació jamás, sino que «creció». En efecto, los diez o doce miembros que lo formábamos, estudiantes de distintas facultades, no podríamos haber precisado cómo y cuándo se había constituído nuestra pequeña asociación, ni qué proyectos o intenciones justificaban su nombre. Nuestro único propósito, aparte de beber cerveza, en compañía, era el de leer en voz alta el teatro clásico alemán y el de escuchar con la paciencia de compañeros que tienen asegurada la revancha los discursos y peroraciones que por dácame esas pajas y al final de nuestras sesiones, nos solíamos disparar los unos a los otros.

Era nuestro presidente, sin sueldo, ni más prerrogativa que la de conceder la palabra y distribuir los papeles entre los lectores de los dramas o comedias, von Bequignolles, mozo de familia noble, pobre de dineros, como todos los demás, elocuente orador, erudito para sus años en la tradición, la historia y la literatura patrias, amante de la mitología y la leyenda escandinavas, sentimental, enamorado de la mujer incorpórea e intangible de que habla Bécquer, y de inteligencia refractaria a la comprensión de doctrinas políticas, principios o dogmas de partido, evoluciones sociales, movimientos industriales y todo lo que preocupa a la gente práctica y sensata; pero en tratándose de arte y de poesía demostraba profundos conocimientos y un amor rayano en entusiasmo por todas sus manifestaciones. Amaba a la Alemania, pero no a la vencedora de las naciones vecinas; no al gigante, que espuela en bota, cubierta la cabeza con

el férreo casco, se paseaba triunfante por la Europa estremecida, sino a la tierra generosa en donde el idealismo sentimental forma parte integrante de la vida diaria hasta de los más humildes e ignorantes; en donde perduran en el pueblo, bajo transparentes disfraces cristianos, las leyendas de Odín, de Thor, de Sigfrido y de Brunilda, y en donde la canción popular, como nodriza inmortal, arrulla en su regazo, consolándolas y alegrándolas, a las generaciones que pasan sobre el haz de la tierra, peregrinas hacia el sepulcro como las ondas de los ríos a la mar. Von Bequignolles era un poeta tan genuino y característico de su pueblo como de su suelo son los pinos del Bosque Negro o las vides del Johannisberg.

Trinius, otro de los socios, era muy distinta persona. Para que hiciera sus estudios en la universidad, tenían que contribuir sus numerosos parientes, dispersados por las exigencias de la vida, en todas las regiones del imperio germánico; sus padres habitaban una pequeña ciudad renana; tenía tíos en Baviera, en Pomerania, en la Suiza alemana y en el mismo Berlín, gente toda empleada en humildes servicios oficiales decidida a que ese vástago de la familia obtuviera los laureles universitarios.

Cotizaban su exigua bolsa y sus escasos haberes materiales hasta reunir lo indispensable para la manutención y sostenimiento de Trinius en la ciudad académica.

Para la distribución y entrega oportuna de tan preciosos recursos, algún miembro de la familia, acaso Trinius mismo, había establecido un plan y un sistema de exactitud maravillosa dignos de un grande hacendista, porque lo admirable de las concepciones de esa naturaleza está en la esencia, en la perspicacia para prever el obstáculo y adivinar la combinación fecunda. ¡Cuántos Cavoures o Gladstones ignorados de la fama no hay por esos mundos de Dios tan dignos de la admiración como sus renombrados émulos, desconocidos porque su habilidad tiene que contraerse a la acertada aplicación de cuartos en la vida privada en vez de a la de millones de duros a las necesidades de una nación!

Los recursos de Trinius le llegaban, parte en dinero sonante, parte en materia o «en rama», como él decía. Su geografía dividía el mundo en dos secciones: la que le era indiferente porque de ella nada le venía, y la

suministradora de dinero y alimentos, que tenía marcada con líneas salientes en su mapa mental. Las tías de Pomerania, durante su época de servicio, le enviaban raciones de pescado salado y hacia la Nochebuena tal cual pecho de ganso ahumado. Los parientes de Baviera, embutidos de hígado y salchichas robustecidas con pasta de guisantes. El tío hamburgués estaba encargado del departamento colonial, azúcar morena que tiraba a negra, café no impoluto de mezcla de achicoria, mantequilla americana virgen de vaca, es decir, oleomargarina sustanciosa y nutritiva **et sic de coeteris**. Vivía en el séptimo piso, porque no había octavo; su cuartucho, limpio y escueto, recibía las primeras caricias del sol y le daba, como desde una torre, vista al panorama de la ciudad tendida bajo sus ojos en todas direcciones. Él mismo preparaba su desayuno y su cena; la comida del medio día, la hacía en los restaurantes oficiales de la universidad, en donde por la suma de sesenta peniques –tres reales más o menos– se servía una abundante y sana alimentación, en prueba de que la Academia era no sólo madre del alma sino del cuerpo; compraba unos grandes panes de a cuatro kilos de peso, de forma de disco de cilindro, de medio metro de diámetro y de veinticinco centímetros de espesor, el mismo pan de munición, gris oscuro del ejército.

Era de verse cómo aderezaba el desayuno: en pequeña cafetera calentaba el agua para el café, en tanto que extendía la pseudo-mantequilla sobre rebanadas de pan que parecían plantas de sandalia de gigante, y acompañaba todo ello con el artículo correspondiente: «Hoy me siento vecino de Stettín –decía hincando el diente en las lonjas de pescado precitadas– estudiaré a Kant, porque Koenisberg y Stettín son una misma cosa en mi geografía alimenticia». Otras veces decía: «Mi fervor católico y mi erotismo se sienten excitados con estas salchichas de Baviera, tierra ferviente de la fe apostólica romana en donde el 33 por 100 de la población es fruto de amores no bendecidos por la Iglesia, ni autorizado por la ley».

En las raras ocasiones en que le caía una botella de vino del Rhin, invitaba a su bohardilla a algunos miembros del Patent-Club, porque «Es de todos los olimpianos que habitan las alturas como yo –decía– el ser generosos y paladear con néctar a sus predilectos». Y así, con una alegría

incontrastable y contagiosa, vivía su vida de privaciones, estudiando como bueno, sin descuidar ni el placer ni los amores, arguyendo que su elevada posición, según costumbre reconocida de dioses, héroes y poderosos, le daba derecho a la poligamia, potencial en su caso, porque la práctica estaba fuera de su alcance.

Estudiaba química, queriendo graduarse en el ramo de farmacia, y nos tenía emplazados a todos para no lejano día en que, enriquecido por ciertas píldoras sanalotodo de su invención, en vez de la solitaria botella, pudiera darnos toda la vendimia del Johannisberg. «Tendréis entonces más vino, pero no más cariño, porque ese ya lo tenéis todo».

Hahn, socio también del Patent-Club, terminaba sus estudios de alta pedagogía y decía que se preparaba para sus arduas tareas de educar a la juventud, estudiando de cerca a los hombres y a las mujeres. Frecuentaba los cafés cantantes, las salas de concierto y de baile con tanta asiduidad como las conferencias de los profesores, y después de un vals desenfrenado, al apurar a trago tendido, sin detenerse a respirar, un jarro de cerveza henchido con tres cuartos de litro, reteniendo siempre con el brazo izquierdo el talle de su compañera, observaba con inimitable seriedad: «es preciso que yo, que me destino a educar a la juventud, conozca por experiencia propia los peligros y las tentaciones de la vida. Aquí tenéis dos abismos: el refrescante y pequeño mar de cerveza que acaba de desaparecer y los ojos de esta chica que me atraen, pero que no me arrastrarán, como sí me arrastran los acordes de ese vals que me azotan deliciosamente haciendo vibrar todo mi ser. Mañana, cuando ya sea yo Magister en ejercicio podré hablar a mis discípulos con conocimiento de causa».

Formaban también parte del Club, Gaertner, estudiante de medicina, filólogo a ratos perdidos, músico espontáneo, porque tocaba el piano con primor sin haberlo aprendido sistemáticamente jamás, corazón generoso, alma llena de ilusiones y de grandes proyectos para el porvenir. Fritz Müller, pintor que seguía entonces, a más de trabajar en su taller, los cursos de historia del arte que se dictaban en la universidad; y finalmente completaban la lista de los socios fundadores, dos compatriotas míos, Luis Felipe Santo Domingo y Eustasio Santa María, que estudiaban pedagogía el

último y medicina el primero. ¡Ay, que al trazar estos renglones después de tan largos años, vuela el recuerdo hacia atrás y reconstituye con melancólico encanto toda esa vida tan llena de confianza en el porvenir y de fe en los hombres! ¿Qué se han hecho esos alegres compañeros? Argonautas tímidos o audaces en la mar procelosa de la vida, ¿han conquistado algunos de ellos el vellocino de oro de sus ensueños, o han zozobrado sin gloria en la roca del desengaño?

El tiempo y la distancia median entre nosotros. De mis compañeros alemanes, al hablar de ellos, no sé siquiera si aún figuran entre los vivos; de Santa María, sé que prospera y es feliz. Al escribir el nombre de Santo Domingo, tiembla la pluma y mi espíritu busca en las orillas del patrio río que se desliza majestuoso bajo el sol tórrido, por entre vastísimas llanuras, o a la sombra de bosques primitivos, la tumba del querido compañero, ido ya de la lucha y la faena con su caudal de ciencia y el tesoro de sus sueños y de sus esperanzas.

Estas excursiones mentales al pasado, aun en la edad en que todavía arden las pasiones y luce el sol en el zenit de la existencia, son como peregrinaciones por un campo de batalla. ¡Cuántos son los que yacen indiferentes ya para el combate, que con nosotros compartieron sus ansias y la fe en el triunfo! Pero la esperanza es flor inmortal que, como dice Schiller, brota aun sobre la tumba misma.

Solíamos reunirnos en las primeras horas de la noche, dos y hasta tres veces a la semana. Cada uno traía un ejemplar del libro en que habíamos de leer. Bequignolles distribuía los papeles y abría la sesión con un corto discurso explicativo de los méritos literarios y artísticos de la obra escogida.

Las más de las veces nos reuníamos en casa de alguno de los socios, y en algunas ocasiones, cuando el tiempo lo permitía, nos trasladábamos a un bosque vecino, en el cual, en un pequeño collado, se haría una gruta subterránea de muros de roca viva; era éste un recinto que había servido, según la tradición, de guarida a bandas de salteadores de caminos en los tiempos en que el serlo no era tan deshonroso como en nuestra moderna edad de progreso y civilización, díganlo si no, el Götz von Berlichingen de Goethe, y el Franz Moor, de Schiller. En la gruta había, sin duda

introducidos en fecha posterior a la citada, grandes bancos de piedra y una mesa, también de piedra, cercana a ellos. Para las sesiones de la gruta nos proveíamos de antorchas y de un pequeño barril de cerveza, elemento sin el cual lo considera todo incompleto el estudiante alemán.

Encendidas las antorchas y las pipas, empezaba la lectura y con ella desfilaban, delante de nosotros, los personajes de los grandes dramas nacionales: Fausto, Mefistófeles y Margarita, Felipe II, el Marqués de Posa y el infortunado D. Carlos, Wallenstein, Guillermo Tell, Egmont, los Piccolomini, Emilia Galotti y Natan el Sabio, y Fiesco y Verrina, todos ellos evocados a la vida, nos narraban sus pasiones, sus tristezas y sus desengaños.

Ya tendré ocasión de describir más detenidamente algunas de esas sesiones, limitándome ahora a reproducir hasta donde mis recuerdos lo permiten, algo de lo que Bequignolles nos dijo en oración dirigida especialmente a los que no éramos alemanes, en alabanza de su pueblo, apoyándose en su historia y su literatura.

De pie, bajo la estrecha bóveda de la gruta, envuelto en el humo de tabaco que se cuajaba en espesas nubes en aquella tranquila atmósfera, a la luz de las antorchas enclavadas en los muros, antojábasenos la figura de Bequignolles, a pesar del traje moderno, la de un sacerdote o jefe de tribu de los antiguos bosques germanos que expusiera la historia de su pueblo.

«Étnicamente pertenecemos nosotros a la gran familia indo-germánica que partió de la meseta intermedia del Asia, en diversas corrientes, a inundar la Europa entera.

«El primer historiador que de nosotros se ocupó fue Tácito; pero sus datos e informes son incompletos y han tenido que ser perfeccionados por la investigación moderna que, apoyándose principalmente en la filología comparada, ha revelado los orígenes de nuestro pueblo, sus migraciones a través de la historia y sus parentescos con remotísimos antepasados.

«Si, venciendo los siglos, nos trasladamos en espíritu dos mil años atrás y contemplamos el país de los teutones, en la época primera en que sus huellas comienzan a precisarse y definirse en las páginas de la historia, hallamos una región muy distinta de la que hoy constituye el hogar de

nuestro pueblo. Desconocida la agricultura por completo, respetados y queridos los bosques como el abrigo natural del hombre, siendo la guerra la faena más noble y ambicionada, la naturaleza agreste y esplendorosa no había sufrido mutilaciones de la mano del hombre.

«Crudos eran los inviernos y los vientos del Norte restregaban sus alas en las copas de las encinas densas y tupidas, bajo las cuales moraban los hombres y las fieras en guerra no interrumpida. Ni prados sonrientes, ni villas, ni aldeas interrumpían la austera majestad de la selva. La sobriedad en los alimentos se imponía por la misma escasez de ellos y la dureza de costumbres estimulaba el desprecio del dolor físico y de la muerte.

«La conquista romana nunca se completó. Fueron los germanos los primeros vencedores de las legiones hasta entonces siempre triunfadoras. Arminio, vencedor de Varo, salvó la nacionalidad, es decir, el alma germánica. Sin él otro hubiera sido el curso de la historia y las tendencias profundas e íntimas que han modelado nuestra vida nacional hubieran sido muy distintas.

«A la sombra de nuestros bosques el idealismo germánico, como flor robusta y vivaz, se manifestaba en concepciones nobles y dignas, gérmenes de positiva grandeza, superiores a las de los pueblos civilizados de climas más benignos. Nuestros antepasados preconizaban, como cualidades supremas, la castidad en la mujer y el valor en el hombre. Un pueblo que arranca de tan altas concepciones en sus primitivos orígenes, ha tenido desde un principio condiciones de grandeza innegables.

«La idea religiosa, es decir, la concepción de lo sobrenatural, la respuesta que la mente humana se da a sí misma a la pregunta que todos los hombres se hacen, cualquiera que sea el grado de barbarie o de civilización en que vivan, de cuál es nuestro origen y cuál nuestro fin, de dónde venimos y para dónde vamos, fija el calibre intelectual de la raza respectiva; en esa idea se cristalizan, más que las aspiraciones y las esperanzas, los ideales más altos y excelsos de que los pueblos son capaces. Nuestra mitología escandinava, si carece de gracia y de la belleza de la griega, no le cede a ninguna en majestad y en elevación.

«Proscritos nuestros dioses de sus bosques primitivos, hallaron nuestras leyendas y tradiciones seguro asilo en Islandia, abrupta roca que se alza de entre las ondas mismas en el Atlántico septentrional. Allí fulgura, antorcha gigantesca, el monte Hekla, y allí, fuera del alcance de sectarios feroces, permaneció guardada nuestra tradición.

«Si queréis saber la historia de esos dioses batalladores, hijos de la bruma y del Bóreas, arrullados por las tempestades de los helados mares que bañan nuestras costas o por el rugir del viento en las cimeras de nuestros bosques, leed el poema de Edda y las leyendas de nuestros héroes y semidioses.

«Merced a esa feliz circunstancia que salvó las creencias de nuestro pueblo de las tergiversaciones cristianas, hoy podemos reconstituír el Olimpo escandinavo: Odin, Thor, Baldur, resurgen en su prístina belleza; el templo de Walhala abre sus puertas para nosotros, y podemos presenciar las fiestas en que los valientes, muertos en el combate, comparten el banquete de los dioses. Grande por sobre todas las grandezas era la del guerrero que caía en la batalla; las Walkirias, bellas como los ángeles cristianos o como las ninfas griegas se cernían invisibles sobre el campo de combate, diosas de la muerte, marcaban a sus predilectos en lo más recio de la faena para conducirlos después de muertos al Walhala ambicionado.

«Llevaríame muy lejos el pretender siquiera daros una ligerísima idea de la evolución de las virtudes cardinales de nuestro pueblo en el curso de los siglos. He querido apuntar tan sólo cuáles fueron los puntos de partida y las bases sobre que descansa nuestra condición, como una de las más poderosas agrupaciones de hombres identificados por origen, lengua, tradición y comunidad de suelo de las en que está dividida la familia humana.

«Ya el poeta lo ha dicho: la patria alemana no está solamente allí en donde la gaviota se pierde entre las nieblas del Báltico, ni en donde el padre Rhin se desliza entre collados que la viña adorna, ni en donde el sol se refleja en el espejo de los altos lagos suizos, ni en donde el bosque negro alza sus pinos, entre los cuales sopla el viento como entre las jarcias de un navío, ni do el Danubio corre peregrino a los confines donde nace el sol. La patria germana está en todas esas regiones, dondequiera que resuene nuestro idioma y las virtudes tutelares de la raza sean la fuerza y la gloria de los

hombres. Las demarcaciones políticas, llámense imperios, repúblicas o reinos, son, en la amplia página de la historia, barrida por el viento de los siglos, lo que las líneas trazadas sobre la arena en las playas de la mar. Pero el alma nacional subsiste y son sus manifestaciones como tal, las únicas dignas del estudio y de la contemplación de los hombres serios.

«Sigamos a los luchadores por la libertad, escuchemos los gemidos de los que sufren hasta verlos convertirse en tempestad que destruye la opresión; oigamos la voz de los pensadores que lanzan la idea al seno de las muchedumbres, como simiente imperecedera, y la de los poetas, que vierten el bálsamo de consuelo o hacen estallar la luz de la profecía: esa es la verdadera historia.

«Y cuando así hayáis estudiado la de mi pueblo, hallaréis que él ha ejecutado su parte en la gran labor de la emancipación del hombre.

«Apartad los ojos de las escabrosidades del camino; seguid el curso de las águilas en el espacio y no desesperéis por lo incompleto de la obra, que hombres y pueblos somos peregrinos y larga es la vía, y remota la tierra prometida.

«No soy de los que creen que hemos llegado a un estado perfecto, ni tampoco concibo la idea de patria como la de un poder avasallador en servicio del cual la injusticia, la conquista y la opresión sean meritorias. Patria es el campo de acción en que ha de ejercitarse nuestro esfuerzo por los grandes ideales que, como, el sol, han de dar vida y luz a la humanidad entera. Como lábaro que tales ideas simboliza, la bandera nacional es sagrada. Los que en ella envuelven el despojo y el ultraje de los débiles, son traidores aun cuando la fuerza de los prejuicios y de las mentiras vigorizadas por el crimen y por la tiranía los proclamen héroes y benefactores de su pueblo. Muy lejos estamos en esta época de militarismo triunfante, omnipotente, de tan altos ideales, pero ya que no nos es dado hacerlos prevalecer, rindámosles culto generoso y ferviente en el altar de nuestras conciencias. Traigamos, cada cual en su modesta esfera, el tributo de nuestro esfuerzo a la gran labor emancipadora que no reconoce ni castas, ni límites, ni zonas. Y para robustecer nuestra fe escuchemos a los creyentes y a los profetas. Hablen los poetas y los pensadores. Suenen las

voces que trajeron un mensaje divino a la sufriente humanidad. Empapemos nuestras almas jóvenes y sinceras en el pensamiento de los Grandes como en savia generosa y fecunda, vencedora del dolor y del desengaño, del invierno y de los soles que agostan.

«Amemos el bien y la justicia como al arte amaba el cantor-poeta de que nos habla Goethe.

«Oíd.

«Fuera de las puertas del castillo resonaron los ecos del canto. Que entre el trovador, dijo el rey, y el paje alerta, introduce al anciano a la real presencia. Atónito quedóse el cantor ante tanta esplendidez y tanta pompa. Hirió las cuerdas y estalló en ellas la divina melodía. Al oír el mensaje de poesía que brotó de los labios del cantor, monarca y cortesanos estremeciéronse y conmoviéronse las damas. El hálito de Dios había pasado por aquel recinto.

–Toma –dice el rey al trovador anciano– en premio de tu canto esta cadena de oro.

–No me des a mí cadenas de oro; guárdalas para tus consejeros, para tus guerreros valientísimos, para la reina tu señora o las hermosas damas de tu corte. Dame a mí un vaso de vino en copa de oro; mi canto es su propia recompensa. Yo canto como canta el ave que cuelga el nido en las ramas del árbol. El canto que brota de su garganta es la recompensa más alta apetecible.

«Así dijo el cantor. Esa fórmula encierra toda la doctrina. Ceñid vuestro esfuerzo al principio excelso. En la lucha por el bien, la lucha misma ha de ser la suprema recompensa. No mancilléis con espíritu de tráfico la pureza del esfuerzo. Dejad que otros exijan la propina como galardón por el cumplimiento del deber, pero si aspiráis al verdadero laurel de la gloria, aunque no tenga más testigo que vuestra propia conciencia, sin cuya aprobación nunca será genuino, imitad al cantor que rechazaba toda cadena, aun cuando fuera de oro, y hallaba en el canto mismo, la sola, la única, aceptable recompensa.

«Y fijáos bien que no es desesperado el esfuerzo si medís la evolución del ideal de los días tenebrosos y sangrientos de nuestros primitivos

guerreros, hasta el que cantan y proclaman nuestros excelsos poetas».

Terminó von Bequignolles; llenáronse los vasos de cerveza, abriéronse los libros; antes de empezar la lectura ordenó él que se celebrara la conocida ceremonia llamada «el restriegue de la salamandra» simbólica, según los estatutos o códigos que definen las leyes reguladoras del beber de la cerveza, de algo muy solemne. «Antes de comenzar nuestras tareas –dijo– ejecútese una salamandra»:

«Ad excercitium Salamandris incipit,
Eins, zwei, drei, los!»

Empínanse los codos, apúrase medio vaso, y a las voces establecidas, golpéase la mesa con los vasos en rítmica agitación: uno, dos, tres; álzanse y apúranse por completo los bocales, que caen luégo con golpe seco sobre la ancha losa de piedra.

Entonces Fausto entró en escena; más tarde, a la luz de las antorchas enclavadas en los muros, haciendo palpitar las densas nubes de humo de tabaco, oíase la canción en que Margarita narra la conseja del rey de Thule. «Érase un rey de Thule, fiel hasta la tumba, a quien su amada al morir había regalado una copa de oro...». Agotado el pequeño barril de cerveza, muy avanzada ya la noche, salimos de la caverna; en el dombo azulado titilaban las estrellas; como si la poderosa mano del poeta, milagrosa cual la de Cristo, que multiplicó los panes, hubiera multiplicado las antorchas que nos habían servido, animándolas con llama imperecedera, cual la de sus cantos y enclavándolas en lo alto más allá del alcance de traidores vientos. ¡Faros inmortales, seguro guía de los peregrinos que vagan entre las sombras!

FIN

En este 2018, rendimos homenaje a
Daniel Samper Ortega, a quien
consideramos, como fuera considerado
en su momento, “guía y guardián del
tesoro científico y literario de Colombia”,
con la reedición de su visionario
proyecto, que hemos llamado
Colección Digital Samper Ortega.

Biblioteca Nacional de Colombia
MINCULTURA
GOBIERNO DE COLOMBIA